

haremos las jornadas como v. m. las pidiere (II, 66, 254).—*poniendo* los ojos *la prudencia* de v. E. en mi buen desseo, fio, que no desdenará la cortedad de tan humilde seruicio (I, 1).—*Siendo esto* assi, como yo creo que lo es, porque quereys que (I, 14, 49).

b) Siguiendo el gerundio á la principal: ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo sera ninguna de las dos, *Dios quiriendo*, mientras yo viniere (II, 13, 45).

2. Cuando el sujeto es otra proposicion: pues *siendo verdad*, como creo que lo es, *lo que aqui auays contado* aun podria ser, qué a entrambos nos tuuiesse el cielo guardado mejor suceso (I, 29, 139).

3. Subentendiéndose el sujeto, y á menudo es el que habla, ó el interlocutor. a) Precediendo el gerundio: claro está que no será *el reyno* suyo, y no *siendolo*, que mercedes me puede hazer? (I, 30, 149).—Pero *dexando* esto a parte (yo), que es lo que ha de comer v. m., en tanto que bueluo? (I, 25, 115).—Péro *boluiendo* al Roto, prosiguió (el Roto), diziendo (I, 24, 102). b) Intercalado: bastan por agora (los azotes), que el asno (*hablando* a lo grossero) sufre la carga, mas no la sobre carga (II, 71, 270). c) Siguiendo el gerundio: Tiempo es ya de llegar el fin postrero, | *Dando* principio á la mayor hazaña | Que jamas emprendí (*Gal.* 6).

4. Con sujeto indeterminado. a) Precediendo el gerundio: *atuisandole* tantico el entendimiento, se saldria con qualquiera gouierno (II, 32, 126).—las tierras que de suyo son esteriles, y secas, *estercolandolas*, y *cultiuandolas* vienen a dar buenos frutos (II, 12, 41). b) Siguiendo el gerundio: disparaua con tantas necedades que en muchas, y en grandes igualauan á sus primeras discreciones; como se podia hazer la esperiencia *hablandole* (II, 1, 3). Con verbo unipersonal: las camas de v. m. serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y *siendo assi*, bien se puede apear (I, 2, 6).

5. Con gerundio compuesto: que a la mañana, *siendo Dios seruido*, se harian las deuidas ceremonias (I, 3, 8).

c) De concesion.

265. Empléase de ordinario el subjuntivo, por ser la concesion un acto de la mente, que modifica el hecho expresado por la oracion concesiva, como dándolo por cierto á modo de hipótesis.

1. *Aunque*: que alabanças aura que no te conuengan y quadren, *aunque sean hiperboles sobre todos los hiperboles?* (II, 17, 62).—*aunque por conjeturas verisimiles se dexa entender, que se llamaua Quixana* (I, 1, 1).—y *aunque tenia mas quartos que un real...* le pareció que (I, 1, 3).—*aunque soy rustico*, mis carnes tienen mas de algodón que

de esparto (II, 36, 140).—que por loco se librería, *aunque los matasse a todos* (I, 3, 9). — *aunque para dezir verdad*, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura (II, 10, 36).

2. *Aunque mas: aunque mas tendimos la vista* ni poblado, ni persona, ni camino, ni senda descubrimos (I, 41, 223). — *aunque mas el Alcalde quiera usar con el de su interesal liberalidad*, que ye le pondre pena de (II, 49, 186).—Vos si, señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra cautiua, *aunque mas lo impida la contraria suerte* (I, 36, 190).

3. *Aunque ya: aunque los estropeados y mancos ya se tienen su Calongia en la limosna que piden* (I, 36, 141).

4. *Puesto (caso) que: puesto caso que yo no me acuerdo del tal capitulo, y puesto que sea assi*, quiero que calles, y vengas (II, 20, 74).—que *puesto que pensâra, que rebuznaua bien*, nunca entendi, que llegaua al extremo que dezis (II, 25, 95).—no las puso en ella, *puesto que algunas vezes se descuyda* (II, 12, 41).—que *puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todauia lleuan un no se que* (II, 24, 94).—*puesto que dixes mi poca posibilidad, y falta de hazienda* no aprovechó nada (I, 40, 208).—que *puesto caso que en las historias no se escriuia... no por esso* (I, 3, 8).—*Puesto que antes que acabasse de dezirlas, le dixes, que mirasse bien* (I, 28, 135).

5. *Por mas que: y por mas que ponía las piernas al cauallo*, menos le podia mouer (I, 20, 77). — *Por mas poder que v. m. tenga*, no sera bastante para (II, 49, 186). — pintauan sus mas minimos pensamientos, y niñerías, *por mas escondidas que fuessen* (I, 9, 28).

6. *Por... que: por grandes maestros que le huuiessen curado* (I, 1, 2).—echar una tela *por grande y delgada que fuera* (I, 6, 18).—entremeterse en otra auentura, *por urgente que sea* (I, 30, 146).—cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda una Vniuersidad *por discreta que sea* (I, 45, 240). — *por feas que seamos las mugeres*, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr que nos llaman hermosas (I, 28, 134). — ay Cura de Aldea *por discreto, y por estudiante que sea*, que pueda dezir lo que mi amo me ha dicho, ni ay Cauallero Andante, *por mas fama que tenga de valiente*, que pueda ofrecer lo que mi amo aqui ha ofrecido (II, 58, 223). Este modismo pertenece á la prolepsis de que se habló en las oraciones relativas y derivado del *por mas que*.

7. *Cuando: Quando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado*, no lo consentiran los cardenales, que aun se estan frescos en las costillas (II, 3, 11).—y *quando fuesse verdad que la tal historia huuiesse* (II, 3, 9).—Y *quando assi no sea... digo paciencia y barajar* (II, 23, 88).—y *quando no lo hayan sido... no se os de dos marauedís* (I, III).—pues *quando pensé venir a este Gouierno a comer caliente*,

y..., he venido â hazer penitencia (II, 51, 197).—y quando mucho, saldré bañada en mi casta sangre (I, 34, 179).

8. Si: ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no diran cosa por otra *si reventassen* (II, 7, 23).—que no dixera el una mentira *si le assaetearan* (II, 24, 91).—que no dexaré de embarcarme, *si me lo pidiessen frayles descalços* (II, 29, 111).—que no se lo sacara, ni las entendiera el mismo Aristoteles, *si resucitara para solo ello* (I, 1, 1).—cobró tanto animo, que *si le acometieran todos los harrieros del mundo*, no boluiera el pie atras (I, 3, 9).—y en verdad que no es toy borracho, que no me he desayunado, *si de pecar no* (I, 45, 241). Nótese que casi siempre se contrapone al *no* en estas frases: Sin embargo: y le pienso quitar... *si quedara en dozientos ducados* (I, 22, 92).—aquí esperaré intrepido y fuerte, *si me viniesse a embestir todo el infierno* (II, 34, 135).

9. Si bien: Pues yo le cobraré, *si bien se encerrasse con el en los mas hondos y escuros calabozos del infierno* (II, 11, 39).—que yo os juro... de darosle en continente, *si bien me pidiessedes una guedeja de los cabellos de Medusa* (I, 43, 232).—dize, que el solo es bastante para sacar a su esposa, *si bien estuuiesse metida en el mas hondo centro de la tierra* (II, 26, 100).

10. Siquiera: que como yo llene mi talego, *siquiera represente mas impropiedades que* (II, 26, 101).—no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de v. m., *siquiera me hiera, siquiera me mate, por las que le he dicho* (II, 23, 90).—hagame Marques, o Adelantado, y luego *siquiera se lo lleue el diablo todo* (I, 30, 149).—*si quiera* no aya emprentas en el mundo, y *si quiera* se impriman contra mi mas libros que (II, II).—le diesses a buena cuenta de los tres mil y trecientos açotes, ha que estas obligado, *siquiera quinientos* (II, 41, 154).

11. Mas que: Que descaecimiento es este?... *Mas que se lleue Sathanas a cuantas Dulcineas ay en el mundo* (II, 11, 37), se omite la subordinante: *no hay que desanimarse*.—habilidades y gracias que no son vendibles, *mas que las tenga el Conde Dirlos* (II, 20, 74).—*mas que lo fuessen*, que me va a mi? (I, 25, 107).—*mas que las viesse yo todas con barbas* (II, 40, 152).

12. Sin que, ó sin con infinitivo: que ya Dios ha sido seruido por su infinita bondad, y misericordia, *sin yo merecerlo*, de boluerme el juyzio (II, 1, 3).—dezir la verdad a sus señores en su ser, y figura propia, *sin que la adulacion la acreciente, ó otro vano respeto la disminuya* (II, 2, 8).—fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, *sin atenerse a los atomos del sol clarissimo de la obra de que murmuran* (II, 3, 13).—y con este nombre me contento, *sin que me le pongan un don encima* (II, 5, 18).—tornô a su acostumbrado silencio, *sin hablar mas palabra* (II, 23, 88).

13. *Ya que*: las cuales *ya que no siruan de aliuio a vuestro dolor*, no os le aumentaran en ninguna manera (II, 23, 88).—pero querría yo saber, *ya que Dios le haga merced, de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros* (que lo dudo) a quien piensas dirigirlos? (II, 24, 92).—Y dad gracias a Dios Sancho, que *ya que os santiguaron con un palo*, no os hicieron el persignum Cruzis con un alfange (II, 28, 108).—Señor, *ya que estas desgracias son de la cosecha de la caualleria*, digame v. m., si suceden muy a menudo (I, 15, 54).—Esta, *ya que no es Luscinda*, no es persona humana, sino diuina (I, 23, 131).—donde *ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas*, no hay quién las vea, ni sepa (I, 21, 85).—donde *ya que no hallara remedio nuestra desgracia*, no faltara quien dello se doliera (II, 55, 210).

14. *Con* é infinitivo ó conjuncion ó nombre: porque *con ser de aquella generacion gigantea...*, el solo era afable, y bien criado (I, 1, 2).—el qual *con auer hecho cosas...*, jamas le dio palo, ni (I, 40, 208).—que *con ser la materia... no menos que de diamantes...* es de mas estimacion su hechura (I, 50, 263).—dixo, que *con todo quanto mal auia dicho de tales libros*, hallaua en ellos una cosa buena (I, 47, 253).—*con ser Duquessa*, me llama amiga (II, 50, 191).—pero *con su hambre, y con su conserua*, se puso a juzgar aquel dia (II, 51, 194).

15. *A pesar de* ó *á despecho* é infinitivo ó nombre: *a despecho y pesar de sus armas* (I, 4, 14).—ha de parar presto en el corral, *á pesar de su estraño nacimiento* (I, 6, 17).—que *a pesar suyo, y gusto de don Quixote*, auia de ser castillo (I, 15, 56).—*a vuestro pessar, y al de vuestro asno*, este es jaez, y no albarda (I, 45, 241).—hase de cumplir el juramento, *a despecho de tantos inconuenientes* (I, 10, 31 bis).

16. *Mal que le pese*: que te han de llamar señoría, *mal que les pese* (I, 21, 88).—debaxo de cuyo yugo hemos de passar todos, *mal que nos pese* (I, 10, 33).—o nos hazen ajustar, y encoger *mal que nos pese* (II, 33, 129).—le sacarian de alli *mal que le pesasse* (I, 29, 140).—sino quiere que le haga callar, *mal que le pese* (I, 22, 92).

17. *Maguer, maguer que*: *maguer que yo sea usaz de sufrido* (I, 25, 114).—que *maguer que tonto*, era un poco codicioso el mancebo (I, 27, 121).—*Maguer era tonto*, bien se le alcançaua, que (II, 30, 114).—*Maguer señor Quixote, que sandezes | Vos tengan el cerbelo derrumbado...* (I, IX).

18. *Bien que*: *bien que fueron el Cura, y el Canonigo, y barbero a detenerle*, mas no les fue possible (I, 52, 271).

19. *Que*: a mi me hizo llorar *que no suelo ser muy lloron* (II, 54, 208).

20. Un modismo particular para las oraciones concesivas consiste en hacer seguir al subjuntivo 3.^a p. singular el relativo *el que, la que, lo que*, etc., con el mismo verbo en futuro de subjuntivo, etc.: Pero *sea lo que fuere*, venga luego (I, 2, 7).—*dude quien dudare* (I, 50, 193).

—*sea quien se quisiere* (I, 59, 228), donde hay dos verbos.—*lleguen por do llegaren* (II, 60, 229).—*salga lo que saliere* (II, 3, 12).—*digan lo que dixeren* (II, 55, 212).—*sease quien fuere este* (II, 56, 215).—*de donde diere* (II, 71, 271).—*venga lo que viniere* (I, 5, 17).—*vengan sobre lo que vieren* (II, 10, 34).—*Falte lo que faltare* (I, 20, 76).—*lleuasse lo que lleuasse*, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo (I, 20, 78).—*estè donde estuuire* (I, 30, 147).—*Aya lo que huuiere* (II, 34, 133).

En la *Celestina* (act. 3, p. 19): «y dure el pleito lo que durare».

21. A veces sin conjuncion alguna: *buenas, o malas barbadas, o lampiñas que seamos las dueñas*, tambien nos pario nuestras madres, como a las otras mugeres (II, 40, 152). Sobre todo tiene energía el imperativo: *lore, o cante Altisidora, desespere se Madama...* que yo tengo de ser de Dulcinea (II, 44, 168).—denme de comer, y *lleuan casos, y dudas sobre mi*, que yo las despaularé en el ayre (II, 51, 195).—*viuid vos, y lleuese el diablo quantos gouiernos ay en el mundo* (II, 5, 17).—*andeme yo caliente, y riase la gente* (II, 50, 192).

22. El gerundio absoluto concesivo: a) Con sujeto nominal ó pronominal: α) Precediendo el gerundio á la principal: porque *auiendo de ser la comedia...* espejo de la vida humana, è imagen de la verdad, las que aora se representan son espejos de disparates... è imagenes de lasciuia (I, 48, 255).—no acabo de entender, ni alcançar, como *siendo el principio* de la sabiduria el temor de Dios, tu que temes mas a un lagarto que a el, sabes tanto (II, 20, 77). β) Intercalado: si el hallara... que licitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empresa, *auiendo* dado su palabra, y fe, de no ponerse en ninguna..., el enuistiera con todos (I, 44, 235). γ) Siguiendo el gerundio: Como diablos puede ser esso que dezis, *estando el gigante* dos mil leguas de aqui (I, 35, 183); tambien parece causal, *pues...*—el jurar Cide Hamete como Catolico Christiano, *siendo el Moro*, como sin duda lo era, no quiso dezir otra cosa, sino que (II, 27, 104).

b) Con una proposicion por sujeto: α) Con infinitivo, precediendo el gerundio: pero esto no me admiró tanto, como el ver, que *siendo natural* de los jugadores *el alegrarse* los gananciosos, y *entristerse* los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, y todos se maldezian (II, 70, 266). β) Con infinitivo, siguiendo el gerundio: a esta señora dueña le roguè... tuuiesse cuenta con el, y azorose de manera como si la huuiera dicho que era fea, o vieja, *deuiendo ser* mas propio y natural de las dueñas *pensar* jumentos, que (II, 33, 131). γ) Con conjuncion, precediendo el gerundio: *siendo forçoso* que los que fueren, se *han de yr a hincar* de finojos ante su presencia...; como se pueden encubrir los pensamientos de entrambos (I, 31, 154).—y con todo esto, *viendo* que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria le assestan

de la parte contraria... y *viendo* que al primer descuydo de los pies yria á visitar los profundos senos de Neptuno..., se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario (I, 38, 200). 2) Con conjuncion, siguiendo el gerundio: maldezia entre si su poca discrecion, y discurso, pues auiedo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: *siendo advertimiento* de caualleros andantes, que quando han prouado una auentura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros (I, 43, 233).

e) Con verbo unipersonal: poco mas de tres dias has tardado en yr, y venir desde aqui al Toboso, *auiendo* de aqui allà, mas de treyn-ta leguas (I, 31, 153).—tambien se atreueran á dezir, que... son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseo, como los de Ginebra, y Lançarote, *auiendo* personas que casi se acuerdan de auer visto à la dueña Quintañona (I, 49, 261).

d) El gerundio compuesto: *auiendola visto* Sancho mi escudero en su mesma figura... a mi me parecio una labradora tosca, y fea (II, 32, 126).—de lo que mas la Duquessa se admiraua, era, que la simplicidad de Sancho fuesse tanta, que huuiesse uenido a creer, ser verdad infalible, que Dulcinea del Toboso estuuiesse encantada, *auiendo sido el mesmo* el encantador, y el embustero (II, 34, 132).—*no auidendosele olvidado* al Bachiller Sanson Carrasco, quando el Cauallero de los Espejos fue vencido... quiso boluer á prouar la mano (II, 70, 265).—y veys aqui donde salen a executar la sentencia, aun bien a penas *no auiendo sido puesta* en execucion la culpa (II, 26, 100).—es mi tristeza... por auer sido tal mi descuydo, que me ayan cogido tus soldados sin el freno, *estando yo obligado*... a viuir continuo alerta (II, 60, 230).—y *auiendose criado* algunos en la estrechez de algun pupilage... meterse de rondon a dar leyes (II, 31, 121).

3. PERÍODO HIPOTÁCTICO DE COMPARACION.

266. Son oraciones comparativas las que sirven para comparar en cualquier línea dos conceptos cualesquiera. La comparacion puede ser en cualidad ó modo, y en cantidad ó intensidad. La elipsis del antecedente es muy ordinaria: *no obres como Juan*, suple *asi*. Emplease el indicativo, cuando se trata de hechos dados como ciertos; el subjuntivo, cuando de hechos contingentes ó que pasan por la apreciacion subjetiva: es decir, que se observan las leyes generales de tiempos y modos.

a) De cualidad ó modo.

1. Como es el relativo de modo adverbial, cuyos correlativos pueden ser varios y muchas veces se omiten subentendiéndose; también deja de repetirse el verbo, cuando es el mismo en los dos miembros.

Como solamente: Su Magestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo (II, 1, 2): ha hecho como hace...—como se podía hazer la esperiencia hablándole (II, 1, 3): es tan cierto como...—que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vazios, y los celebros llenos de ayre (II, 1, 3).—descabeçar (como dizen) el sueño (I, 1, 4).—y los ay por essas calles, como encambres de abejas (II, 5, 18).—siendo tan al reues, como sabes (II, 9, 31).—sin espuelas haze correr la hacanea, como una zebra..., todas corren como el viento (II, 10, 36).—y quien os viera a todos ensartados por las agallas como sardinas en lercha (II, 10, 36).—porque es mi señora como una borrega mansa (II, 12, 43).—pero es tan grande como una lança, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerça de un ganapan (II, 13, 45).—encontró con dos como Clerigos, o como estudiantes (II, 19, 69).—si sera también usança en esta tierra lauar las barbas a los escuderos como a los Caualleros? (II, 32, 123).—el Duque dio nueuas ordenes, como se tratasse a don Quixote como a Cauallero Andante, sin salir un punto del estilo, como cuentan que se tratauan los antiguos Caualleros (II, 32, 128).—Digote Sancho, que si como tienes buen natural y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano (II, 20, 77).—como que hazia señas..., al fugitiuo (II, 71, 270).—haziendo una profunda reuerencia a los Duques, como que les pedia licencia para hablar (II, 32, 127).—que se sentasse como Governador, y hablasse como escudero (II, 33, 128).—que aora te retirasses en tu aposento, como que vas a buscar alguna cosa (II, 41, 154).—procuraua conseruar en la memoria sus consejos, como quien pensaua guardarlos (II, 43, 161).—tenia dos dueñas de bulto..., como que estauan labrando (II, 48, 180).—como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado (I, 2, 6).—y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oracion) (I, 3, 10).—murmurando entre dientes, como que rezaua (id.).—se miraron el uno al otro como admirados de lo que auian leydo (II, 50, 191).—Como con essas cosas le vera v. m. si viue (II, 50, 192): con cosas como esas.

2. Así como: Encargose Sancho de hazerlo, assi como se lo mandaua (II, 10, 32).—a tu buen padre, que assi como lo es tuyo, lo es de los refranes (II, 50, 192).

3. Como... así: y como se enmendares, assi se usara con ellos de misericordia, ó de justicia (I, 6, 18).

4. *Así*, subentendiéndose el correlativo: *Assi será*, respondió el barbero (I, 6, 19): esto es: *así como decis*.—claro está que *ella se ha de llamar assi* (I, 29, 141).—un Soneto á la ingratitud desta Clori, *que dize ansi* (I, 34, 173).—*Soy tan assi* (II, 7, 23); como véis, sencillo.—*Assi me lo parece a mi* (I, 13, 41). Es muy propio de las optativas: O... estrella de mi ventura, *assi el cielo te la dé buena, en quanto acertares a pedirle*, que consideres (I, 25, 110): el correlativo tácito es: *como yo te lo deseo. Assi pudiera cantar el romance de Calainos*, que todo fuera uno (II, 9, 31): como canta el de Roncesvalles.

5. *Así... como: assi se paraua a hazer un sermon, como si fuera graduado por la universidad de Paris* (I, 18, 70).—Aora bien, sea *assi como v. m. dize* (I, 18, 70).—*assi le oyeron, como si estuuieran al pie de la torre* (I, 25, 112).—que si *assi tuuiera disculpa para con Dios, como para con los hombres* (I, 33, 171).—quedose don Quixote esperando el dia *assi a cauallo como estaua* (II, 61, 235).—ay algunos que *assi componen y arrojan libros de si, como si fuessen buñuelos* (II, 3, 12).—*assi me ayude Dios, como fue buena mi intencion* (II, 1, 5).—*assi salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato* (II, 31, 120).—y *assi me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como Governador con perdizes y capones* (II, 43, 163).

Este giro sirve para negar aduciendo algo falso ó imposible como comparacion, y es de dos maneras:

a) Contraponiendo dos frases de idéntica estructura: en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, *assi es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna* (I, 24, 105).—*Assi escarmentará v. m., como yo soy Turco* (I, 23, 95).—*assi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre* (I, 47, 251). Sin *así*: y es pedir á nosotros esso, *como pedir peras al olmo* (I, 22, 94).

β) Poniendo la segunda proposicion en infinitivo: *assi lo consentiria yo, como darme de puñaladas* (II, 33, 131).—Voto a tal, *assi me dexé yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como boluerme Moro* (I, 69, 263).—*assi dexaré de yrme, como boluerme Turco* (I, 53, 204).—*assi lo creere yo, como creer que es aora de dia* (II, 9, 30).—*assi pienso llouer, como pensar ahorcarme* (II, 1, 4).—*Assi entraran ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como bolar* (II, 44, 165).—*assi sê yo, quien es la señora Dulcinea, como dar un puño en el cielo* (II, 9, 31).

Para las comparaciones tambien se dice *así... cual, cual... así*, sobre todo en poesía.

6. *Así... que*: cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento, *assi le afeauan el rostro, que en viendole Sancho, començo a herir de pie, y de mano, como niño con alferezia* (II, 14, 50).—y esto es

tan *assi*, que me acuerdo yo que me dezía una mi aguela (I, 49, 261).

7. *Así como... así también, tampoco; y así como la vibora no merece ser culpada por la ponçoña... tampoco* yo merezco ser reprehendida por ser hermosa (I, 14, 49).—*assi como* se hazen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hazer de los Caualleros... los Reyes (II, 39, 148).

8. *De modo, manera, suerte, arte... que*: el habló *de manera*, que hizo sospechoso al Retor (II, 1, 3).—que os vais vos por una parte del monte, y yo por otra, *de modo que le rodeemos y andemos todo* (II, 25, 95).—y fue cundiendo el rebozno de uno en otro pueblo, *de manera, que son conocidos los naturales...* (II, 25, 96).—respondia *de manera que las respuestas venian bien con las preguntas* (II, 27, 104).—poniendole unas barras de hierro por de dentro, *de tal manera, que el quedó satisfecho de su fortaleza* (I, 1, 3).—dio a don Quixote con el en la cabeça, *de suerte que le dexó muy bien descalabrado* (I, 17, 61).—no descubras la hilaza *de manera que caygan en la cuenta de que eres de villana y grossera tela texido* (II, 31, 118).—oyose *assi mismo un espantoso ruydo, al modo de aquel que se causa de* (II, 34, 135).—yo la castigarê *de modo, que de aquí adelante no se desman-* de (II, 57, 218).

9. *Arte, modo, manera, como*: que si el hallara *arte, modo ó manera, como desencantar a su señora Dulcinea* (II, 16, 54).

10. *Segun... así*: Por aora esto se me ha ofrecido Sancho que aconsejarte, andará el tiempo, y *segun las ocasiones, assi* seran mis documentos (II, 43, 162).

11. *Bien como*: *Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano* (I, 37, 198).

12. *Bien así como*: Estas dos piernas abraço *bien assi, como si abraçara las dos columnas de Hercules* (II, 25, 97).—*bien assi como uarca que da al traues en la arena* (II, 53, 210).—*bien assi como discurren por el cielo las exhalaciones* (II, 34, 135).—Deme v. m. sus manos mi señora doña Teresa, *bien assi como muger legitima y particular del señor don Sancho Pança* (II, 50, 190).—*bien assi como el que sabe que* (II, 54, 207).

13. El adjetivo de tres géneros *tal*, plural *tales*, y su correlativo *cual*, plural *cuales*, sirven para formar oraciones comparativas de cualidad, y lo mismo los neutros *tal*, *cual* como adverbios cualitativos comparativos. Empléanse ambos correlativos á la vez, ó uno solo subentendiéndose el otro, ó combinados con otras partículas. A menudo hay elipsis del verbo, sobre todo, cuando es el mismo en la subordinante y en la subordinada.

Contra poniéndose ambos: la hermosura que tengo, *tal qual* es, el cielo me la dió (I, 14, 49): la *tal* hermosura que tengo, *cual la ten-*

go. De aquí la forma sustantivada: mirad *la tal por qual* (II, 50, 192), expresión enfática y elíptica que significa *la que es tal y se la tiene por cual, por otra cosa mejor*.

14. *Cual*. Como adjetivo: me ha traydo a que me veays, *qual me veys*, roto, desnudo (I, 29, 139): me veays tal, *qual me veis*.—Su traje era *qual* se ha pintado (I, 23, 101). Como adverbio neutro: A la *qual* dio fin una pastora...: *qual lo pudieran mostrar bien esos papeles* (I, 13, 45): es tan cierto eso, *qual...* —y assi las traygo tan crecidas, *qual Dios lo remedie* (II, 51, 196): en la principal *tan* como correlativo.

15. *Tal*. Como adjetivo solo: en los libros —que *tal le tenían* (I, 2, 4): tal, cual he dicho.—aquel sabio Freston... ha buuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria del vencimiento, *tal es la enemistad que me tiene* (I, 8, 24): el correlativo es la oración precedente, que da razón de esta consecuencia introducida por *tal* es... —*Tal es la hermosura de Luscinda* (I, 24, 102): tal, cual exige lo que acabo de decir. Como adverbio: *No hará tal replico don Quixote* (I, 4, 11): tal, cual pensais.—es posible, que *tal aya en el mundo* (II, 23, 91): *tal aya*, cual decis. Como adjetivo atributivo: jamas pudo: *tal embaraço* le causauan la lança, adarga... (I, 4, 13).

16. *Tal...*, *que*, como: *assentosele de tal manera en la imaginacion...*, que (I, 1, 2).—*pienso hazer en el tales hazañas*, que (I, 8, 24). — *en un encerramiento tal*, que al de un monesterio pudiera compararse (I, 28, 133). — *se cobre nombre, y fama tal*, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca (I, 21, 85).—pues *tal* disparate auia cometido, como el de *querer darles libertad* (I, 22, 94).—y *tal* me haga a mi Dios como Sancho gouierna (II, 50, 190). — con otros sucessos *tales como buenos* (II, 51, 193).—que *tal* salud les dê Dios como ellos dizen verdad (II, 55, 212).

17. *Que*, omitiendo elegantemente *tal*: porque tal vez le podia suceder aventura, *que* (I, 7, 22): tal aventura que.—en lugar de hazerme una reuerencia, hizo una cabriola (tal), *que se leuantó dos varas de medir en el ayre* (II, 23, 91).—se començaron a descoger, y desparzir unos cabellos (tales) *que pudieran los del Sol tenerles embidia* (I, 28, 131).—encerraronse los dos en su aposento, donde tuuieron otro coloquio (tal), *que no le haze ventaja el passado* (II, 6, 22).— que no son de condicion (tal), *que dexarán de escucharlo* (II, 2, 7). — toca una guitarra (de tal modo), *que la haze hablar* (II, 19, 70).—con otras cosas que passamos nosotros â solas (tales), *que me hize cruces de espantado, como las pudo saber* (II, 2, 9). — y empedrados con pelras blancas como una quajada (tales), *que cada una deue de valer un ojo de la cara* (II, 21, 78). — el mismo ha escrito su historia, *que no áy mas que dessear* (I, 22, 92).—Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, *que al padre de Luscinda le parecio, que* (I, 24, 102).

En Berceo: «Enfermó esti clerigo de muy fuerte manera, | *Que li querien los oios essir de la mollera*» (Mil. 123), «Io te los faré llanos, | *Que non havras embargo en toda tu venida*» (S. Or. 106).

18. *En guisa de, á guisa de*: con las espadas altas y desnudas, *en guisa de descargar dos juribundos fendientes* (I, 9, 27).—con la mano en la mexilla, *en guisa de hombre pensatiuo* (I, 18, 69). — *a guisa de hombre pensatiuo* (I, 27, 123).—le fabló *en esta guisa* (I, 29, 142).—disponed de mi *a toda vuestra guisa* y talante (I, 46, 245).

19. *A ley de, á fuer de*: yo prometo *á ley de buen, y leal escudero*, de (I, 49, 259).

20. *Eso..., que: esso* se me dá en casa, *que* en el campo (II, 71, 271) lo mismo (cfr. núm. 127).

b) De cantidad.

267. Expresan la intensidad, el grado, el grandor, la medida, en una palabra el cuanto. Pueden ser comparativas de igualdad ó de desigualdad en mayor ó menor grado.

De igualdad.

Los adverbios son los comparativos de cantidad *tanto, cuanto, tan, cuan*, y los adjetivos similares *tanto, cuanto, tantos, cuantos*. Empléanse, ya ambos contraponiéndose en la subordinada y en la subordinante, ya uno de ellos subentendiéndose el otro, ya combinados con otras partículas. El verbo deja de repetirse, cuando es idéntico en ambas proposiciones.

1. Contraponiéndose ambos: *tanto* el vencedor es mas honrado, *quanto* mas el vencido es reputado (II, 14, 48).—*tanto* vales, *quanto* tienes, y *tanto* tienes, *quanto* vales (II, 20, 77).—*en tanto* mas es tenido el señor, *quanto* tiene mas honrados, y bien nacidos criados (II, 31, 118).—que *quanto* ella fuere mas perfecta, *tanto* mejor sera lo que se escriuiere (I, v).—*tanto* mas se escudriñan, *quanto* es mayor la fama del que las compuso (II, 3, 13).—O cauallo *tan* estremado: por tus obras, *quan* desdichado por tu suerte (I, 25, 110).—quedó *tan* preso de mis amores, *quanto* lo dieron bien a entender sus demostraciones (I, 28, 133).—*tan* lexos de parecer rustico cabrero, *quan* cerca de mostrarse discreto cortesano (I, 52, 270).—*tan* a pelo de lo que tratamos, *quanto* me dê Dios mejor ventura (II, 10, 32).—ay *tanto* que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, *quanto* sera mejor no menear el arroz, aunque se pegue (II, 37, 144).—*tanto* son buenas *quanto* no dan pesadumbre (II, 32, 127).

Es de notar el empleo de *mientras*: y *mientras menos* me preguntaredes, *mas* presto acabarê yo de dezillas (I, 24, 102).—que *mientras mas* podridas son, *mejor* huelen (II, 49, 184).—que *mientras mas* os deteneis, *mas* aumentais el fuego (II, 57, 218).

2. *Cuanto*, *cuan*. Como adjetivo: salgan mis caualleros, *quantos en mi Corte estan* (I, 21, 86).—a despecho de la misma embidia, y de *quantos magos crió Persia*, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad (I, 47, 251): de tantos, cuantos. Como adverbio y neutro: imitando *en quanto podia* su lenguaje (I, 2, 5): imitando en tanto, en cuanto podía.—*En quanto Poetas* no la dizen, *mas en quanto enamorados* (I, 34, 174): en tanto no la dizen, en cuanto Poetas.—no es una muger *mas buena de quanto es, ó no es solicitada* (I, 33, 162): durante tanto tiempo, *quanto no es solicitada*.—Eso... entiendesse (en tanto) *en quanto al gozar la renta*, empero al administrar la justicia (I, 50, 264).—donde está la verdad, está Dios (en tanto) *en quanto a verdad* (II, 3, 12).—suplica a v. m. *quan encarecidamente puede* (II, 23, 90): tan encarecidamente, *cuan encarecidamente puede*.

3. *Tanto*, *tan*. Como adjetivo: que no eran *tantos* (I, 4, 11), como los calculados.—como ellas no fueran *tantas* (como eso), fueran *mas* estimadas (I, 6, 19). Como adverbio: No se enoje v. m... que no lo dixes *por tanto* (I, 20, 71), como para que se enoje, ó como v. m. piensa.—que se suele estimar *en otro tanto* (I, 26, 111), cuanto eso.—Aun no caía yo *en tanto* (I, 29, 144), como eso.—*Tanto* que mejor (II, 30, 116); es eso cuanto cualquier cosa, ó lo pensado.—le traía otro presente que valia *mas de tanto* (II, 50, 191), que el precio ordinario.—Que como *tan señor* (como era) deuia de oler a (I, 47, 249).—que yo pienso acompañar a mi señor *en tan largo viage* (II, 40, 151), como ese.

4. *Tanto...*, *que*: pero no apoques tu animo *tanto, que* (I, 7, 23).—antes es *tanta*, y tal la vigilancia, *que* (I, 12, 40).—hasta *tanto que os cumpla el don prometido* (I, 30, 146), de tiempo.—le dixo *tantas* de cosas *que no ay mas que oyr* (I, 32, 158).—Rustico soy pero no *tanto, que no entienda* (I, 50, 266).—Si soys amigo, y *tanto que* (I, 40, 151).—y ha llegado a *tanto* la desgracia desta burla, *que muchas vezes... han salido contra los burladores los burlados* (II, 25, 96).—menudearon sobre don Quixote Aventuras *tantas, que* no se dauan uagar unas a otras (II, 58, 218).

5. *Tanto...*, *como*: que *tanta* alma tengo yo *como otro*, y *tanto* cuerpo *como el que mas* (I, 50, 265).—*Tanto* es lo demas *como lo de menos* (II, 4, 15).—responder a *tanta* infinidad de memoriales impertinentes, *como cada dia le dan* (II, 6, 19).—y van a la Iglesia con *tanta* fantasía, *como si fuesen las mesmas Reynas* (II, 50, 191).

6. *Tan...*, *que*: *tan* òrta y sucintamente, *que* (I, 16, 58).—y es esto

tan assi, *que* (I, 49, 261).—que no tengo yo por *tan* boba a mi señora la Duquessa, *que* se la auia de embiar a ella toda (II, 50, 191).

7. *Tan...*, *como*: no le parecia *tan* bien como don Quixote dezia (I, 3, 6).—andando *tan* en su seruicio, *como* andamos (I, 18, 70).—con otro *tan* poderoso como el (I, 21, 86).—quedan *tan* cortos, *como* verdaderos (I, 34, 174).—*tan* Rey seria yo de mi estado, *como* cada uno del suyo (I, 50, 265).—la qual *tan* bien come cordero, *como* carnero (I, 20, 77).—*tan* bien me vaya yo sobre una pollina, *como* sobre un coche (II, 50, 193).

8. *Tan...*, *cual*: assi las traygo *tan* crecidas, *qual* Dios lo remedie (II, 51, 196).—tomaua *tan* a su cargo el contentalle, y no mentille, *qual* lo veria, *si con curiosidad lo espiaua* (I, 33, 170).

9. *En grado...* *que*: aunque la tenia por atreuida graciosa, y dessembuelta, no *en grado* *que* se atreuera a semejantes dessembolturas (II, 57, 217).—cada qual dexó la pendencia *en el grado* *que* le tomó la voz (I, 16, 60).—cosas que te espanten *en el mismo grado* *que* te lastimen (I, 28, 135).—dos prendas que las estimo, *sino en el grado* *que* deuo, *en el* *que* puedo (I, 33, 101).

10. *Punto* *que*: jamas llegaron *al punto* *que* ellos tienen en su primer nacimiento (I, 6, 18).—y quando el tuyo no esté en el *punto* *que* deue en la intencion de Camila (I, 33, 167).—de verse *en punto* *que* no sabia el *que* poder tomar (I, 44, 238).

De desigualdad.

268. Las palabras llamadas comunmente *comparativos* por los gramáticos, y suelen estudiarse con los adjetivos, no se emplean en el habla, si no es formando oraciones de la clase de *cantidad*. En castellano los comparativos son adjetivos ó adverbios, modificados con los adverbios de cantidad *mas*, *menos*, por ejemplo: *mas hermoso*, *menos hermoso*; fuera de unos cuantos derivados del latin, que se resuelven en expresiones parecidas, *mayor*, *menor*, *mejor*, *peor*, *primero*, es decir, *mas*, *menos grande* ó *bueno*. Pero pertenecen á esta clase de oraciones otras cualesquiera en que entren *mas*, *menos* comparándose las ideas. El término de la comparacion es una subordinada introducida por *que* ó *de*. Tal es la hermosura de Luscinda, donzella *tan* noble, y *tan* rica como yo, pero de *mas* ventura, y de *menos* firmeza *de la que a mis honrados pensamientos se deuia* (I, 24, 102). En esta oracion entabla Cardenio una comparacion de las cualidades de Luscinda, empleando una proposicion comparativa de cualidad: *tal* es la hermosura de Luscinda (cual acabo de indicar); otra de cantidad, de igualdad: donzella *tan* noble y *tan* rica como yo; y otras dos de la clase comparativa de cantidad, de des-

igualdad, de la que ahora tratamos: pero de *mas* ventura, y de *menos* firmeza... En las cuatro proposiciones el predicado *es*, se enuncia en la primera, supliéndose en las demas, y el sujeto *Luscinda* en las tres últimas.

Las oraciones comparativas completas son: *Luscinda es donzella de mas ventura de la que a mis honrados pensamientos se devia*, y *Luscinda es donzella de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se devia*. Ambas tienen una subordinada comun y forman una coordinada copulativa, siendo á su vez adversativa (*pero*) respecto de las otras dos oraciones precedentes, comparativas de modo y de cantidad. Quedémonos con una de las dos: *Luscinda es donzella de mas ventura de la que a mis honrados pensamientos se devia*. La principal es: *Luscinda es donzella de ventura*, cuyo sustantivo predicativo *donzella* lleva un complemento que, en vez de ser *de ventura*, es aquí toda una subordinada: *de mas ventura de la que...* Introdúcese, pues, con *que* relativo, pues en nuestro caso *de la que* es el correlativo de *de ventura*, y la fórmula queda reducida á: *mas que*. La subordinada es: *que a mis honrados pensamientos se devia*, en la cual se compara la ventura de *Luscinda* con la que debiera tener, de corresponder ella á la honradez de pensamientos de Cardenio.

Aunque el era Andaluz, y de los de la playa de Sanlucar, *no menos ladron que Caco*, *ni menos maleante que estudiante*, o page (I, 2, 6). Las subordinadas son *que Caco* (lo fue), *que estudiante* (lo es): son subordinadas de los adjetivos predicativos de la principal *ladron* y *maleante*. Porque era la mejor pieza, que comia pan en el mundo (íd.). El comparativo *mejor* con el artículo se convierte en castellano en superlativo, y *mejor* se resuelve en *mas buena*: *su cavallo era la mas buena pieza, que*. Como se ve, queda reducida la subordinada á una relativa, como antes hemos visto, y la fórmula de esta clase de oraciones es: *mas que*, *menos que*. Hay un ejemplo en que *mas* va con *como*, por haberse fundido al parecer una frase comparativa de desigualdad con otra de igualdad: no auria nauaja que con *mas* facilidad rapase a v. m. *como* mi espada raparia de los ombros la cabeça de Malambruno (II, 40, 152).

Como superlativos propios existen *mínimo*, *ínfimo*, *último*, *postremo*. En estos y en cualquiera otra expresion superlativa, en vez de la preposicion *de*, puede ponerse *entre* ú otra análoga. El superlativo pide indicativo; pero hoy se ha generalizado el subjuntivo, conforme al uso frances. Con el potencial dice Cervantes: era la *mas* graciosa, y estraña figura *que se pudiera* pensar (I, 2, 6); pero: estas aguardando y atendiendo los dos *mas* fieros leones que jamas *criaron* las Africanas seluas (II, 17, 62); hoy algunos dirían: que jamas *criaran*.—es el *mejor* de todos los libros *que* de este genero se han com-

puesto (I, 6, 17); no: *se hayan compuesto*.—son los mejores que en verso heroyco, en lengua castellana *estan escritos* (I, 6, 20).—la costumbre del lauatorio que aqui se usa *peor* es que de diciplinantes (II, 32, 127). En las oraciones superlativas es en las que mas de ordinario la oracion subordinada queda reducida al término de comparacion, omitiéndose todo lo demas: quien *mas* honesto, y mas valiente, *que* el famoso Amadis de Gaula? La interrogacion equivale aqui á la forma *el mas honesto fué*.—quien *mas* discreto *que* Palmerin de Inglaterra? quien *mas* acomodado, y manual *que* Tirante el Blanco? quien *mas* galan *que* Lisuarte de Grecia? quien *mas* acuchillado, ni acuchillador *que* Don Belianis? quien *mas* intrepido *que* Perion de Gaula? o quien *mas* acometedor de peligros *que* Felix Marte de Yrcania? o quien *mas* sincero *que* Esplandian? quien *mas* arrojado *que* Don Cériogilio de Tracia? quien *mas* brauo *que* Rodamonte? quien *mas* prudente *que* el Rey Sobrino? quien *mas* atreuido *que* Reynaldos? quien *mas* invencible *que* Rugero? (II, 1, 5).—las *cuchilladas*, estocadas, altibaxos, reuses, y mandobles, que tiraba Corchuelo, eran sin numero, *mas* espesas *que* higado, y *mas* menudas *que* granizo (II, 19, 72).—Pues el mio no es imposible, ni disparatado, sino el *mas facil*, *el mas justo* y el *mas mañero*, y *breue*, que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno (II, 1, 2).

De la misma manera podríamos analizar la infinita variedad de oraciones comparativas, que pueden darse. En la mas sencilla: *María es mas hermosa que Luisa*, y en su correspondiente superlativa: *María es la mas hermosa de las mujeres*, el verbo de la subordinada se subentiende: *que lo es Luisa*, *que lo son las mujeres*.

En los ejemplos analizados la subordinada lo es del complemento adjetivo de la principal; pero puede serlo de cualquier otro miembro de ésta: pudiendo *mas su locura que otra razon alguna* (I, 2, 4); aqui la subordinada lo es del sujeto de la principal. Quedase armado cauallero, y tan cauallero que no pudiese ser mas en el mundo (I, 3, 8): aqui lo es del sustantivo predicativo *cauallero*. Aunque os escondays *mas que una lagartija* (I, 4, 12): se subentiende: *que se esconde una lagartija*, la comparacion se refiere al predicado *escondese*. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia *mas* (I, 5, 15): *mas que lo que decian los otros*, se refiere al predicado *decir*.—*mas* anexas son a los Caualleros andantes las desgracias, que a sus escuderos (II, 2, 8).—Con todo esso, tomara yo aora *mas ayna* un quartal (de) pan, o una hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, *que* quantas yeruas describe Dioscorides (I, 18, 70).—una olla de algo *mas vaca que carne* (I, 1, 1).—Hallen en ti *mas compassion* las lagrimas del pobre, pero no *mas justicia que* las informaciones del rico (II, 42, 160).—toda via tengo *mas* de Christiano *que* de Moro (II, 54, 203).—atendia



a ser *mas christiana que enamorada* (II, 54, 209).—De cosas sucedidas a Sancho en el camino, y otras que no ay *mas que ver* (II, 55, 209).—aura *mas que cargar con ellos* (I, 29, 143).

Con la conjuncion relativa *que* se comparan por un igual los dos términos, como si se presentasen paralelos; con la *de*, que indica extraccion, ablativo, los términos toman otra posicion, el que lleva *de* parece contener mayor cantidad, de la cual se saca lo que basta para contrapesar al otro. Es una representacion espacial, en la que ya no hay paralelismo en las dos ideas, sino contraposicion del *mas* al menos, por eso suele emplearse *de* con los numerales cardinales, colectivos, partitivos y múltiplos, siendo afirmativa la oracion; si es negativa pueden en estos casos emplearse *de* y *que*, y nunca puede emplearse *de* con *ser* ó *parecer*, que incluyen idea de igualdad.

No tiene v. m. *mas de* dos muelas, y media (I, 18, 70): el término indica que las muelas son *mas de* suyo, pero que *de ellas* las que tiene son una parte del todo. La subordinada se refiere aquí al objeto de la principal, del predicado *tener*. Por ser negativa puede decirse: no tiene v. m. *mas que* los muelas y media. Que está poco *mas de* cien jornadas *mas acá del reyno de* (I, 29, 145): que no está el reino de. La comparacion versa sobre un adverbio de lugar: *mas hermosa, mas acá, mas hermosamente*: la subordinada lo es, pues, del adverbio ó circunstancia de lugar del predicado de la principal *está*. Que no queremos *mas de* dar ceuada a nuestras caualgaduras, y passar adelante (I, 43, 234): la subordinada se refiere al objeto de la principal, de *querer*, y es una proposicion infinitiva. Sabete Sancho, que no es un hombre *mas que* (lo es) otro, sino haze *mas que* (haze) otro (I, 18, 69): entre paréntesis van los elementos subentendidos, para que se vea que el *mas* siempre forma proposiciones subordinadas. *Mas que, mas de* son expresiones relativas, y por consiguiente piden un término correlativo: la comparacion se establece entre dos proposiciones, una subordinante, otra subordinada, como término de la comparacion de algun elemento de la principal. Comparacion respecto de la circunstancia de tiempo: preguntó a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste figura, *mas entonces que nunca*² (I, 19, 74). Respecto del sustantivo predicativo: que *mas parecian ruynas de edificios que casas* (I, 20, 80). Respecto del sujeto: Mas vale salto de mata, *que ruego de hombres buenos* (I, 21, 88). Cállase el término de la comparacion, del que antes se ha hablado: Mas fue *perder el asno* (I, 25, 111). Respecto del objeto: ya se que lo *mas que* el hizo, fue *rezar* (I, 26, 116). Respecto del complemento predicativo: era una de las *mas regaladas hijas que* padres jamas regalaron (I, 28, 133).—Aura *mas que* cargar con ellos, y...? (I, 29, 143).—que *mas auia sido* la locura y confiança de Anselmo, que su poca fide-

dad (I, 33, 171).—Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender (I, 44, 238).—que yo no tengo mas voluntad que la vuestra (I, 46, 245).

Ejemplos con *menos*: con no menos retoricas, aunque con mas breues palabras, respondio á las tuyas (I, 3, 10): subentiéndese *que las tuyas*.—que te vengas a contentar con menos, que con ser Adelantado (I, 7, 23).—Aun v. m. menos mal, pues tuuo... (I, 17, 61): cállase la subordinada: *que yo*.—No esperaua yo *menos* (I, 3, 7): que eso.—no quiso ser menos (I, 30, 146): que los demas.—Quan *menos* son los premiados por la guerra, *que* los que han perecido en ella? (I, 38, 199).

Mas la buena suerte que para *mayores* cosas le tenia guardado (I, 9, 29): se omite la subordinada *que para eso*.—*mayores* secretos pienso enseñarte, y *mayores* mercedes hazerte (I, 10, 31).—que es *mayor que* Portugal, y *que* Castilla juntos (I, 31, 153).—le puso en *mayor* confusion *que* primero (I, 34, 172).—*al mayor* y *mas* perito rebuznador del mundo (II, 25, 95): que hay en el mundo.—de los quales yo aunque indigno, soy *el menor* de todos (I, 13, 41).—el qual *lo mejor* que podia se reparaua con su adarga (I, 3, 9).—es *el mejor* de los libros que de este genero se han compuesto (I, 6, 17).—La ventura va guiando nuestras cosas *mejor de* lo que acertamos a dessear (I, 7, 23).—que le adereçassen otro *mejor* lecho *que* la vez passada: á lo qual respondió la huespeda, que como la pagasse *mejor que* la otra vez (I, 32, 156).—Y estaua *peor* Sancho despierto, *que* su amo durmiendo (I, 35, 183).—con el *mas alto* campanario *que* ay en la Mancha (II, 50, 191).—que no hay en el mundo todo donzella *mas hermosa* que la Emperatriz de la Mancha (I, 4, 13).—ha professado una de las *mas estrechas* professions *que* ay en la tierra (I, 13, 42).—tiene el *mas corto* entendimiento *que* tiene, ni tuuo escudero en el mundo (I, 25, 109).—procura imitar los originales de los *mas unicos* pintores *que* sabe (I, 25, 108).—un labrador, aun *mas rico que* el padre de Grisostomo (I, 12, 38).—y quedaron *mas amigos que* de antes (II, 19, 72).

Lo mismo con *igual*, *diferente*, *distinto*, *diverso*, *otro*, *lo mismo... que*, *de*, ó con cualquier adjetivo ó adverbio, modificados con *mas que*, *menos*, *antes*, *primero*, *que*, *de*: y assi *primero que* vomitasse, le dieron tantas ansias (I, 17, 62).—auia de morir *primero que* el (I, 30, 146).—que a fé que *primero que* le buelua a mi poder me han de sudar los dientes (II, 26, 102).—*antes* le mató su porfia, *que* mi crueldad (I, 14, 50).—*antes que* la noche venga (I, 15, 55).—pues *antes* engullia *que* tragaua (I, 24, 102).—â cumplir mi palabra *antes que* mi gusto (I, 31, 153).—pluguiera al cielo, que *antes* con su desmesurado alfange nos huuiera derribado las testas, *que* no que nos assombrara la luz de

nuestras caras con esta borra (II, 39, 149).—tornó á pasarse con el *mismo* reposo *que* primero (I, 3, 9).—dexar correr la suerte a lo *ygual*, de lo que mi calidad pedía (I, 28, 135).—vino á hazer un poco de ruydo bien *diferente de* aquel que a el le ponía tanto miedo (I, 20, 79).—*antes* les cruxen los damascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten, *que* la malla con que se arman^a (II, 1, 4).—Porque *esso* me da que me den ocho reales en senzillos, *que* en una pieza de a ocho (I, 2, 6): *esso* equivale á lo *mismo*.—y el tornó á la vela de sus armas, con *la misma* quietud y sossiego que primero (I, 3, 9).—el no poder saltar las bardas... en *al* estuuu *que* en encantamentos (I, 18, 65).—no podían tener *otro* fin, *que* el de casarnos (I, 24, 102).—las Pragmaticas que no se guardan, *lo mismo* es, *que* sino lo fuessen (II, 51, 195).

A las oraciones de cantidad hay que reducir las restrictivas comparativas:

Con la negacion y *que*, ó *sino*, ó *de*: estoy por condenarlos *no mas que* á destierro (I, 6, 17).—*no* hazían otra cosa *que* comer, y callar (I, 11, 33).—*no* parece *sino que* (I, 12, 38).—si estos son mas de veynte, y nosotros *no mas de* dos (I, 15, 52).—mas *no* quiere mi suerte darme *otra* cosa con que corresponda a las buenas obras que me hazen, *que* buenos desseos de satisfacerlas (I, 24, 101).—*no* hazía *sino* mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar (I, 24, 102).—que el traerlas a la memoria *no* me sirue de *otra* cosa, *que* añadir otras de nuevo (I, 24, 102).—y *no* dura *mas* en hazerse la enmienda, *de* cuanto quiera v. m. (I, 24, 105).—la çaça y los passatiempos *mas* han de ser para los holgaçanes, *que* para los Governadores (II, 34, 133).

Con *segun* se expresa elegantemente la comparacion de cantidad (Cfr. *De modo*): sus mismos cabellos, que eran sortijas de oro *segun* eran rubios, y enrizados (II, 49, 188).

TERCERA PARTE

FIGURAS SINTÁCTICAS, ESTILO

Demos esta denominacion, como pudiéramos darles otra cualquiera, á las diversas *formas* ó *figuras* que reviste una proposicion, simple ó compuesta, ya en el habla ordinaria, ya sobre todo en los estados emocionales del ánimo y en el estilo oratorio y poético. Tales son las oraciones optativas, suplicativas, interrogativas, exclamativas, el giro directo y el indirecto, los fenómenos llamados elipsis, anaeoluto, inversion, prolepsis, el período rotundo y las cláusulas

las breves, y otras figuras, que confinan ya con los linderos de la Retórica y de la Estilística. Hay que prescindir de no pocas *figuras* de la llamada *Sintaxis figurada*, como el *enálage*, *silepsis*, etc., en muchos casos citados en las Gramáticas, por desconocer la etimología y tomar por *licencias* lo que eran huellas del habla antigua. La construcción llamada *figurada* es más corriente que la llamada *gramatical* ó *lógica*, porque es la más natural, lógica y gramatical, si no queremos hacer de la Lógica y de la Gramática unas ciencias fantasmagóricas sin fundamento en la realidad. El habla es tan *figurada* en todo, que la mayor parte de las acepciones de los vocablos son debidas á la metáfora; y de la expresión de las relaciones espaciales, las únicas que el lenguaje expresó primitivamente por términos propios, se tomaron las expresiones para el tiempo, el movimiento y las demás ideas materiales y metafísicas. Las diversas relaciones gramaticales se expresan igualmente por traslación, del espacio al tiempo y á la causa. De aquí el empleo de unos mismos vocablos para varias relaciones, como hemos visto, por ejemplo, en las conjunciones.

No es este el lugar de hacer un estudio de la Semántica y de la Estilística del habla de Cervantes, aunque sería el complemento propio de esta obra. Tenemos que resumir ideas nada más. Cervantes es el mejor hablante castellano, el que mejor ha sabido valerse del instrumento, como técnico consumado, para elaborar su obra artística. El mismo compendió en breves palabras su técnica del lenguaje: *procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intrincarlos y escurecerlos* (I, v).

A la llana: la naturalidad, como opuesta á la afectación, que tan en rostro le daba en los libros de caballerías, es la primera dote del escritor. *Toda afectacion es mala* (II, 26, 101). Afectación se halla en algunos pasajes del *Quijote*; pero es afectación de parodia, propia del que pone en ridículo lo afectado, mezclando lo gallardo de la imitación, que sobrepuja al original, con la tendencia realista y sana, que corre por las venas y se trasluce al través de la misma remediada afectación. Tales son los pasajes imitados de los libros de caballerías en las descripciones, en los discursos de Don Quijote. Y como último golpe sobreviene el lenguaje de los personajes no embaucados con el caballerismo, el de Sancho y demás seres vivientes, creados por Cervantes, que hablan *á la llana*, en cristiano, como hablaba la gente del pueblo, bien que trasladada al papel por un artista. Y aquí los vocablos es lo de menos; el giro, la elipsis, las salidas populares, los idiotismos castellanos, no aprendidos en gramáticas y diccionarios. Cada frase de Sancho, de Sanchica, de Teresa, de las

aldeanas, de los cabreros, de los galeotes, es una joya de realismo castellano, de llaneza y naturalidad, del habla vigorosa y nervuda del hijo del terruño. Es imposible citar; véase ese lenguaje siempre que intervienen dichos personajes, y dígame, si ha habido antes ó despues de Cervantes quien haya sabido arrancarlo de la realidad viviente tan en bloque y haya tenido arte para incrustarlo tan á propósito en la novela. Ese *á la llana* es lo mas árduo para el que escribe, por lo mismo que es lo mas hondo del arte.

Con palabras significantes: lo que se llama la propiedad de vocablos y frases, conforme á la etimología, y á las acepciones justas y precisas que con el uso han ido tomando. Véanse las definiciones de Covarrubias y cotéjense con los vocablos del *Quijote*, y estúdiense el valor etimológico, y se verá que Cervantes penetraba y veía con la transparencia del cristal el valor de las palabras y giros que emplea. Muchas veces se le ha criticado precisamente por faltarles á los que temerariamente se han atrevido á hacerlo, algo de esa penetracion y el conocimiento del castellano de aquella época. La manera colorista de aprehender las cosas, que poseía la fantasía de Cervantes, puede verse en el uso que hace de los epítetos y en la invencion de adjetivos y nombres compuestos: son verdaderamente, no significativos como quiera, sino *significantes*. El fué el que llamó á *Lope monstruo de la naturuleza*, y dijo de la Celestina: *libro en mi opinión divi(no), si encubriera mas lo huma(no)*: pinceladas las mas gráficas que pueden ocurrir para expresar el carácter de nuestro mayor poeta y de nuestra primera joya literaria despues del *Quijote*. Pues, y las que retratan los principales personajes de la novela? Cuatro epítetos bastan; pero son cuatro rasguños sangrientos á lo Goya.

Honestas: no de esa honestidad farisáico y de salon, que parece temblar ante las palabras, y no retrocede ante los hechos mas divergonzados; sino de aquella conveniencia y ajuste de las palabras á las cosas, de la forma al fondo, del estilo al asunto, que los retóricos antiguos llamaban *decorum*. Hay vocablos que asientan bien en unos labios y se despegan de otros, que cuadran á unas circunstancias y desdicen de otras. Cervantes nada tiene de remilgado; emplea voces, que hoy no nos atrevemos á repetir, aun puestas en boca de verduleras, por su recargado realismo. Pero evita otras soeces ó desagradables, cuando no llevan consigo la fuerza que llevaban las usadasísimas en su tiempo que hoy nos chocan, y sabe por elegantes rodeos dar á entender las acciones mas torpes. Y sobre todo acierta á poner en labios de cada personaje los términos que les son propios, y á emplear conforme al asunto las diversas tintas y géneros de expresiones que convienen.

Bien colocadas: la fuerza de la expresion y la euritmia de la frase penden del lugar que cada palabra ocupa. En la feliz combinacion de entrambos principios, expresivo y sonoro, es admirable Cervantes. Nada mas libre y suelto que su frase, y al propio tiempo nada mas sonoro y cadencioso. Es un ritmo inolvidable y característico el que distingue la prosa cervantina de la de cualquier otro autor. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los arboles, formaban su republica las solicitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo... y la por tantos modos martirizada seda encarecen... No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezcladose con la verdad, y llaneza (I, 11, 33 y 34). Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me lleuan á parte, donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis queexas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo... Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger (I, 23, 97), etc., etc.

No se sabe que admirar más en estos y otros infinitos pasajes, si la libertad y como á caso con que abre el período y lo desarrolla, cual flor que se abre naturalmente, hasta dejarlo redondeado con la última palabra, si la elegancia y finura con que palabras y frases mutuamente se engarzan, si el ritmo cadencioso de los vocablos que destilan mieles, y de las frases que ondulan como mecidas por un oloroso céfiro de primavera. Así resulta *el período sonoro y festivo*, quiere decir galano, suelto y regocijado como de fiesta. El escritor solo atiende á *pintar* y á *dar a entender* sus conceptos *sin intrincarlos y escurecerlos*. Corre la pluma y corre el estilo como el agua, clara, lúcida, trasparente, dejando ver las cosas con nitidez y con los vivos reflejos que en sí tienen y que presentan mas abillantados al través de los líquidos cristales, al modo que se ofrecieron al Cura y á los que con él estaban los blancos pies de Luscinda, *que no parecían sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido* (I, 28, 131).

I. Oraciones optativas y suplicativas.

269. Se expresan por medio de las sustantivas objetivas, omitiéndose de ordinario la subordinante y el *que*: *Sea* v. m. seruido, señor don Quixote mio, de darme el gouierno de la Insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado (I, 10, 30).—*Perdoneme* v. m.,

que como yo no se leer, ni escreuir... no se si (I, 10, 32). Véanse otros ejemplos al tratar del subjuntivo optativo y de los tiempos *amase, amara*. Siempre son subordinadas á la principal *deseo que*, la cual de ordinario se omite.

Puede ir delante *asi* con el primer optativo, y *que* con el segundo, cuando lo que deseamos lo proponemos á modo de recompensa de lo que pedimos, y tambien puede omitirse el *asi*, empleando *que* en su lugar: «*Asi*, Bartolomé, cuando camines, | Te dé Mercurio prósperos viajes. | Y su sombrero, báculo y botines; | *Que me des relacion...* (VILLEGAS).—sabreisme decir buen amigo, *que buena ventura os dé Dios*, donde son por aqui los palacios de la sin par Princesa (II, 9, 31).—Dime valeroso joven, | *que Dios prospere tus ansias*, | si te criaste en la Libia | o en las montañas de Iaca? (II, 44, 167).—O... estrella de mi ventura, *assi* el cielo te la dé buena, en quanto acertares a pedirle.—*assi* los ligeros y lasciuos Satyros..., no perturben jamas vuestro dulce sossiego (I, 25, 110).—*assi* se me bueluan las pulgas de la cama (I, 30, 143): equivale *asi* á *ojalá, tal lo deseo*.

2. Oraciones interrogativas y exclamativas.

270. Cuando Cervantes pregunta: *que* podia engendrar el estelr y mal cultiuado ingenio mio (I, II), se da á sí mismo la respuesta: sino la historia de un hijo seco, auellanado... (íd.). Cuando dice á su visitante: *como* quereys vos que no me tenga confuso, el que dirá... (íd.), espera la respuesta que el mismo le ha de dar. Sea por figura retórica ó sinceramente, toda pregunta es un período, que se refiere á la respuesta: es un período correlativo. Tal es la razon de que en castellano las partículas interrogativas no sean más que las relativas: *quién, qué, dónde, cuándo, cómo, cuál, cuánto*, etc., que solemos acentuar para indicar que siempre llevan acento y ademas una cierta elevacion de tono respecto de la respuesta ó afirmacion. Vése la idea correlativa, por ejemplo, en: *Cuándo* vas?—*Cuando* tenga tiempo. *Dónde* queda?—No sé *donde*. *Qué* le dijo?—*Que* viniéra. Todos los períodos interrogativos, son, por consiguiente, correlativos, y pertenecen á algunos de los ya expuestos. Con el relativo *que, quien*, se forman los interrogativos de persona ó cosa, los cuales necesariamente habran de ser relativos, subordinados á la respuesta, y en su forma períodos sustantivos, objetivos ó finales, ya que la pregunta versa acerca de una *entidad*, como sujeto, objeto, término indirecto: *quién es? qué dijo? á qué viene eso?* Con los relativos *donde, cuando, como, cual, cuanto*, etc., se forman períodos inte-

rogativos circunstanciales de lugar, tiempo, causa, modo, etc., los cuales refiriéndose á las respuestas correspondientes, son subordinados correlativos, que entran en los períodos subordinados ya estudiados. Al preguntar *¿qué pasajeros han llegado?*, el *qué* es sujeto de la proposición, y así la respuesta es también un período sustantivo subjetivo. Cuando en el giro indirecto decimos: *preguntó que qué pasajeros habían llegado*, el *que* y toda la proposición interrogativa es objeto de la principal *preguntó*. En la respuesta sucede otro tanto: *le respondieron que...*

El *si* interrogativo convierte la proposición condicional en otra de duda é incertidumbre, y es muy usado en la interrogación indirecta: mirando a todas partes, por ver *si* descubriría algún castillo, ó alguna majada de pastores (I, 2, 5).—Ay Dios, *si* será posible que he ya hallado lugar que... *Si* sera *si* la soledad que prometen estas sierras no me miente (I, 28, 131), Aquí encontramos el *si* interrogativo de duda, el *si* afirmativo y el *si* condicional. Valame Dios, *si* sera también usança en esta tierra lauar las barbas á los escuderos como á los Caualleros? (II, 32, 123).

Como *si* en este caso, en todos los demas de interrogación indirecta hay una palabra *relativa*, que introduce la interrogación expuesta en la proposición subordinada. Además con el verbo *preguntar* y el verbo *decir*, por preguntar, se puede poner *que* delante de ese relativo: *preguntóle, que* de que se reía (I, 9, 28).—*digo: que* que le yua a v. m. en boluer tanto por aquella Reyna Magimasa, ó como se llama? (I, 25, 107).

La interrogación *directa* se hace por medio de los pronombres ó adverbios interrogativos, ó sin ellos tan solo por la entonación de la voz. Sepamos agora Sancho hermano, *adonde* va vuessa merced?... *que* va a buscar?... y de parte *de quien* la vays a buscar? (II, 10, 33).—*Donde, como, y quando* hallaste a Dulcinea? *Que* hazia? *que* le dixiste? *que* te respondió? *Que* rostro hizo, quando leía mi carta? *quien* te la trasladó? (I, 30, 151).—*Que* la quereis Reynas? *a que* la perseguis Emperatrices *para que* la acosays donzellas, de a quatorze a quinze años? (II, 44, 168).—*que* redoma, y *que* balsamo es esse? (I, 10, 31).—pues *a que* aguarda v. m. a hazelle, y á enseñarmele? (id).—sabreisme dezir amigo... *donde* son por aqui los palacios de la sin par Dulcinea del Toboso? (II, 9, 32). Sin forma alguna especial: Dessa manera aquel plato de perdizes que estan alli asadas, y a mi parecer bien sazoadas, no me haran algun daño. A lo que el medico respondió (II, 47, 175). La intención del *que* interroga puede ser muy diversa, sirviéndose siempre de las mismas formas: ya para informarse, ya para expresar ignorancia ó duda, ya para negar implícitamente aquello mismo que pregunta, ya por figura retórica para indicar extra-

ñeza, admiracion, horror, como si dudara de aquello mismo que produce tales afectos.

Algunos adverbios subjetivos, ademas del *si* interrogativo, ó sin él, suelen acompañar la interrogacion: acaso, tal vez, por ventura, etcétera, é indican la duda é ignorancia parcial del que pregunta: Si *a caso* quisieren saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales v. m. que es el famoso don Quixote de la Mancha (I, 19, 74).—Vienes a ver *por ventura*... si (I, 11, 49).—*si por dicha* conoces que (I, 14, 48).—Es *por dicha* mas hermosa mi señora (I, 30, 148).—*Por ventura* es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que se gasta en (II, 32, 121).

El *pues* causal tiene gran fuerza en la interrogacion: *Pues* que tanto ha Sancho que os la prometi (II, 28, 109).—Yo señor, respondió el viejo, *pues* vale esta cañaheja 10 escudos de oro? (II, 45, 170).—Piensa v. m. esperar señor don Quixote? *Pues* no? respondió el, aqui esperarê (II, 34, 135).—*pues* quien diablos sino yo fue el primero que cayó en el achaque del encantorio (II, 31, 120).

La respuesta con *sí, así es, y no* se hace conforme á lo dicho al tratar de estos adverbios: Y por ventura promete el autor segunda parte. *Sí promete*, pero dize, que (II, 4, 14).—ya que Sancho no se digna de venir conmigo. *Sí digno* respondió Sancho (II, 7, 25). Se omite el pronombre y se repite el verbo. No oyes lo que viene cantando esse villano? *Sí oigo* (II, 9, 31).—no has visto tu representar alguna comedia... *Sí he visto* (II, 12, 41).—Es vuestro escudero este preguntô el del bosque? *Sí es* (II, 12, 43).—*Assi es* como v. m. dize (I, 48, 254).—*Si harê* madre, respondió Sanchica (II, 50, 191).

Lleva mucha fuerza la negacion, cuando no solo se repite el nombre de lo que se niega, sino que se añade el mismo variándole el género, para dar á entender que en la negacion se abarca toda la especie: sin *Insulos*, ni *Insulas*, que ya no las queria (I, 26, 119).—y dexaos de pretender *insulas*, ni *insulos* (II, 2, 7).—y ya no aura *insula*, ni *insulos* en el mundo que me conozcan (II, 41, 153).—Teresa me pusieron en el bautismo nombre mondo, y escueto sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequiues de *dones*, ni *donas* (II, 5, 18).—en lo que yo pienso entretenerme, es en jugar al triunfo embidado las Pascuas, y a los bolos los Domingos, y fiestas, que essas *caças*, ni *caços* no dizen con mi condicion, ni hazen con mi conciencia (II, 34, 133).—ya no ay triste *figura*. El *figuro* sea el de los leones (I, 30, 116): juego de vocablos.—ni *cuentas* ni *cuentos* (II, 16). Idéntica fuerza tienen las expresiones: sin decir *oxte ni moste*, y no gemidos y *lloramicos* y darle, etc.

271. La exclamacion es una interrogacion, que se hace uno á sí mismo ó á los circunstantes. Lleva consigo la extrañeza, ya que solo

lo que nos sorprende de una ó de otra manera, es lo que nos hace prorrumper en exclamaciones; ó el deseo, el temor, que tambien son especies de sorpresas. En su forma el período exclamativo no difiere, por lo mismo, del interrogativo ó correlativo, fuera de las interjecciones, que suelen añadirse para especificar la emocion, y el tono en que se habla, que es tan variado como el campo de las emociones. Exclamacion é interrogacion indirecta expresan todos los relativos en oraciones subordinadas: mira *hasta donde* se estiende su malicia, y la ogeriza que me tienen (II, 10, 36).—pues por Dios que han de ver esos señores que acá los embian, *si soy yo* hombre que se espante de leones (II, 17, 60).—*Quan* regaladas, y honestas respuestas tuue? (I, 24, 103).—como si yo no supiese *quantas* son cinco (I, 32, 159).

Es muy propio de la exclamacion el relativo *que*: forma á veces una subordinada objetiva, cuya subordinante se omite: En fin señora, *que* tu eres la hermosa Dorotea, la hija unica del rico Clenardo (I, 29, 139).—*Que* te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote? (I, 18, 70).—*Que* tengo de ser tan desdichado andante que no ha de auer donzella que me mire, que de mi no se enamore? *que* tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar a solas gozar de la incomparable firmeza mia? (II, 44, 168).—*Que* dê al diablo v. m. tales juramentos, señor mio, que son muy en daño de la salud (I, 10, 31 bis).—Pues *que*, quando... (I, II).—Pues *que* será, quando... (I, 21, 88).—*Que* me tengo de armar, ni *que* se yo de armas ni de socorros (II, 52, 202).—hi de puta, y *que* coraçon de marmol, *que* entrañas de bronce, y *que* alma de argamassa (II, 58, 221).—*que* de habilidades ay perdidas por ay (II, 62, 242).—y *que* vida nos hemos de dar, *que* de churumbelas han de llegar a nuestros oydos, *que* de gaytas Zamoranas, *que* tamborines, y *que* de sonajas, y *que* de rabeles, pues *que* si destas diferencias de musicas resuena la de los albogues, alli se vera casi todos los instrumentos pastorales (II, 67, 258).—y *que* os tengo de hallar, aunque (I, 4, 12).—Valame Dios, y *que* de necedades vas Sancho ensartando (I, 25, 107).—*Que* te parece Sancho amigo? O *que* necio, y *que* simple que eres... y *que* de discreciones dizes a las vezes (I, 31, 154).—*que* mucho que tema, no ande por aqui alguna region de diablos... (II, 41, 155).—*Que* todavia se afirma v. m. señor mio, ser verdad esto del Gouierno de Sancho (II, 50, 193).—*Que* me plaze, respondió el moço (I, 11, 34).—Pues *que* hermosura puede auer, o *que* proporcion de partes... y *que* quando... Pues *que* diremos de... *Que* ingenio sino es del todo barbaro (I, 47, 253).—*Que* es esto Teresa Pança, *que* locuras son estas, y *que* papeles son esos (II, 50, 191).—*que* Dorotea es tu nombre, señora? (I, 28, 135).

Detras de las imprecaciones y juramentos el *que* es del subjuntivo

optativo, por ser subordinado que supone la subordinante *deseo, asevero*: vive Dios *que*, á fé *que*, par diez *que*: a fee, *que* agora que no ay pariente pobre (II, 50, 191).—Por el habito que tengo, *que* no se que me diga (II, 50, 191).—*que* en verdad en verdad, *que* tengo de honrar el Gouierno de mi marido (II, 50, 192).—Por cierto *que* esos señores (II, 51, 194).—en verdad, *que* la tenia bien deseada (II, 52, 200).—Por Dios *que* assi me quede en este, ni admita otro Gouierno..., como (II, 53, 204).

El mismo *que*, se añade en las interrogativas y exclamativas á otros interrogativos: *que tanto* por *cuanto*, *que tan* por *cuan*, *que tal* por *cual*: Pues *que tanto* ha Sancho que os la prometi (II, 28, 109).—*Que tan* grande le parece a v. m. mi señor don Quixote, preguntô el Barbero, deuia de ser el Gigante Morgante? (II, 1, 6).

Como de interrogacion, extrañeza: Y *como*, si era sabio, y encantador, pues (II, 2, 9).—*Como* fuera de la ciudad, por ventura tiene v. m. los ojos en el colodrillo (I, 10, 34).—*Como* y no sabe que (II, 13, 45).—*Como* no? (II, 14, 48).—*Como*, y es possible, que ay oy Caualleros Andantes en el mundo? (II, 16, 56).—O hideputa vellaco, y *como* es Catolico (el vino) (II, 13, 46).—Digo bien madre mia? Y *como* que dizes bien hija (II, 50, 192).—*Como* tengo de caminar desventurado yo (II, 53, 203).—*Como* nõ replicô Sancho (II, 54, 208).

La conjuncion *y* á principio de la frase exclamativa es muy enfática, parece indicar que se salta por otras ideas, que atropelladamente quieren salir, echando la última: así la *y* liga lo que se dice con lo que se pensaba y se omite como verdadera copulativa: Y *que* no viesse yo todo esso Sancho! (II, 10, 36).—*y como*, si era sabio (II, 2, 9).—*y* es possible, que tres hacaneas, o como se llaman, blancas como el hampo de la nieue, le parezcan a v. m. borricos (II, 10, 34).—O hideputa, *y que* rexo deue de tener la vellaca.—O hideputa vellaco, *y como* es Catolico (el vino) (II, 13, 46).—Valame Dios, *y* con quantas ganas deues de estar esperando (II, 1).—Y *como* si la he visto, pues quien diablos sino yo fue (II, 31, 120).—*y* a vos alma de cantaro, quien os ha enaxado en el cerebro que soys Cauallero Andante (II, 31, 120).—Ay dixo Teresa, en oyendo la carta, *y que* buena *y que* llana, *y que* humilde señora (II, 50, 191).—Y *como* madre, dixo Sanchica, pluguiesse a Dios, que (II, 50, 192).—mirad la tal por qual, hija del harto de ajos, *y como* va sentada, y tendida en el coche (II, 50, 192).—Y *que* se me da a mi, que diga el que quisiere (II, 50, 192).

En la *Celestina* (act. 6, p. 28): «¡Y que calle yo, Sempronio!»

En los mismos casos el despechado y mohino, y aun en las alabanzas el exagerador, suelen repetir el sustantivo ú otro vocablo correspondiente al que encierra el motivo del enfado ó alabanza ú otra que dijo el interlocutor: diciendo que era *cauallero auenturero*, que

mala *aventura* le dê Dios, a el y a quantos aventureros ay en el mundo (I, 35, 184).—y el vino tinto que *nada* en este aposento, que *nadando* vea yo el alma en los infernos, de quien los horadó (I, 35, 183).—Y por fin y remate de todo, romperme mis cueros, y *derramarme* mi vino, que *derramada* le vea yo su sangre (I, 35, 184).—prometiendome una *insula*, que hasta agora la espero. Malas *insulas* te ahoguen (II, 2, 7).—me trata como si fuera su *ygual*, que *ygual* la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha (II, 50, 191).—quierole yo mucho porque se que es muy *discreto*. *Discretos* dias, dixo Sancho, viua vuestra Santidad (II, 31, 119).—no me menteys ni por pienso mas esso de los *batanes*, que voto, y no digo mas, que os *batanee* el alma (I, 21, 83).—que es lo que quereis hombre *honrado*?—*Honrados* dias viua vuestra merced (*Retablo de las maravillas*).—«Putos dias biuas vellaquillo» (*Celestina*, act. 1).

Tienen mucha gracia el *si* y el *no* al principio de las exclamaciones, que no parece sino que se trasparente al traves de estas palabras sueltas el monólogo interior del que habla: *Si que* valgame Dios, no ay que obligar al Sayagues, a que hable como el Toledano (II, 19, 71).—*No* es bueno señor, que aun traigo entre los ojos las desafortadas, y mayores de marca de mi compadre Tomê Cecial (II, 16, 54).—*no* sino andeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno (II, 10, 33).—*No* sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareys a una palma (II, 21, 78).—*Si* que para preguntar necesidades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vezinos (II, 22, 83).—*no* sino dormios, y no respondais a las venturas y buenas dichas, que estan llamando a la puerta de vuestra casa (II, 50, 192).—o *si* mi señor fuesse seruido, que se acabasse ya de perder esta insula (II, 53, 203).

Sentido de admiracion tiene *bueno* en frases tan graciosas como estas: Y es lo *bueno*, que... (I, 12, 36).—y fue lo *bueno*, que al ventero se le apagó el candil (I, 16, 59).—*Bueno* es, que quiera darme v. m. a entender que todo... sea disparates..., estando impresso con licencia de los señores del Consejo Real (I, 32, 159).—*Bueno* está esso, los libros que estan impressos con licencia de los Reyes... auian de ser mentira (I, 50, 262).—No sera *bueno*, que tenga yo un instinto tan grande... que (II, 13, 46).—*Bueno* por Dios, esto yo me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo (II, 62, 241); y en la interrogacion: Adonde *bueno* camina v. m.? (II, 72, 271).—no es *bueno*, sino que desde que naci tengo desseo de ver a mi padre con calças atacadas (II, 50, 192).

Para aseverar y testificar suelen emplearse *par*, *por*, *para* con un nombre: *por el sol* que nos alumbra (I, 4, 11).—*Por el omnipotente Dios* juro (I, 46, 246).—Valate, Dios *por señor*, y es possible, que (II, 24

94).—*Par Dios*, dixo el moço (II, 49, 186).—*Par Dios* señora, que esse escrupulo viene con parto derecho (II, 33, 129).—*Par diez*, señor, yo no sabrê deziros (I, 36, 188).—vayase el diablo *para diablo*, y el temor para *mezquino* (II, 35, 139).—y miente *para el juramento* que hago (II, 45, 171).—*para mi santiguada* (I, 5, 16).—*para mis barbas* (I, 18, 66). Es decir, *por mis barbas, por el acto de santiguarme, por ser diablo ó ser mezquino*. Intercálanse algunos nombres, como *diablo, demonio*: Quien *diablos* te auia de conocer (II, 54, 206): son muletillas ordinarias, y mas en los estados emocionales; de donde se origina el continuo uso de ciertas palabrotas y aun juramentos de los que á penas se puede prescindir por la costumbre. Véase en el *Diccionario puto, hi de puta*, que ya tomaron un valor de muletilla sin intencion alguna de agraviar, lo mismo que *Dios, diablo, pardiez, par Dios, para mi santiguada*, etc.

Véase el empleo de algunas interjecciones, que intervienen en las exclamaciones é interrogaciones (Cfr. *Diccionario*):

Ah!: Señor don Quixote? a señor don Quixote? (I, 15, 53).—*A* traydor don Fernando... *A* loco de mi (I, 27, 128).—*A* ladron Ginesillo dexa mi prenda (I, 30, 150).—*Hâ*, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes (I, 33, 169).—*Ha*, dixo Sancho, cogido le tengo (I, 49, 258).—*ha* de arriba, ay algun Christiano que me escuche? (II, 55, 211).

Ay!: *Ay* Dios, si será possible que (I, 28, 131).—*Ay*, dixo Sancho, y como está v. m. lastimado de esos cascós (I, 31, 153).—*Ay* de aquel que nauega el cielo oscuro (I, 34, 174).—*Ay* señor, señor, y como ay mas mal en el aldeguela que se suena (I, 46, 245).

Ea!: *Ea* caualleros, los que seguís, y militays debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapoliin (I, 18, 68).—*Ea* señor, que el cielo comouido de mis lagrimas (I, 20, 77).—*Ea sus* salgan mis caualleros (I, 21, 86).—*Ea pues*, manos a la obra (I, 26, 116).

He!: ele aquí señor (II, 45, 170).—*E* aquí señor rompídos y desbaratados estos agujeros (II, 73, 274).—Pero *hetelo* aquí, quando no me cate, que (I, 12, 39).

O!: *O* como se holgô (I, 1, 3).—sino lo has, ô lector, por pesadumbre, y enojo (I, 20, 81).—*O* vosotras Napeas, y Driadas... *O* Dulcinea... *O* solitarios arboles (I, 25, 110).—*O* hideputa vellaco, y como soys desagradecido (I, 30, 149).—*O* Mario ambicioso, *o* Catilina cruel, *o* Sila facinoroso, *o* Galalon embustero, *o* Vellido traydor, *o* Iulian vengatiuo, *o* Iudas codicioso (I, 27, 124).—*o* desdichado Montesinos, *o* mal ferido Durandarte, *o* sin ventura Belerma, *o* lloroso Guadiana (II, 22, 85).—*O* santo Dios, dixo a este tiempo dando una gran voz Sancho, es possible, que tal ay en el mundo... *O* señor señor, por quien Dios es, que v. m. mire por si (II, 23, 91).

Ojala!: y *oxala* parasse en ellos lo que amenaza esta aventura tan desuenterada (II, 68, 261).

Ola!: *Ola* hermano correo, dixo el Duque (II, 34, 134). — assilde *ola*, y lleuadle (II, 49, 186).

Sus!: Ea *sus* salgan mis caualleros (I, 21, 86).

Ta ta!: *Ta, ta*, dixo el Cura, Iayanes ay en la dança (I, 5, 16). — *Ta, ta*, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso (I, 25, 112). — *Ta ta* dixo á esta sazón entre si el Hidalgo, dado ha señal, de quien es nuestro buen Cauallero (II, 17, 60).

Tate!: *Tate, tate*, folloncicos, de ninguno sea tocada (II, 74, 279).

Zás!: y de un reues, *zas*, le derribé la cabeça en el suelo (I, 37, 193).

Mas fuerza que todas las interjecciones tiene á veces el empleo de una sola palabra que condensa toda la proposicion, ó á lo mas el nombre con su adjetivo: *Santa Maria*, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido (I, 18, 69). — osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, que no son del todo catolicas. *Catolicas* mi padre, respondió don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios (I, 47, 249). — *Gran merced*, dixo Sancho, pero se dezir á v. m., que como yo tuuiesse bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria en pie, y á mis solas, como sentado á par de un Emperador (I, 11, 32).

En las exclamaciones el adjetivo se aplica al nombre ó pronombre nominativo ó genitivo ó con *de*, lo segundo tiene particular gracia.

Con nominativo: Como tengo de caminar *desuenterado yo*, que no puedo jugar las choquezuelas (II, 53, 203). — *desgraciado yo* (I, 15, 53).

En la *Celestina* (act. 4, p. 21): «Pues triste yo! Mal aca, mal acullá.»

Con genitivo ó *de*: No aduertes angustiado *de ti* y mal auenturado *de mi*, que si veen que tu eres un grossero villano... (II, 31, 118). — si yo por malos *de mis pecados* (I, 1, 3). — con este mentecato *de mi amo* (II, 13, 45). — demonios *de hombres*, donde vays (II, 29, 113). — desdichado *de mi* (II, 55, 209). — *Cuytada de mi* replicô el ama, la oracion de santa Apolonía dize v. m. que reze (II, 7, 23). — *pecador de mi*, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez (I, 5, 15). — *miserables de nosotros*, que (II, 54, 210). En la *Celestina* (act. 6, p. 32): «Oh desconsolado de mi!»

3. Forma directa é indirecta.

272. La oracion es *directa*, cuando se enuncia sin modificacion como pronunciada por el que habla; *indirecta*, cuando, atendiendo á la narracion, pende de la oracion anterior, como si la enunciara el sujeto de esta misma oracion. Directa: Y dixome, *poned amigo essa*

carta sobre aquel costal (I, 30, 151); indirecta: *Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna* (I, 3, 8). La primera convertida en indirecta sería: «Y dixome que pusiese la carta sobre un costal»; la segunda convertida en directa: «Dixole tambien, en este castillo no hay capilla alguna». En el estilo narrativo se emplea generalmente la directa, porque presenta el diálogo como si se verificase actualmente; la indirecta, cuando llega algun personaje y cuenta brevemente otra conversacion ajena á la de la narracion principal. Con los verbos *decir*, etc., se introduce la indirecta por la oracion objetiva: *dixole... que... no auia capilla, dixole no auer capilla*. En la directa los interlocutores se indican en paréntesis, *dixo don Quixote*, etcétera; hoy cuando no hay lugar á confusion se omiten estos paréntesis, á veces en todo el diálogo y aun en toda la novela. En el indirecto las interrogativas se hacen, como vimos, objetivas, las imperativas van en subjuntivo: *dixome: poned, dixome que pusiesse*.

4. Elipsis.

273. Las oraciones lógicamente completas, como las hemos analizado, raras veces se emplean en el habla, y ni aun en los escritos, por mas que el lenguaje de éstos tenga que suplir con palabras lo que á menudo se expresa en la conversacion tan solo por el gesto, la fisonomía y la entonacion de la voz. En el habla ordinaria se omite toda clase de palabras, que pueden subentenderse por el asunto, las circunstancias de toda clase, el gesto, etc. *No!* es una proposicion condensada que encierra en lábios del que niega toda la larga súplica del que pide. Basta efectivamente el adverbio para dar calificacion á toda esa larga súplica. *Yo!* responde á una larga pregunta acerca de un sujeto. *Pues?* sirve para preguntar el porque de lo que se acaba de oir en boca de otro. *Qué?* ó *el qué, cuándo, dónde*, etcétera, *allí, ayer*, etc., equivalen á otras tantas preguntas y respuestas. El verbo, lo mas esencial del habla, y sin el cual las demas palabras nada significan, se omite en estos y otros infinitos casos. Pero se subentiende; de otra manera no habría proposicion. Los pronombres, los adverbios, los nombres con preposicion son las palabras que mas se emplean aisladas como proposiciones condensadas. Pero el estudio de la *braquiología* pertenece al del estilo y á la Retórica. No me cansaré de encarecer la elipsis como uno de los resortes á que Cervantes debe la elegancia de su estilo. Nótese el empleo de las frases libres adverbiales sin preposicion, en las que algunos las supondrían omitidas por elipsis á modo de licencia; en la proposicion compuesta responden á esas frases el gerundio absoluto, que á

veces introduce toda una proposición en su sujeto ú objeto, y el adjetivo participial absoluto. Estas formas y frases absolutas comunican gran soltura á la construcción castellana: ejemplos al tratar de ellas.

Es muy del géneo del castellano el omitir todo aquello que puede subentenderse, y sobre todo el no repetir las mismas palabras. Hemos visto multitud de leyes debidas á la elipsis; ahora veamos algunos casos particulares. Tiene mucha gracia sobre todo cuando el vocablo muda de significado, siendo á modo de equívoco: assi se dio luego orden como velasse *las armas*, en un corral grande que a un lado de la venta estaua, y recogiendo*las* don Quixote todas, *las* puso sobre una pila (I, 3, 8).—con tanta *claridad* de la luna, que podia competir con *el que* se la prestaua (I, 3, 8).—lleuando determinacion de *auenturarlo* todo a la (determinacion ó sea decision) de un solo golpe (I, 8, 27).—Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiedo yo dado alguna a Grisostomo, ni a otro alguno el fin de ninguno dellos (de los deseos de ellos), bien se puede dezir, que (I, 14, 50).—Y tanto duró la porfia que tuuieron lugar sin acabarla de llegar a ella (á la venta) (I, 15, 56).—Donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron en la venta, que por su mal pensó (Don Quijote) que era Castillo (I, 17, 60).—Poniendome delante de los ojos; con viuas, y varias *razones*, quan sin *ella* ando, en hacer la vida que hago (I, 27, 123).—Os ruego que escucheys *el cuento*, que no *le* tiene de mis desueltas (I, 27, 123).—los (ojos) del amor, ó los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien *los* de lince no pueden ygualarse, me vieron, puestos (esos ojos de lince, de la ociosidad) en la solicitud de don Fernando (I, 28, 133): frase oscura de puro elíptica.—Cuya *vista* me turbó de manera, que me quitó *la* de mis ojos, y enmudeció la lengua (I, 28, 134).—quando fuera *razon*. Pues dessa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad, siquiera tendrá (la novela) alguna (razon, razonamiento, cuento) de gusto (I, 32, 160).—no le dexaron dormir ni sossegar un *punto*, y juntauansele *los* que le faltauan de sus medias (II, 46, 172).—trae consigo a la que llaman Dulcinea del Toboso, con *orden* de darte, *la* (orden) que es menester para desencantarla (II, 34, 134).—En *fin* llegô el ultimo (fin) de don Quixote (II, 74, 279).—porque vosotros christianos, siempre *mentis*... Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en *verdad*, que yo la he tratado (la verdad) con mi amo, y la trato (la verdad), y la trataré con quantas personas ay en el mundo (I, 41, 215): tratar verdad.—sin pedirle la costa de la posada, le dexô yr á la buena *hora* (I, 3, 10), y despues del titulo del cap. 4, empieza: La (hora) del alua seria, quando.—por ventura viene v. m. ha hazer alguna terciaria?... Yo (traer) recado de nadie

(II, 48, 180).—Aquí del Rey, y de la justicia (I, 44, 238).—si ya los hados inuidiosos... no la *han cortado* la estambre de la vida: pero no *auran* (hecho tal), que no han de permitir (II, 38, 146): elipsis muy usada al responder con *si* (Cfr. Adverb. *si*).—Yo me contento, respondió Corchuelo de hauer caydo de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la *verdad* de quien tan lexos estaua (de ella) (II, 19, 72).—de no tocarle en ningun *punto* de la andante caualleria, por no ponerse a peligro de descosser *los* (puntos) de la herida que tan tiernos estauan (II, 1, 1).—Donosa majadería, respondió el Comisario (I, 22, 93).—y le conteys *punto* por punto todos *los* que ha tenido esta famosa auentura (I, 22, 94).—que el traerlas a la memoria no me sirue *de* otra cosa, que añadir otras de nueuo (I, 24, 102): que *de* añadir.—como de verse en *punto* que no sabia *el que* poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio (I, 44, 238).—daré entera, y clara *noticia*. Para aquellos que *la* tenían del humor de don Quixote (I, 45, 240).—aueys alegado y prouado mal de vuestra *parte*. No *la* tenga yo en el cielo... si (I, 45, 241).—Donde se *cuenta la* que dio de su mala andança la dueña Dolorida (I, 38, 144).—una mañana antes del *dia* (que era uno de los calurosos del mes de Julio) (I, 2, 4).—Querria que vuestra *merced* me *la* hiziesse de salir a la puerta del castillo (II, 31, 117).—y por no estar mi padre en el *lugar*, le tuue yo de ponerme en el traje que vees (II, 60, 231).—Dios os perdone el agrauio que aueis hecho a todo el *mundo*, en querer boluer cuerdo al mas gracioso loco que ay en *el* (II, 65, 251).—con boluerse a salir del aposento mi *donzella*, yo, dexé de serlo (I, 28, 136).—y nos encanten, en *pena* de *la* que les queremos dar (I, 6, 16).—que no eran sino *molinos* de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse *otros* tales en la cabeça (I, 8, 23).—Tu, que con tantas *sin razones* muestras | *La razon* que me fuerça a que *la* haga (I, 14, 48).—en *termino* le veo, que no usando *el* que deue, usará *el* de la fuerça (I, 28, 136).—No es sino señor de *lugares*..., y *el* que el tiene en mi alma con tanta seguridad, que si el no quiere dexalle, no le será *quitado* eternamente (I, 43, 229).—mouido a *lastima*, de *las* que vio que hazia vuestro padre (I, 44, 236).—ni quiera llevar las cosas tan por *el cabo*, que no se le halle (II, 26, 101).—A mi me pesa señor Cauallero de la triste *figura*, que *la primera* que v. m. ha hecho en mi tierra aya sido tan mala como se ha visto; pero descuydos de escuderos suelen ser causa de otros peores *sucessos*. *El* que yo he tenido en veros... (II, 30, 115).

Reticencia: Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienso mas esso de los batanes, que *voto*, y no digo mas, que os batanee el alma.—donde se puede sufrir, que un cauallero andante, tan famoso como v. m., se buelua loco, sin que, ni para que, *por*

una? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios que despatrique (I, 25, 115).—quiero que v. m. sepan, señores míos, que a mi me *llaman*: y detuouse aquí un poco, porque se le olvidó el nombre (I, 30, 146).—rogué y pedi a mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara, y tornó a renouar el llanto (II, 49, 187): el llanto interrumpe la oracion despues de *rogara*.—sino por vida de, basta que podria ser que (I, 22, 92).

5. Pleonasmó.

274. Es lo opuesto de la elipsis. El empleo de una palabra, que gramaticalmente está de sobra, tiene siempre su fundamento en la Retórica, mejor, en el alma que debe infundir las observaciones de la Retórica, en la emocion ó en el deseo de claridad mayor ó de mayor relieve que se quiere dar á la expresion de un concepto. Lo hemos ya visto en el empleo del pronombre añadido al nombre y al relativo para aclarar mas los términos de referencia y en la repetición de una misma palabra. La acumulacion de términos sinónimos puede á veces dar vigor al concepto y número á la cadencia rítmica de la frase; aunque si se menudea, hace lánguido y pesado el estilo; nada mas fátuo y desabrido que la amplificacion oratoria, cuando huele á artificial y huera. Y en este punto no está libre de toda censura Cervantes, cuando pretende hacer del retórico, amplificando esos lugares comunes tan comunes en aquella época de imitacion de los antiguos y de los italianos del renacimiento. Por ejemplo en las novelas y episodios, ya en la del Curioso impertinente, en que imitó la novela italiana de costumbres, ya en las pastoriles, tan del gusto de su época. Pero cuando entra en su propio asunto, cuando hablan Don Quijote y Sancho ó cuando describe, á no ser que parodie las descripciones de los libros caballerescos ó las de la epopeya antigua, nuestro autor es otro hombre, porque se olvida de Italia, del Renacimiento y de los romanos, y vive en España arrancando á la naturaleza su vigor y sinceridad, su colorido y su alma entera.

La reduplicacion ó repetición de un vocablo ó de una frase aviva y refuerza la expresion: metieron al Rey Rodrigo *viuo viuo* en una tumba llena de sapos, culebras, y lagartos (II, 33, 129).—*ya me comen, ya me comen* por do mas pecado auia (id.).—*Salga madre Teresa, salga, salga* (II, 50, 190).—*que en verdad en verdad*, que tengo de honrar el Gouierno de mi marido (II, 50, 192).—*en fin en fin* (II, 52, 201).—*luego, luego* me pusiera en camino (I, 52, 270).—la muy *hídeputa, puta*, que os pario (id.).—*No no* Sancho amigo, *huye huye* destes inconuenientes (II, 31, 118).—*Vina vina* el rico Camacho... y

muera, muera el pobre Basilio (II, 21, 79).—*Aquí, aquí* valerosos Caualleros, *aquí* es menester mostrar la fuerça de vuestros valerosos braços (I, 7, 20).—*A señor Rapista: señor Rapista*, y quan ciego es aquel que (II, 1, 4).

Repítese la palabra ó la frase intercalando otras, ó formando figuras en su colocacion: *No le mana*, canalla infame..., *no le mana* digo esso que dezis, sino ambar, y algalia (I, 4, 13).—*Sancho amigo duermes? Duermes amigo Sancho?* (I, 17, 60).—*Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas*, que te matara (I, 17, 64).—*Rindiose Camila, Camila se rindio* (I, 34, 172).—El ventero *acabò* de creerlo quando *acabò* de oyr semejantes razones (I, 3, 7).

Repítese por la vehemencia del afecto un solo vocablo en varias cláusulas: Tenganse *todos, todos* embaynen, *todos* se sossieguen, oyganme *todos*, si *todos* quieren quedar con vida (I, 45, 242).—*tanto* Emperador de Trapisonda, *tanto* Felixmarte de Yrcanía, *tanto* palafren, *tanto...* (I, 49, 260).—*Este* soldado, pues..., *este* Vicente de la Roca, *este* brauo, *este* galan, *este* musico, *este* Poeta (I, 51, 263).—un graue Eclesiástico, *destos* que gouiernan las casas de los Principes, *destos* que como no nacen Principes, no aciertan a...: *destos* que quieren...: *destos* que...: *destos* tales digo (II, 31, 118).—*Cauallero* soy, y *Cauallero* he de morir (II, 32, 121).—*si el que esto* entiende, *si el que esto* obra, *si el que desto* trata merece ser llamado bobo, diganlo (II, 32, 121).—*Perseguido me han encantadores: encantadores me persiguen, y encantadores me perseguiran* hasta (II, 32, 124).—*Sancho* lo dixo, *Sancho* lo hizo, *Sancho* tornò, y *Sancho* boluio, como si *Sancho* fuesse algun quien quiera (II, 33, 131).—Vio dize la historia *el rostro mesmo; la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisonomia, la mesma efigie, la pespectiua mesma* del Bachiller Sanson Carrasco (II, 14, 51).

Repítese la raíz ó tema en distintas flexiones, ó distintas palabras, pero que tienen idéntico sonsonete, ó el mismo sufijo con distintos temas, á menudo con equívoco en la idea: y si otra cosa dixeres, *mentirás* en ello: *y desde aora para entonces, y desde entonces para aora* te desmiento, y digo que *mientes*, y *mentirás* todas las vezes que lo pensares, o lo dixeres (I, 23, 95).—*aguardar aquí solo, no solamente* a la santa *Hermandad*, que dizes, y temes, sino a los *hermanos* de las doze Tribus de Israel, y a los siete *Mancebos*, y a *Castor*, y a *Polutax*, y aun a todos los *hermanos*, y *hermandades* que ay en el mundo (íd.).—no hazia sino *mirarle*, y *remirarle*, y tornarle a *mirar* de arriba á baxo (I, 24, 102).—es *impossible* de toda *impossibilidad* cumplirló (I, 22, 94).—*mira* lo que vas a dezir. Tan *mirado*, y *remirado* lo tengo, que (II, 31, 119).—y las botas en el ayre, puestas las *bocas* en su *boca* (II, 54, 206).—aquel *caso* auia de parar en *casamiento*

(II, 56, 215). — *Retrateme* el que quisiere...: pero no me *maltrate* (II, 59, 228).—cuando se vea cargado de dos mil *cuerpos* de libros, vea tan molido su *cuerpo* (II, 62, 243).—Boluieron a sus *bestias* y a ser *bestias* (II, 29, 114). —le harè yo conocer que *mente* si fuere caullero, y si escudero, que *remiente* mil vezes (I, 45, 239).—*Mira y remira, passa, y repassa* los consejos (II, 51, 196). — *en trayendo que le truxesse* (I, 26, 119).—*en poniendo que puso* (II, 63, 243).—Pues *esperad que espere* la noche (I, 38, 199).—*dude* quien *dudare* (I, 50, 193), y otras construcciones semejantes.—Calló, y no dixo mas (I, 46).—Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco (I, 22, 93): *a-o* repetido por la ira.—si està en este gremio corro o compañía, el acendradissimo Cauallero don Quixote de la Manchissima, y su escuderissimo Pança. El Pança, antes que otro respondiesse, dixo Sancho aqui està, y el don Quixotissimo assi mismo, y assi podreys dolorossissima dueñissima dezir lo que quisieredissimis, que todos estamos prontos y aparejadissimos a ser vuestros seruidorissimos (II, 38, 145), guasa muy cervántica.—un desgouernado Gouvernador (II, 55, 211).—no *vio* la hora don Quixote de *verse à* cauallo (I, 3, 10).—se que es mas *versado* en desdichas que en *versos* (I, 6, 20).—*Mire* que digo, que *mire* bien lo que haze (I, 8, 25). —que ni soy caullero *andante...*, y de todas las *malandanças* me cabe la mayor parte (I, 17, 61).—*embuelto* y *rebuelto* en estas, y otras muchas imaginations (II, 3, 10).—otro estruendo que les *aguò* el contento del *agua* (I, 20, 75).—algun *caminante descaminado* (I, 23).—Los pocos años de Leandra siruieron de *disculpa* de su *culpa* (I, 51, 269).—si os parece que estas son partes para que os *aventureys* á hazerme en todo *venturoso* (I, 44, 238).—Venid acà ladrones en *quadrilla*, que no *quadrilleros*, salteadores de caminos... para dar el sólo *quatrocientos* palos a *quatrocientos quadrilleros* que (I, 45, 243).—procurar la *cura* de su *locura* (I, 46, 247). —no ha *media* hora, ni aun un *mediano* momento que (II, 26, 102).—como adeuinaua su *mono*, a todos hazia *monas*, y llenaua sus esqueros (II, 27, 104).

Otro pleonasma consiste en añadir sinónimos, algunos de los cuales ya son frases hechas, otros para el chiste ó la vehemencia de la frase: salio al campo con grandissimo *contento*, y *alborozo* (I, 2, 4).—á *despecho* y *pesar* (I, 4, 14).—*corta* y *sucintamente* (I, 16, 58).—*puso los pies en poluorosa* y *cogio las de Villadiego* (I, 21, 84).—*ayo* y *pedagogo* del alegre Dios de la risa (I, 15, 55).—dando *aun* voces *toda via* (I, 29, 144).—si ay viento prospero, *mar tranquilo* y *sin borrasca* (íd.).—que era menester *inuentar*, y *hallar* otro (I, 37, 194).—su *negra*, y *pizmienda* caualleria (I, 38, 201).—el nombre *patente*, y *de manifesto* (II, 4, 16).—*pende* y *cuelga* todo el remedio de (II, 38, 146).—estuo *encubierta* y *solapada* en la sagacidad de mi recato esta maraña (II, 38,

148).—*no el falso, no el ficticio, no el apócrifo...*, sino *el verdadero, el legal, y el fiel* (II, 61, 236).—Esso si Sancho, *encaxa, ensarta, enhila refranes* (II, 43, 162).—por la presteza con que *se acabò, se consumio, se deshizo, se fue como en sombra, y humo* el Gouierno de Sancho (II, 53, 202).—*apartandose à parte* (I, 22, 94).—*apartate a una parte* (I, 21, 83).—donde *aluergan y tienen manida* todas las maldades (I, 23, 100).—donde *de nueuo se le renouó* la perdida del ruzio (I, 29, 143). Como ejemplo de *gradacion*: Lloro, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario (I, 34, 172). Que el gordo, dessafiador, se escamonde, monde, entresaque, pula, y atilde, y saque seis arrobas de sus carnes (II, 66, 255).

Conmutacion ó retruécano: como se vio *perdido* por mi, y como yo *no muy ganada* por el (II, 63, 246).—que pocas vezes vio a Sancho Pança sin ver al ruzio, ni al ruzio sin ver a Sancho (II, 34, 133).—*nunca* la lança embotó la pluma, *ni* la pluma la lança (I, 18, 70).—*ni vra.* presencia puede desmentir *vro.* nombre, ni *vro.* nombre puede no acreditar vuestra presencia (II, 59, 226).—Para mi sola nacio don Quixote, y yo para el, el supo obrar, y yo escriuir (II, 74, 279).—no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de v. m. (II, 23, 90).—quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario: y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo (II, 33, 160).—Dizenme, que gouiernas, como si fuesses hombre, y que eres hombre, como si fuesses bestia (II, 51, 195).—desde aora para entonces, y desde entonces para aora te desmiento (I, 23, 95).—Luszinda no puede casarse con don Fernando por ser mia ni don Fernando con ella, por ser vuestro (I, 29, 140).—Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Caualleros, y Caualleros altos ay, que parece, que a posta mueren por parecer hombres baxos (II, 6, 21).—a cada paso desacreditauan sus obras, su juyzio, y su juyzio sus obras (II, 43, 161).—adonde quiera eres mia, y a do quiera he sido yo, y he de ser tuyo (II, 48, 179).—antes que diesse conmigo al traues el Gouierno, he querido yo dar con el Gouierno al traues (II, 55, 212).—dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, o dos manos de ternera que parecen uñas de vaca (II, 59, 226).—con esto caminaua *tan de espacio*, y el sol entraua *tan apriessa*, y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuiera) (I, 2, 5).—*mirauanle y admirauanse* (I, 16, 57).—no le faltara, que *mirar, y admirar* en (II, 61, 235).—la qual, fuera de ser cruel, y *un poco* arrogante y *un mucho* desdeñosa (I, 14, 48).—El quadrilero que se vio tratar *tan mal*, de un hombre de *tan mal* parecer (I, 17, 61).—y como el se vio *vestido de cuerdo, y desnudo de loco* (II, 1, 3).—toda via lleuan *un no se que* los de las armas a los de las letras *con un si se que* de esplendor (II, 24, 94).—por auer sido *corredor de*

oreja, y aun de todo el cuerpo (I, 22, 90).—se le passauan las noches leyendo *de claro en claro*, y los dias *de turbio en turbio* (I, 1, 2).—Donde se ponen los versos *desesperados* del difunto pastor, con otros *no esperados* sucessos (I, 14, 46).—Tu, que con tantas *sin razones* muestras | *La razon* que me fuerça a (I, 14, 48).—Que fue pastor de *ganado*, | *Perdido* por desamor (I, 14, 51).—o mal me han de *andar las manos*. Pues en quanto le parece a v. m. que podremos *mouer los pies*? (I, 15, 53).—un *colchon* que en lo sutil parecia *colcha* (I, 16, 56).—que a todo darê tan buena *salida*, como tuue la *entrada* (I, 30, 150).—para conocer *las faltas* ô *las sobras* de los que predicán (II, 3, 13).—que *se hizieron* los cien escudos? *deshizieronse*?... si... boluiera sin *blanca*, y sin el jumento a mi casa, *negra* ventura me esperaua (II, 4, 14).—como si al *romper* el día no se huuieran de *romper* las cabeças. *Por ventura* señor Cauallero... Soys enamorado? *Por desventura* lo soy (II, 12, 43).—la mas *cruda*, y la mas *asada* señora (II, 13, 45).—arrimô reziamente las espueñas á las *trashijadas hijadas* de rozinante, y le hizo *aguijar* (II, 14, 51).—la compra de sus *negros* requesones, que tan *blanco* pusieron a su amo (II, 18, 65).—entre los infinitos Poetas *consumidos* que ay, he visto un *consumado* Poeta (II, 18, 68).—doy al zeloso, al desdeñado, al olvidado, y al ausente, las (libreas) que les conuienen, que les vendran mas *justas* que *pecadoras* (II, 22, 83).—los dos Regidores *a pie*, y *mano a mano* se fueron al monte (II, 25, 95).—entretexiose entre los *tres*, y hizo *quarto* en la conuersacion (II, 30, 116).—la mas *cruda*, y la mas *asada* señora (II, 13, 45), de *asi y asá*.—Alçada y puesta en pie esta muerte viua con voz algo *dormida*, y con lengua no muy *despierta* començô a decir (II, 35, 136).—*desenterrandonos* los huessos, y *enterrandonos* la fama (II, 37, 144).—musicas, requiebros, y *desuanecimientos*, que en los sus *desuanecidos* libros (II, 44, 167).

Concatenacion: Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio (I, 36, 189). El barbero aporreaba à Sancho, Sancho molia al barbero, don Luys... el Oydor le defendia, don Fernando tenia debaxo de sus pies a un quadrillero (I, 45, 241).—Y assi como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça (I, 16, 59).

6. Prolepsis.

275. Consiste en anticipar una palabra, sacándola de su propio lugar con el fin de que resalte mas en la frase. Por prolepsis pueden explicarse varios idiotismos castellanos, intraducibles á otras len-

guas é inexplicables por las leyes ordinarias. Ojos que no veen, coraçon que no quiebra (II, 67, 258). En este refran, ya citado en idénticos términos por el Comendador griego, las palabras que había que hacer resaltar son *ojos* y *coraçon*, que se contraponen y encierran todo el sentido: á ellas se sacrificó el resto de la frase. El giro ordinario pide: lo que los ojos no ven no quiebra ó mueve el corazon. El primer *que* se refiere al objeto de *veen*, el segundo *que* á coraçon. Hay prolepsis de *ojos* y *coraçon*, dejándose para despues el relativo y para el fin el verbo. Idéntico giro se encuentra en este otro antiquísimo refran: Sardina que gato lleva, galduda va. *Galduda* vale *perdida* en Eúskera; y esto basta para asegurar su antigüedad ya para el tiempo del Marques de Santillana, que lo decían las viejas *tras el huego*, al amor de la lumbre. Por anticipacion se explican las frases: *campo de pan llevar*, *horno de pan cocer*, *hombre de armas tomar*, donde se deja el verbo para lo último, y que como en *libros que leer*, *pan que comer*, está en infinitivo. El adjetivo ó el nombre se ponen igualmente antes del relativo, y el verbo al fin en estas otras frases: se han de querer, o *buenos*, o *malos*, que sean (II, 16, 57). — *La verdad que diga* (II, 14, 51). — por *arrogante* que sea (I, 37, 194). — por feas que seamos las mugeres (I, 28, 134). — y *quan mal* que estas en la cuenta (I, 7, 21). — *golosazo, comilon* que tu eres (I, 2, 7). Y en las vulgarísimas: «por *muchos* que sean», «no es *gran* cosa, que digamos», «de *estéril é ingrato*, que era, se ha convertido en», y «*mas* que hubiera», etc., etc. Lo mismo en: *libre* que se vió, *juntos* que fueron, *concluida* que tuvieron la obra, *leido* que hubo la carta.

Es linda cosa esperar los sucessos, atrauesando montes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar, *ofrecido* sea al diablo el maravedi (I, 52, 274). Es decir ni un maravedí que, se pueda dar al diablo, ni un maldito maravedí, como decimos con la misma frase: «eso no tiene *maldita* la gracia», por «*maldita* que sea la gracia», donde *maldita* equivale á *ofrecido sea al diablo*, y esto á *ofrecido que sea al diablo*. Aquí á la prolepsis se añade la elipsis: dos factores principalísimos de la Sintaxis castellana. *Tanto* que mejor (II, 30, 116): el *que* cualquiera diría que está aquí como eco de las frases anteriormente explicadas. Por las mismas se explica el otro modismo: en trayendo que le truxesse (I, 26, 119). — en poniendo que puso los pies en el don Quixote (II, 63, 243). — en hallando que halle (II, 4, 14). Y el no menos famoso: salga lo que saliere (II, 3, 12). — sea lo que fuere (I, 2, 7). — dude quien dudare (I, 50, 193). — sea quien se quisiere (I, 59, 228). — lleguen por do llegaren (II, 60, 229). — venga lo que viniere (I, 5, 17). — falte lo que faltare (I, 20, 76). — lleuasse lo que lleuasse (I, 20, 78).

7. Anacoluto.

276. Consiste en cambiar *gramaticalmente* algun elemento de la oracion, con lo que se interrumpe y se inicia otra. En la conversacion ordinaria es comunísimo; debe de evitarse en el lenguaje literario, á no ser que se trate precisamente de remedar la conversacion familiar: v. m. temple su colera, que segun me parece, ya el diablo ha dexado el ruzio, y buelue a la querencia (I, 11, 39): el contexto declara que el que vuelve es *el ruzio*, pues del diablo no pudiera decirse; pero segun suena el diablo es el que vuelve. Gramaticalmente se ha cambiado de sujeto, lo era el diablo, y lo es el ruzio desde el verbo volver. *Quiso* ver el *Emperador* aquel famoso templo de la Rotunda, que..., y es el edificio, que mas entero ha quedado de..., *el es* de hechura de una media naranja... sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor dezir, claraboya redonda que está en su cima, desde la qual mirando *el Emperador* el edificio *estaua* con el, y a su lado *un Cauallero* Romano..., y auien-dose quitado de la claraboya, *dixo* al Emperador (II, 8, 28): comienza *el Emperador* como sujeto, y acaba como término indirecto, cambiándose el sujeto tres veces, *el Emperador*, *el* (edificio), y *un Cauallero*.

No es siempre un defecto el cambio de sujeto, ni el anacoluto. El habla nace en la imaginacion y en el corazon, tanto por lo menos como en la cabeza. El que al describir está viendo en su fantasía el cuadro que trata de pintar, se olvida de la consecucion lógica de las palabras, arrastrado por los rasgos que mas le hieren los ojos del alma. El que habla poseído de la emocion que él mismo comunica á sus personajes, se deja arrebatar de las pasiones que le embargan, y la pasion ciega la vista de manera que no se vea esa misma consecucion externa de los vocablos. Sería lo mas ilógico del mundo que el apasionado hablara con la correccion fría del filósofo. Esas, al parecer incorrecciones, son los toques mas felices del artista, que al dejar escapar ese brochazo, ó borron, pinta en él toda su alma. Cada estado anímico tiene su lenguaje, y la gramática ha de estar en esto supeditada al arte. Toda la familia de los Panzas habla á lo rústico, y en sus frases puede verse el anacoluto del estilo familiar. No es menos artista Cervantes en este, que en el noble de Don Quijote, antes lo es muchísimo mas. Ciceron que apenas deja escapar un anacoluto en sus arengas y oraciones, los prodiga en los Diálogos filosóficos, escritos artísticamente con la soltura propia de la conversacion.

El qual como entró por aquellas montañas, se le alegró el cora-



con (I, 23, 96): en vez de *al cual*. Sobra *que* por haberse mudado la construccion en: Y juro... *que* si en esto, señor, me complazeys, de seruiros (I, 24, 102): que os serviré, ú os juro de seruiros. Preguntandole la causa de su venida á pie, y de tan vil trage vestido: *lo qual* el moço, assiendole fuertemente de las manos..., le dixo (I, 44, 238): se interrumpe la oracion empezada en *lo qual*, de modo que esta frase queda suelta y sin conexion gramatical, *oyendo ó visto lo cual*...—y quien a nosotras trasquilô, las tixereras le quedaron en la mano (II, 37, 144).—y pues ni eres su pariente... (I, II): no se termina el período.—Oyendo lo qual don Quixote se le doblô la admiracion, y se le acrecentô el pasmo (II, 55, 211).—Orbaneja el Pintor de Vbeda, *al qual* preguntandole, que pintaua, respondió (II, 3, 12): errata por *el qual*, ó anacoluto, mudada la oracion. Otro tanto en: uno dellos..., le vino a la memoria (I, 45, 242): *á uno*.—que *yo* pecador fui a Dios, no se *me* entiende nada destas priessas (II, 53, 202).

En la II, c. 26, 100: *Esta figura... es la mesma de don Gayferos, a quien su esposa... se ha puesto a los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algun passagero...* La idea está clara, por mas que la construccion sea defectuosa, por anacoluto: *á quien* por «con quien» *se ha puesto a los miradores de la torre* «á hablar»; la oracion de relativo se interrumpe, y se introduce otra, *y habla con su esposo*. Pellicer corrigió mal, «á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento...»; pues no le esperaba y aun tenía motivos para creer que la había olvidado. Clemencin corrige: «á quien no olvidaba su esposa, y ya vengada... se ha puesto á los miradores...»: bien corregido; pero no es razon se corrija un anacoluto, que se le escapó á Cervantes ó quien sabe si lo puso á drede en boca del muchacho por lo de prisa y ceñido de la declaracion.

En la II, c. 24, 92: *siguieron todos tres el derecho camino de la venta, a la qual llegaron un poco antes de anochezer, dixo el primo a don Quixote, que llegasen a ella a beuer un trago. Apenas oyo esto Sancho Pança, quando encaminô el ruzio a la hermita.* La Academia corrigió poniendo «ermita» en lugar de *ella*, y «ella» en lugar de *ermita*; pero, como dice Clemencin, todavía no alcanza la enmienda, si no se suprimen las palabras *a la qual llegaron un poco antes de anochezer*. Por su parte no hace otra correccion. El sentido es claro y está bien el texto, con solo advertir que *a ella* se refiere no á la venta, conforme á la gramática; sino á la ermita, conforme al sentido, ya que quien lo propone es el primo, el cual tenía su ermita en la cabeza y en el deseo, como se ve por la frase anterior: *donde quisiera el primo que se quedaran*, y conforme á su mente (*κατά σύνεσιν*) habla y se ha de entender lo que dice, *que llegassen a ella*. Cuanto á la construccion de la oracion, la relativa *a la qual llegaron un poco antes de*

anochezer, es una anticipación á lo que sigue, un paréntesis. Siguiéron el camino de la venta, y al pasar junto á la ermita, dijo el primo que se llegasen á beber un trago.

8. Colocacion de las palabras.

277. En Chino y aun en Francés el lugar que ocupan las palabras declara á menudo su valor lógico; en castellano en casos rarísimos y que deben evitarse empleando otro giro. Juan ama á Pedro, á Pedro ama Juan, ama Juan á Pedro, ama á Pedro Juan: puede decirse de las cuatro maneras. Pero hay ciertos principios que rigen en la colocación de las palabras.

1. Las palabras integrantes, que mas bien son partes de palabras, tienen su lugar fijo, como los afijos de otras lenguas: por ejemplo el artículo, las preposiciones, las conjunciones, los demostrativos determinativos, no pueden ir mas que delante: *el hombre*, no *hombre el*, como *hom-o* no *o-hom*; *para ti* no *ti para*, como *ti-bi* no *bi-ti*, *dice que vengas* no *dice vengas que*, y *mira que mientes*, si otra cosa dices, no á lo vizcaíno y *mientes*, que *mira si otra dices cosa* (I, 8, 26).

2. Las palabras fraseológicas, es decir que forman una frase nominal, adjetiva, adverbial, forman tambien un todo, aunque mas flojo que en el caso anterior, y difícilmente admiten trasposición: *cura de aldea* no *de aldea cura*; *el de lo verde*, no *el lo de verde*, ni *verde el de lo*, etc.; *antes de anoche*, no *de anoche antes*; *Felipe segundo*, no *segundo Felipe*, que es cosa distinta, pero sí *el segundo Felipe*; *de buenas á primeras* no *á primeras de buenas*; *hacer añicos*, no *añicos hacer*, aunque sí *añicos la hizo* (la mesa); *un tente en pié*, no *un en pié tente*; *un no se qué*, no *un qué no sé*.

3. En los demás casos, es decir tratándose de formas (consten de una ó mas palabras), que como un todo se emplean en el habla, el castellano admite gran libertad. Hay que distinguir el orden lógico y el oratorio.

4. Conforme al orden lógico el sujeto parece debe ir delante del predicado, pues indica el concepto determinable y genérico que ha de ser determinado, especificado, aclarado por el predicado; en torno de cada uno de estos dos polos han de colocarse las demás palabras complementarias, antecediendo las mas esenciales y conexas con dichos términos á las mas secundarias y menos dependientes. El atributo va junto al término á que se refiere, el elemento predicativo enseguida del verbo, el término directo antes que el indirecto, y éste antes que los circunstanciales, el adverbio

junto al verbo, las oraciones subordinadas detras inmediatamente de las subordinantes, etc.

5. Pero el orden oratorio, quiero decir del habla ordinaria, no es el lógico dicho, pues lo mas lógico es que la idea que principalmente interesa quiera salir antes que las demas, que solo sirven para acompañarla; y esa idea puede ser á veces la mas secundaria de la proposicion lógica. El que pregunta echa por delante el objeto de la pregunta, *quién viene, dónde vive, cuándo vendrá*, y no *viene quien, vive donde, vendrá cuando*. El que se admira prorrumpie ante todo en el objeto que le llamó la atencion: *O Tobosescas tinajas, que...* (II, 18, 65).—*Ocanalla* gritó a esta sazón Sancho (II, 10, 36), y nó: gritó Sancho: *O canalla*. El que niega echa por delante la negacion, antes que el verbo, y la afirmacion el que afirma (Cfr. *Adverbios si, no*).

Pero cualquiera otra palabra ocupa el primer lugar, cuando es la mas importante. Y en esto el castellano tiene ya en parte su colocacion ordinaria, y el artista de la palabra escoge á su gusto. Lo corriente es que el verbo preceda al sujeto, por parecernos mas principal, tanto que el sujeto comunmente se omite; que *está por nacer* hombre que me haga voluer las espaldas (II, 19, 72); pero: que *yo espero de hazeros ver estrellas á medio dia* (íd.). Pocos como Cervantes en el tino con que ordena los vocablos; pero es que pocos le habran llegado en imitar el habla ordinaria en lo que tiene de apasionado y sincero. Por cualquier palabra comienza su período, y siguen las demas como si aquella fuera su colocacion ordinaria; pero esa cualquier palabra es la que en cada caso lleva consigo la fuerza de la emocion ó del interes. En esso de boluer, o no las espaldas, no me meto, replicó el diestro, aunque... (íd.): el *boluer* es lo primero, la negativa lo segundo, *las espaldas* lo tercero, el *no meterse* lo cuarto, el hablar el autor lo último. *Aora* se vera, respondió Corchuelo (íd.): *aora* lleva toda la fuerza del desafío. *No* ha de ser assi dixo a este instante don Quixote (íd.): el *no* es la mejor lanzada que echa abajo todo lo que procede. La *energía* del estilo pende sobre todo de esta colocacion de los términos. En esta parte es admirable el habla popular. No hay mas que oír á Sancho, siempre que puede. Por ejemplo: *Esso* juro yo bien, *cuchillada* le huuieran dado, que le abrieran de arriba abaxo..., *bonitos* eran ellos para sufrir semejantes cosquillas..., *tapa-boca* le huuieran dado que no hablara mas en tres años, no sino tomarse con ellos, y *viera* como escapaua de sus manos (II, 32, 122).—*Labrador* soy, *Sancho Pança* me llamo, *casado* soy, *hijos* tengo y *de escudero* siruo (II, 32, 127).—*Tan* buen pan hazen aqui como en Francia, y *de noche* todos los gatos son pardos; y *assaz* de desdichada es la persona que a las dos de la tarde no se ha desayunado, y no ay *estomago* que sea un palmo mayor que otro (II, 33, 129).

Pero hay otro principio, que debe regularla y es el ritmo ó eurytmia, el que Ciceron llamaba *numerus* y nosotros decimos *sonoridad* ó *cadencia* de la frase. La sonoridad exige que se eviten las aliteraciones, la reunion de sílabas que suenan con un mismo timbre, los versos en general, muy rítmicos, los hiatos difíciles; en cámbio resulta el período sonoro de la combinacion bien mezclada de vocales y consonantes, de cierta igualdad relativa en las cláusulas, en la prótasis y apódosis, del acabarlo con un ritmo sonoro, como el dáctilo seguido de troqueo. Claro está que esta eurytmia tiene que subordinarse á la idea y al estilo general de lo que se habla ó escribe; pero en todo caso, sea el estilo ondulado y extendido, sea cortado y por saltos, el ritmo de una ó de otra clase, es uno de los secretos del arte literario. Cervantes, cuando quiere escribir con sonoridad, es el que mejor lo consigue en castellano: véanse las descripciones y los discursos, por ejemplo, cuando describiendo la salida de Don Quijote pretende remedar la homérica manera de las descripciones caballerescas: «Apenas aua el rubicundo Apolo...» (I, 2, 4), las de los ejércitos fantaseados á vista de las manadas de oveja (I, 18), el discurso de la edad de oro (I, 11), la fantasía del caballero que llega al palacio de un rey (I, 21), etcétera.

No debe omitirse la tendencia del castellano á poner el verbo antes del nominativo, y la mas general todavía á poner tras el verbo inmediata ó mediatamente su objeto ó término directo: la elegancia y el ritmo penden en gran parte de esta tendencia, aunque está subordinada á la energía que haya de llevar el sujeto ó el objeto, cuando se ponen delante del verbo. La gracia pende sobre todo de la elipsis, comunísima en castellano y mas en Cervantes, y que merece mencion á parte, y la elegancia y soltura del libre empleo del infinitivo, del gerundio y del adjetivo participial absoluto, tres mecanismos en castellano de libre engranaje, de condensacion de fuerzas y de rotundidad sonora, que tan bien hemos visto los maneja Cervantes.

Cuanto á la colocacion de las cláusulas en el período, de manera que éste resulte rotundo y sonoro, no me detendré á repetir lo que se preceptua en todos los tratados de Retórica y que Weil (*De l'ordre des mots*) por principios mas científicos ha puesto ya en su punto. Muy de notar es la observacion de que al comenzar un período se ponga algun complemento de lugar ó tiempo. Ejemplos abundan, y baste recordar el comienzo del Prólogo: Desocupado lector, *sin juramento* me podras creer (I, II); y el del primer capítulo: *En un lugar de la Mancha...* (I, 1, 1). Digna es de citarse la carta amorosa hallada en la maleta (I, 23, 97), por la simetría elegante de las cláusulas, y lo antitético de la colocacion de las palabras, que en otra ocasion

pareciera tal vez hasta rebuscado. Es un modelo del estilo de los sofistas griegos, y de lo más elegante que en este género escribió Cervantes.

9. Trasposicion.

278. Mas bien ha de considerarse como un defecto, debido al atropello con que salen las partes y cláusulas de la oración, que no como una figura retórica. En Cervantes, aunque pocas, se encuentran algunas trasposiciones violentas: sin esperanza de libertad alguna (I, 39, 204), en vez de: sin esperanza alguna de libertad.—era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia (I, 40, 212), por: embarcarse aun en la mitad del dia.—y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas (I, 41, 217), por: sin echar mano ninguno de ellos á las armas.—nos cuentan... las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal cauallero hizo (I, 50, 263), por: nos cuentan punto por punto y día por día las hazañas que el tal cauallero hizo.—en dexando molida a la dueña los callados verdugos (la qual no osaua quejarse) acudieron a don Quixote (II, 48, 183), por: los callados verdugos, en dexando molida a la dueña (la qual no oxaua quejarse) acudieron.—sacar a mi estomago de sus quizios, el qual está acostumbrado (II, 49, 184), por: de sus quizios a mi estomago.—escruiir las cartas á Teresa de la respuesta (II, 50, 193), por: se ofrecio a Teresa para escruiir las cartas de la respuesta.—se me vino á la memoria un precepto, entre otros muchos, que me dio mi amo (II, 51, 195), por: un precepto que entre otros muchos me dio mi amo.—costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan a mi amo (II, 56, 215), por: mudar de unas en otras las cosas que tocan a mi amo.—poniendole un libro en las manos que traía su compañero (II, 59, 227), por: poniendole en las manos un libro que traía. Sobre todo el relativo debe seguir á lo que se refiere, sino se quiere que el sentido resulte ambiguo y hasta ridiculo, como en el último ejemplo, y en este otro: fuele respondido por uno de los cautivos en lengua castellana (que despues parecio ser renegado o español) (II, 63, 245), donde la lengua castellana parece ser el renegado, y los cautivos parecen serlo en castellano; pusiera: fuele respondido en lengua castellana por uno de los cautivos, que despues.—creí ansi mismo, *que* ella si fuera la que deuia, y la que entrambos pensauamos, ya te *huuiera* dado cuenta de mi solicitud (I, 34, 176): *que* está demasiado lejos del verbo.—dexaua hecho *el daño* en aquella casa, *que* despues se veria (I, 7, 21): hecho en aquella casa *el daño que*.—aquel de Baldouinos, y del Marques de Mantua quando Carloto *le* dexô herido en la montaña (I, 5, 14): el herido no fue el Marques, sino Baldovinos.—Abran v. m. al señor Bal-

douinós, y al señor Marques de Mantua *que* viene mal ferido (I, 5, 16): el mal ferido es Baldovinos.—Pidio *las llaves* á la sobriña *del aposento*, donde estauan los libros (I, 6, 16): las llaves del aposento.—ya tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudar *las cosas* de unas en otras, *que* tocan á mi amo (II, 56, 215): las cosas, *que*.—en un camaranchon, *que en otros tiempos* daua manifestos indicios que auia seruido de pajar muchos años (I, 16, 56): había seruido en otros tiempos.

OTRAS FIGURAS RETÓRICAS

279. Lo que en ciertas obras pudiera censurarse como abuso de conceptos agudos, alambicados, juegos de vocablos, etc., en el *Quijote* no puede menos de alabarse como tesoro de gracias y chistes inimitables é intraducibles á otros idiomas, por haberse propuesto Cervantes en toda su obra hacer reir, ridiculizando todos los convencionalismos sociales. Creo, pues, útil reunir aquí algunas de las figuras retóricas, para abrir camino al lector, que desee penetrar bien todas las bellezas de esta novela, sin pretender por eso agotar el oceano inagotable de su ingenioso autor.

Equívocos: Alborotose el Doctor viendo tan colerico al Gobernador, y quiso *hazer tirte afuera* de la sala (II, 47, 176): el Doctor de *Tirte fuera*, retírate á fuera.—Fue luego a ver a su rozin y aunque tenia mas *quartos* que un real (I, 1, 3).—vio que era Palmerin de *Oliua... Palmerin* de Ingalaterra... Essa *Oliua* se haga luego raxas: y essa *Palma* (I, 6, 18).—No se *curó* el arriero destas razones (y fuera mejor que *se curara*, porque fuera *curarse* en salud) (I, 3, 9).—la qual prosiguiendo su rastrillado, torcido, y haspado *hilo*, cuenta (I, 28, 130): la historia.—estarse leyendo en estos desalmados libros de *desuenturas* (I, 5, 15): por aventuras desventuradas.—De lo que yo me marauillo, es de que mi jumento aya quedado libre, y sin *costas*, donde nosotros salimos sin *costillas* (I, 15, 55).—una *peladilla* de arroyo... otra *almendra* (I, 18, 68).—digno de merecer amar tan *alta* señora, como Dulcinea del Toboso. Tan *alta* es, respondió Sancho, que a buena *fê*, que me lleua a mi mas de un coto (I, 31, 152).—el Cauallero de la *triste figura* auia de ser aquel, que auia de *desfigurar* las mias (II, 26, 102).—porque no viessen *al molido hidalgo tan mal cauallero* (I, 5, 15): atravesado sobre el jumento.—Mucho me pesa, que ayas dicho, y digas, que yo fuy el que te saquê de tus *casillas*, sabiendo, que yo no me quedê en mis *casas* (II, 2, 7).—yo he visto yr mas de dos *asnos* a los Gouiernos, y que lleuasse yo *el mio*, no seria cosa nueva (II, 33, 131).—Pedro Rezio de *Aguero... pues señor Doc-*

tor Pedro Rezio de *mal Aguero* (II, 47, 175). — a vista de la gran laguna *Meona*, digo Meotides (II, 29, 144). — vistas allá entre essas cabras algun *cabron*? No señor...: pero oí decir, que ninguno passaua de los *cuernos* de la Luna (II, 41, 158).—el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, *don Açote*, ó *don Gigote*. Don Quixote diria, señora (I, 30, 147).—se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los dias *de turbio en turbio* (I, 1, 2).—no para tomar *el mono*, sino *la mona* (II, 26, 103). — en un estrado de mas *almohadas* de velludo que tuieron Moros en su linage los *Almohadas* de Marruecos (II, 5, 18).—ni *pesada*, ni por *pesar* (II, 35, 137).—veraslos llorar *hilo a hilo*, y *madexa a madexa*, haziendo *surcos*, *carreras*, y *sendas* por los hermosos campos de mis mexillas (II, 35, 138).—y dixo a la *esforçada*, y *no forçada* (II, 45, 172).—porque las mas oliscan a *terceras*, auiendo dexado de ser *primas* (II, 40, 150).—y *pocoa poco*, y porque estaua molido y no podia yr, *mucho a mucho*, se fue a la caualleriza (II, 53, 203).—Par diez, que me ha *quadrado*, y aun *esquinado* tal genero de vida (II, 67, 257).—mas traeis semejança de *desgouernado*, que de *Gouernador* (II, 73, 275).—qualquier cauallero *andante*, ó *por andar*.—tres tocadores *por lo menos*, si *por lo mas* las ligas (II, 57, 217). — y nos quitaron *hasta las barbas* (todo), y de modo nos las quitaron, que le conuino al barbero ponerse las *postizas* (I, 29, 145).—sino que mi amo *se sale*, *salese* sin duda. Y por donde *se sale* señora... (II, 7, 22).—que ellas son (las gallinas) tan buenas, tan gordas, y tan bien *criadas*, que no diran una cosa por otra si rebentasen (II, 7, 23).—*pacto tacito*, o *espreso* con el demonio. Si *el patio* es *espeso* y del demonio, dixo Sancho, sin duda deue de ser muy sucio *patio* (II, 25, 98).—hechas las espadas *sacabuches* (II, 27, 106), de sacar el buche, las tripas.—Y dad gracias a Dios Sancho, que ya que os *santiguaron* con un palo, no os hizieron *el persignum Cruzis* con un alfange (II, 28, 108).—aunque tonto eres hombre *veridico*. No soy *verde*, sino moreno (II, 41, 154).—que siempre oygamos buenas nueuas de vuestras *fehurias* (II, 57, 218).—ó *deslocado* su amo, que no fuera poca ventura, si *deslocado* quedara (II, 64, 250).—Caminad Trogloditas, callad barbaros, pagad Antropófagos, no os quexeis scitas, ni abraís los ojos Polifemos...: nosotros tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, a quien dizen cita, cita... (II, 68, 261).—como se oyeron llamar *donzellas*, cosa tan fuera de su profession (I, 2, 5).—Pensò el huesped, que el auerle llamado *Castellano*, auia sido por auerle parecido de los sanos *de Castilla* (I, 2, 6).—Como aya muchas *truchuelas*... podrán seruir de una *trucha* (I, 2, 6).—le acontecio à mi señor tio, estarse leyendo en estos desatinados libros de *desuenturas* (I, 5, 15).—bebida del *feo Blas* (I, 15, 53).—sus desuariadas cauallerias, y *mal andantes* pensamientos (I, 21, 83).—A todo lo qual estaua tan atento el *Oydor*, que ninguna vez auia sido

tan *oydor* como entonces (I, 42, 227).—que de tal manera *canta*, que *encanta* (I, 42, 229).—O *clara*, y luziente estrella, | En cuya lumbre me apuro (I, 43, 229): en la doncella *Clara*.—que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me *queria* (I, 43, 230).—a donde aun todavia *traian* los dos huespedes *a mal traer* al ventero (I, 44, 237).—estas visiones... no son del todo *catolicas*. *Catolicas* mi padre... como han de ser *catolicas*, si son todos demonios (I, 47, 249).—Aquel que en Rozinante *errando* anduuo (I, 52, 275), errante y cometiendo yerros.—se llama Cide Hamete *Berengena*. Esse nombre es de Moro... Asi será..., porque por la mayor parte he oydo dezir, que los Moros son amigos de *berengenas* (II, 2, 9).—por lo menos han de saber *gramatica*. Con la *grama* bien me auendria yo, pero con la *tica*, ni me tiro, ni me pago (II, 3, 12).—si se ha de *partir* y *hazer tajadas* el Sol (II, 6, 20).—si tuuiera cien *lunares*... no fueran *lunares*, sino *lunas*, y estrellas (II, 10, 36).—Por Dios, dixo Sancho, que vuesa m. me trae por testigo de lo que dize a una gentil persona, *puto y gafó* con la añadidura de *meon*, o *meo*, o no se como. Riose Don Quixote de la interpretacion que Sancho auia dado, al nombre y al computo, y cuenta del cosmografo Ptolomeo (II, 29, 112).—que he lleuado embaxadas a *altas y crecidas* señoras (II, 30, 114).—*Perlerines*; aunque si va a dezir verdad, la doncella es como una *perla* Oriental (II, 47, 177).—ollas *podridas*, que mientras mas *podridas* son, mejor huelen (II, 49, 184).—el Aranzuez de sus *fuentes* (II, 50, 189), por manantial y llaga.—Sin duda este tu amo, *deue de ser* un loco. Como *deue*, no *deue* nada a nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura (II, 66, 256).

280. *Hipérbole*: de los braços largos que los suelen tener algunos de casi dos leguas (I, 8, 23).—no es dado a los caualleros andantes queixarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella (I, 8, 24).—se leuantó mas ligero que un gamo, y començó a correr por aquel llano, que no le alcançara el viento (I, 21, 83).—cien mil niñerías (I, 27, 125).—arrojo de si mas rezio que una escopeta quanto dentro tenia (I, 18, 69).—vomitó las tripas sobre su mismo señor (ídem).—no parecía sino que en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante (I, 19, 72).—aquella agua..., que parece que se despeña, y derrumba desde los altos montes de la luna (I, 20, 76).—que me hizo vomitar las assaduras (I, 21, 84).—baxó de la costezuela como un rayo (I, 18, 68).—donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo (I, 25, 110).—la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo (I, 25, 113).—los villetes... eran infinitos (I, 28, 134).—dexar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas (I, 28, 137).—con aquella cara, que del un cabo tenia el sol, y del otro la Luna (I, 12, 38).—al cabo de auerse royo

la mitad de la yema de un dedo (I, 26, 118).—tenerme compañía..., hasta el cabo del mundo (I, 28, 137).—admiró á Sancho, suspendió a don Quixote, hizo parar al Sol en su carrera, para verlas (II, 58, 221).—si como estas redes... ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos por do passar, sin romperlas (II, 58, 222).—preñados los ojos de tiernas lagrimas (II, 63, 247).—primero que buelua a mi poder me han de sudar los dientes (II, 26, 102).—que pudiera hazer sudar en aquel tiempo al mismo yelo (II, 62, 238).—qualquiera dellas puede volver á alegrar a la misma melancolia (II, 65, 251).—el gozo le rebentaua por la cincha del cauallo (I, 4, 10).—no fue menester poca para no rebentar de risa (I, 3, 10).—ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho (I, 20, 76).—Hombres baxos ay que rebientan por parecer Caualleros (II, 6, 21).—los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho (II, 74, 278).—y morian por saber, que hombre fuesse aquel (II, 19, 69).—ganar esta Insula..., y muerame yo luego (I, 10, 31 bis).—de una tan hermosa donzella, que hazia parecer con su hermosura hermosa a la misma muerte (II, 69, 262).—en aquel sitio el mesmo silencio guardaua silencio a si mismo (II, 69, 262).—si quiera represente mas impropiedades que tiene atomos el Sol (II, 26, 101).—en el fuego donde se auia de assar ardía un mediano monte de leña (II, 20, 74).—jamás pienso verte mudo, ni aun quando estes beuiendo, o durmiendo, que es lo que puedo encarecer (II, 20, 77).—abrió Sancho los ojos, y las orejas de un palmo (II, 71, 269).—el tesorero de Venecia, las minas del Potosi fueran poco para pagarte (id.).—tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar (I, 51, 268).—componia un romance de legua, y media de escritura (id.).—a trueco de..., quemara yo con ellos al padre que me engendró (I, 6, 17).—viendo su rostro de media legua de andadura (I, 37, 194).—la nariz del escudero del bosque, que era tan grande, que casi le hazia sombra todo el cuerpo (II, 14, 50). En esto de la hipérbole somos los españoles los primeros del mundo, ni siquiera nos chocan las exorbitantes y no imaginadas fuera de España, que enriquecen nuestro diccionario ordinario y vulgar. Aquí todos somos andaluces, y Cervantes lo era de raza.

281. *Similes:* guardare esse preceto tan bien como el dia del Domingo (I, 8, 25).— con tal furia descargo... que... como si cayera sobre el una montaña, començò a echar sangre por las narizes, y por la boca (I, 9, 30).— No estaua en esto ocioso el cuerno, porque andaua á la redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazío) como arcaduz de noria (I, 11, 33).— tan propio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas (I, 13, 42).— Y assi como la víbora no merece ser culpada por la ponçoña, que tiene, puesto

que con ella mata, por auersela dado naturaleza: tampoco yo me rezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca (I, 14, 49). — ay grande diferencia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura (I, 15, 55). — quedandose agouiado en la mitad del camino, como arco Turquesco (I, 15, 56). — don Quixote con el dolor de las suyas, tenia los ojos abiertos como liebre (I, 16, 58). — començaron a leuantarle en alto, y à holgarse con el, como con perro por carnestolendas (I, 17, 64). — baxò de la costezuela como un rayo (I, 18, 68). — començaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño (íd.). — arrojó de si mas rezió que una escopeta quanto dentro tenia (I, 18, 69). — y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda està rasa como la palma de la mano (I, 18, 70). — la boca sin muelas es como molino sin piedra (íd.) — vieron que por el mismo camino que yuan, venian hâzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se mouian (I, 19, 71). — començò a temblar como un azogado (íd.). — començò a dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana (I, 19, 72). — començaron a correr por aquel campo, con las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascararas, que en noche de regozijo, y fiesta corren (I, 19, 72). — que viene aqui como anillo al dedo (I, 20, 77). — Calló Sancho, con temor que su amo no cumpliesse el voto, que le auia echado redondo como una bola (I, 21, 83). — han acabado en punta, como piramides (I, 21, 85). — ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos (I, 22, 89). — y no en este camino atrayllado como galgo (I, 22, 90). — en oyendo cosas de cauallerias..., assi es en mi mano dexar de hablar con ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar ni humedecer en los de la Luna (I, 24, 105). — que la venga à poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque (I, 25, 111). — boluerê por los ayres como bruxo (íd.). — la qual quando toma la mano a persuadir una cosa, no ay maço, que tanto apriete los aros de una cuba, como ella aprieta, a que se haga lo que quiere (II, 7, 25). — esto que llaman naturaleza, es como un alcaller que haze vasos de barro, y el que haze un vaso hermoso, tambien puede hazer dos y tres, y ciento (II, 30, 116). — aqui tengo el alma atrauessada en la garganta, como una nuez de ballesta (II, 35, 138). — el traduzir de una lengua en otra..., es como quien mira los tapices Flamencos por el rebes, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos, que las escurecen, y no se ven con la lisura, y tez de la haz (II, 62, 242). — antes pienso hazer como el çapatero que tira el cuero con los dientes hasta que le haze llegar donde el quiere, yo tirarê mi vida comiendo, hasta que (II, 59, 225).

282. *Antitesis:* Tu libre, tu sano, tu cuerdo: y yo loco, y yo enfermo, y yo atado (II, 1, 5).—Con esto se consolò algun tanto, pero desconsolole, pensar que su autor era moro (II, 3, 9).—Pero que se hizieron cien los escudos? deshizieronse?... (II, 4, 14).—mejor *desata* la lengua para dezir malicias que *ata*, y cincha una silla para que estè firme: pero como quiera que yo me halle *caydo o levantado, a pie, o a cavallo*, siempre estarè al seruicio vuestro (II, 30, 115).—ellos fueron *Santos*, y pelearon *a lo diuino*, y yo soy pecador, y peleo *a lo humano* (II, 58, 219).—Para esso... yo darè un suficiente remedio... con las quales le harè *despertar* la colera aunque *estè con mas sueño que un lirón*. Contra esse carte se yo otro... antes que v. m. llegue a *despertarme* la colera, harè yo *dormir* a garrotazos de tal suerte la suya, que no *despierte*, sino fuere en el otro mundo (II, 14, 49).—yo velo, quando tu duermes, yo lloro, quando cantas, yo me desmayo de ayuno, quando tu estas pereçoso, y desalentado de puro harto (II, 68, 259).—imagino... que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos *vazios*, y los cèlebros *llenos* de ayre (II, 1, 5).—descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le *alegraron* los espíritus a don Quixote, y se le *entristecieron* a Sancho... el uno por *verla*, y el otro por no *auerla visto*, estauan alborotados (II, 8, 30).—don Quixote *loco*, nosotros *cuerdos*, el se va *sano y riendo*, v. m. queda *molido y triste* (II, 15, 53).—convertida de Princesa en labradora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago (II, 32, 124).—Quisò bien, fue aborrecido: adorò, fue desdeñado... (I, 13, 44).—No se como pueda ser esso de *endereçar tuertos*, pues a mi de derecho me aueys buelto *tuerto* dexandome una pierna quebrada... y el agrauio que en mī *auveys deshecho*, ha sido *dexarme agrauado* de manera que... y harta *desventura* ha sido topar con vos que vays buscando *auenturas* (I, 19, 73).—le rogó que no le maltratasse, pues no era mucho, que quien lleuaua tan *atadas* las manos, tuuiesse algun tanto *suelta* la lengua (I, 22, 92).—soy contento de esperar à que *ria* el alua, aunque yo *llore*, lo que ella tardare en venir (I, 20, 77).—*Viva viva* el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y *muera muera* el pobre Basilio (II, 21, 79).—y como el se vio *vestido de cuerdo*, y *desnudo de loco* (II, 1, 3).—el uno durmiendo à sueño *suelto*, y el otro velando à pensamientos *dessatados* (II, 70, 266).

283. *Correccion:* a vista de la gran laguna Meona, *digo Meotides* (I, 29, 144).—despues que somos caualleros andantes, *o v. m. lo es* (que yo no ay para que me cuente en tan honroso numero) (I, 18, 65).—dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde,

quiero dezir, si responde el amo por el (II, 25, 97).—*Pero no*, que bien se que eres Anselmo (I, 33, 163).—Que me maten..., si don Quixote, ò *don diablo* no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros (I, 35, 183).—a estender por todas las circunuezinas aldeas, *que digo yo, por las circunuezinas no mas, si* se estendio a las apartadas ciudades (I, 51, 267).—por esta nuestra region del suelo, no se usan tales colores, *digo cabras de tales colores* (II, 41, 157).—alborotose la puerta de Guadalajara; *digo la gente valdia que en ella estaua* (II, 48, 182).—el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. *Don Quixote diria*, señora dixo a esta sazón Sancho Pança (I, 30, 147).—Porque mientras que yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiua la voluntad, perdido el entendimiento *por aquella*, y no digo mas (I, 30, 148).—tantas vezes va el cantarillo *à la fuente*, y no digo mas (I, 30, 149).—porque no se toman *truchas*, y no digo mas (II, 71, 269).—pero allá van leyes, etc., y no digo mas (I, 45, 241).—y aun mi señora *la Duquessa*, quiero callar... Que tiene mi señora la Duquessa por vida mia (II, 48, 182).—en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, *ò por dezir mejor, menos mentiroso* (I, 6, 17).—*quiça, y aun sin quiça* (I, 12, 37).

284. Dialogismo: Es admirable el de Sancho: Sepamos agora Sancho hermano, adonde va v. m.? Va a buscar algun jumento que se le aya perdido, no por cierto. Pues que va a buscar? Voy a buscar como quien no dize nada a una Princesa... Y adonde pensays hallar esso que dezys Sancho? Adonde, en la gran ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vays a buscar? De parte del famoso Cauallero Don Quixote de la Mancha... Todo esso está muy bien, y sabeys su casa Sancho?... (II, 10, 33).

Soliloquio: Que se me dê a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender... No sino dormios, y no tengays ingenio, ni... Par Dios que los he de bolar... (I, 29, 143). Véase el monólogo y dialogismo del mismo Sancho (II, 10, 33).—Si yo por malos de mis pecados... (I, 1, 3).

Coloquio: Todos los de Sancho y su amo, y los de Sancho y Teresa, son admirables (II, 5, 16).

Dubitacion: Pues assi es, y v. m. quiere dar a cada paso en estos que *no se si los llame disparates* (II, 29, 111).—quanto mas que vosotros ministros de la limpieza aueis andado demasiadamente de remisos, y descuydados, y *no se si diga atreuidos* (II, 32, 127).—Por ver que tiene este caso un *no se que* de sombra de aventura (II, 50, 266).—todavía lleuan un *no se que* los de las armas a los de las letras con un si se que de esplendor (II, 24, 94).

Epifonema: tal era la amistad y buena fê que (II, 34, 123).—tal es la enemistad que me tiene (I, 8, 24).—tanto le aborrecia (II, 6, 22).

285. *Atenuacion:* y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes (II, 60, 234).—como se vio perdido por mi, y como yo no muy ganada por el (II, 63, 246).—los escuderos andantes no comen el pan de valde (II, 5, 17).—y se que no mira de mal ojo a la mochacha (II, 5, 17).—Vn moço de mulas de los que alli venian, que no devia de ser muy bien intencionado (I, 4, 13).—Don Quixote no estava muy contento con las adiuinanças del mono (II, 25, 98).—y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la auia hecho pedaços (I, 1, 3).—No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped (I, 3, 9).—como tenia el estomago lleno, y no de agua de chicoria (I, 8, 24).—desayunaos con esta espuma (II, 20, 75).

Paradoja: començò Lotario a descuydarse con cuydado de las ydas en casa de Anselmo (I, 33, 160): de industria, y propósito.—tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando (I, 36, 190).—que los libros viejos se escureciessen à la luz de los nueuos (I, 48, 257).—me consolaua sin tener consuelo (I, 28, 138).—puestas en orden desordenada (I, 50, 263).—los concertados disparates (I, 50, 265).—es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso (II, 36, 141).—Tu, que con tantas sin razones muestras | La razon que me fuerça a que la haga (I, 14, 48).—Alçada y puesta en pie esta muerte viuia (II, 35, 136).

Hipotiposis: vio entrar a una reuerendissima dueña con unas tocas blancas repulgadas (II, 48, 179).—A estas razones sin responder con alguna se leuantò Sancho de la silla, y con pasos quedos... (II, 33, 123).—venida la noche, cenarà con el Rey... (I, 21, 86).—Oyeronse en esto grandes alaridos... (II, 23, 88).—començaron a entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doze dueñas (II, 38, 144).—ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez, hiruiendo a boruollones (I, 50, 263).

Ironía: Pues en tiempo deste buen Rey fue instituyda aquella... y passaron sin faltar un punto, los amores que alli se cuentan..., siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona (I, 13, 42).—donde venia aquel benditissimo breuaje, que me hizo vomitar las assaduras (I, 21, 84).—Bien aya mil vezes el autor de *Tablante de Ricamonte*, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del Conde *Tomillas*, y con que puntualidad lo descriuen todo (I, 16, 58).—mostrad honrada y valiente essa bolsa (II, 45, 172): á la fácil mujer, que no se dejaba quitar el dinero y se dejó quitar la honra, si es que la tenía.—se auia dado á aquel honroso exercicio... donde auia exercitado la ligereza de sus pies... (I, 2, 7). Véase otro que tal en todo el lenguaje de los galeotes (I, 22, 89). Pero hay que hacer punto, porque apenas hay frase en el *Quijote* que no tenga doble sentido y segunda intencion, cuando no la tiene tercera, siendo toda la novela una burla irónica de los libros caballerescos

y de su modo ideal de concebir el mundo, contrastando con ese mundo que Don Quijote llevaba en su cabeza el mundo de la realidad, en que se movían los demás personajes, y sobre todo Sancho.

286. Sinécdoque. 1. Un nombre comun por un nombre propio, con lo que se indica que la persona ó cosa de que se habla excede á las demás comprendidas bajo aquel nombre comun. Los adjetivos son nombres comunes, y de ellos salen nombres particulares. Ejemplos: el malo, el verde, a quien por excelencia llaman Quiteria *la hermosa* y el desposado se llama Camacho *el rico* (II, 19, 70). —*La del Señor* no me falte (I, 13). —lo que dixo el diuino *Mantuano* (I, 13, 45). —*el gran capitan, el Comendador griego*, etc.

2. Un nombre propio por un apelativo, para indicar que la persona ó cosa se parece á otra cuyo nombre es famoso: Adan (*Parn.* 1), Argos (titan), Adonis, Aristarco, Cirineo, Filisteo, Goliat, Judas, Lazarillo, Mausoleo, Matusalen (Celos. extrem.), Midas, tizona (I, 15), quando dizen alla va *Rozinante*.

3. Un número determinado ó cierto por otro incierto ó indeterminado: a mi me han molido *ciento* (II, 2, 8). —pues ay por ay *ciento* que (II, 32). —con *quatro cepas* y *dos yugadas* de tierra (II, 2, 8). —no siruen sino para *quatro* discretos (I, 48, 254). —*mil* comedias llenas de *mil* impropiedades (II, 26, 101). —me lo confirmo con *mil* juramentos y *mil* desmayos (I, 24). —regir mejor que *quatro* ciudades, y que *quatro* alcaldes de corte (II, 2, 7).

4. La parte por el todo, ó lo menos por lo mas: a la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa andan los *braços ladrones* y la salud borracha (II, 51, 198). —que *oydos* os escuchan que sabran sino remediarlos, dolerse de ellos (II, 38). —comemos *el pan* con *el sudor* de nuestros rostros (II, 13, 44). —que hablen cartas y callen *barbas* (II, 7, 13). —no ay que mentar *la sogá* en casa del ahorcado, en casa llena presto se guisa *la cena*. —sino mirara a *las barbas* honradas que estan a la mesa (II, 62, 237). —ver estas blancas *canas* (I, 22, 91). —segun *malas lenguas* (I, 20, 78).

5. La materia por la cosa que de ella se hace: zarpassen *el ferro* (II, 63, 244).

6. El género por la especie, ó lo mas por lo menos: ceuada, cebo, poluora, los mortales.

7. El abstracto por el concreto: se padre de *las virtudes*, y padraastro de *los vicios* (II, 51, 195). —a la sombra de *la manquedad* fingida y... andan los *braços ladrones* y *la salud* borracha (II, 51, 198). —traigo a v. *grandeça* una embajada, es que v. *magnificencia* (II, 36). —*vuestra bondad*. —vale mas buena *esperança*, que ruín *possession* (por lo que se espera y lo que se posee) (II, 7, 24). —*la justicia*. —que

no parece sino que por todo aquel prado andaua corriendo *la alegría*, y saltando *el contento* (II, 19, 73).

287. Metominia. 1. El consiguiente por el antecedente: es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de *la pala y açadon* (II, 33, 129).—allí os *abriessen la sepultura*: quiero dezir, que allí quedassedes muerto (II 19, 72).—diez años ha, que son los mismos que *a mi madre come la tierra* (II, 49, 187).|

2. La causa por el efecto, ó al revés: han fundado mas mayorazgos *las letras que las armas* (II, 24, 94).—*el abad de donde canta yanta* (II, 60, 234).

3. El continente por el contenido: a quien *el cielo* dio un pedaço de pan sin que le quede obligacion de agradecerlo a otro que al mismo *cielo* (II, 58).—los religiosos con toda paz y sossiego piden *al cielo* el bien de *la tierra* (I, 13).—toda *la venta* estaua en *silencio* (I, 16).—bebiase luego *un gran jarro de agua fria* (I, 5, 15).—gran despertador de *la colambre* (por vino) (II, 54, 206).—se me acordara de hazer *una redomadel b alsamo* (I, 10, 31).

4. El nombre del pueblo donde se hace alguna cosa por la cosa misma: *cordouan, damasco, tabi, holanda*.

5. El signo por lo significado: ni *cetros*, ni *mitras* (II, 7, 23).—*tocas*.

6. El instrumento por el que le usa: señor *bazia* (II, 1, 5).—*la caratula, la farandula*.

7. El inventor por lo inventado, y los dioses por los objetos divinizados: *Dite, Neptuno*.

Metáfora y alegoria: Quien es ese *tonel*... Este es... Oliuante de Laura (I, 6, 17).—dos frayles de la orden de San Benito, caualleros sobre dos *Dromedarios*, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian (I, 8, 25).—puso piernas al *castillo* de su buena mula (I, 8, 25).—Y vieron los *razimos* de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros (II, 60, 230).—El principio de la salud está en conocer la enfermedad... (II, 60, 233).—si el viento de la fortuna... (I, 15, 53).—*laberinto* (passim), etc., etc.—Durole esta *borrasca* (del efecto del bálsamo) (I, 17, 63). El campo de la metáfora en el *Quijote* es inmenso, y llenaría un buen volumen si hubiésemos de espigarlo.

288. Descripciones: A modo de definiciones descriptivas son notables la del caballero aventurero (I, 16), la de la fortuna (II, 66), la del matrimonio (II, 19), la del sueño (II, 68), la de la caza (II, 34). Como pinturas de caracteres la de la asturiana (I, 16), la de don Quijote (I, 1), la de Carrasco (II, 3), la de Sancho (I, 7), que en la segunda parte con el trato de su señor y de las gentes, se fué haciendo mas discreto, malicioso y gracioso. Para Cervantes lo mas gracioso y entretenido de su libro son las siete empresas de don Quijote de la primera parte, recordadas en (II, 4) y los chistes de

Sancho, mencionados al fin del prólogo de la primera parte. Véanse las descripciones de la cama en la venta (I, 16), de los dos ejércitos ó manadas (I, 18), de la entrada en el Toboso (II, 9), de las aldeanas (II, 10), de las bodas de Camacho (II, 20), de la cueva de Montesinos (II, 23), del hallazgo de Luscinda (I, 28), la de la aventura de los leones (I, 17), la de la famosa noche en la venta (I, 16), la de los batanes y apuros de Sancho (I, 20), la del fantaseado caballero, remedando y resumiendo los libros de caballerías (I, 21), Apenas auia el rubicundo Apolo... (I, 2, 4).—Parose Sancho Pança à rascar la cabeça... (I, 26, 119). Toda la estancia de Don Quijote en casa de los Duques y el Gobierno de Sancho estan llenos de admirables escenas, y no se puede escoger, por ser á cual mejores.

Discursos: De la edad dorada (I, 11, 33), de las armas y las letras (I, 38, 199), de los libros de caballería (I, 47 y 48), consejos á Sancho para el gobierno (II, 42 y 43).

289. Sátiras: El libro está lleno, véanse en particular: contra las alcabalas y socaliñas de los pueblos (II, 45), contra algunos títulos y noblezas (I, 21), contra los sublimados (I, 37), contra los escritores de genealogías (I, 21), contra la vanidad de nobles é hidalgos (I, 8 y 16, II, 48), contra la letra procesada (I, 25), contra los caballeros de su tiempo (II, 1 y 36), contra los agüeros (II, 8), contra los arbitristas (II, 1), contra las arreboleras (II, 40), contra los farsantes (II, 11), contra los cohechos (II, 41), contra los dones (II, 45), contra algunos poetas (II, 38 y 70), contra los médicos molestos (II, 47), contra los peregrinos extranjeros (II, 54), contra las dueñas (II, 48, etcétera), contra los gobernadores (II, 32 y 33 y 51 y 53), contra impresores (II, 62), contra ciertos eclesiásticos, mangoneadores y mandones (II, 31).

290. Cervantismos, chistes: «Los ingleses, privilegiados inteligentes y celebradores del mérito del *Quijote* y de la pluma de Cervantes, han inventado esta palabra (*cervántico*) para significar lo que tiene cierto desenfado picante, fino y jovial por el estilo del de Cervantes»¹. Cervánticas son muchas de las construcciones que hemos visto en toda la Gramática, cervánticos los epítetos enumerados al hablar de los complementos atributivos, y cervánticas muchas de las figuras retóricas hasta aquí enumeradas. Bastará, pues, recordar algunos otros cervantismos, para que se conozca el género: *El jamas como se deue alabado* cauallero don Quixote de la Mancha (I, 1, 3).—y con esto caminaua *tan de espacio*, y el sol entraua *tan apriessa*, y con tanto ardor, que fuera bastante a *derretirle los sesos* (si algunos *tuuiera*) (I, 2, 5).—una manada de puercos (que, *sin perdon* assi se llaman)

¹ BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO, *Criticon*, núm. 1.

(I, 2, 5).—le encargó que lleuasse alforjas: è dixo, que *si lleuaria* (I, 7, 22).—Yua Sancho Pança sobre su jumento *como un Patriarca* con sus alforjas, y su bota, y *con mucho desseo de verse ya gouernador* (I, 7, 22).—Sepa señor, que no vale *dos marauedis para Reyna, Condesa* le caera mejor, y *aun Dios y ayuda* (I, 7, 23).—como tenia el estomago lleno, y *no de agua de chicoria*, de un sueño se la lleuò toda (I, 8, 24).—*estrellado establo* (I, 16, 57).—vino una mano *pegada* a algun braço de algun descomunial Gigante (I, 17, 61).—*retirarnos con gentil compas de pies* (I, 19, 74).—dar manotadas, porque corbetas (*con perdon suyo*) no las sabia hazer (I, 20, 80).—Y eran (*si no lo has, ò lector, por pesadumbre, y enojo*) seys maços de batan (I, 20, 81).—*barbas aborrascadas* (I, 21, 88).—que ellos lo diran, si quisieren, *que si querran...* Con esta licencia *que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran*, se llegò à la cadena (I, 22, 89).—vellaco descomulgado, que sin duda lo estas; pues *has puesto lengua* en la sin par Dulcinea (I, 30, 149), aludiendo al poner manos en los clérigos, del anatema consabido.—*quica, y aun sin quica* (I, 12, 37).—lo que perderàs serà tanto, que *lo dexaré en su punto*, porque me faltan palabras para encarecerlo (I, 33, 167), estar en su punto ó dejar vale en el extremo de perfeccion.—Cerrò las puertas de su casa, subio à cauallo, y *con desmayado aliento* se puso en camino (I, 35, 186).—Ofrecieronsele en esto a la vista de don Quixote las estrañas narizes del escudero, y no se admirò menos de verlas que Sancho, tanto que le juzgo por algun monstruo, o *por hombre nueuo, y de aquellos que no se usan en el mundo* (II, 14, 51).—con còrteses y hambrientas razones (II, 20, 75).—echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho (I, 16, 59).—apocado, y fementido lecho (I, 16, 57).—las dos semidonzellas (I, 43, 231).—baziyelmo (I, 44, 239).—tambien digo, que este aunque es yelmo, *no es yelmo entero* (I, 45, 240).—albarda de asno. Bien podria ser de borrieca (id., 241).—Tan albarda es como mi padre (id.).—la bolateria de Sancho (I, 46, 247).—hija del destripa terrones, y de la pela ruecas (II, 5, 17).—los ojos hundidos en los ultimos camaranchones del cerebro (II, 7, 23).—gaste mas de seiscientos hueuos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y *mis gallinas que no me dexaran mentir*. Esso creo yo muy bien respondio el Bachiller, que ellas... (II, 7, 23, véase todo el trozo).—y su narigante escudero (II, 14, 53).—por sus pasos contados, y *por contar...* llegaron (II, 29, 110).—Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornó... (II, 33, 131, todo el trozo está lleno de chistes y de primores castellanos).—beuo quando tengo gana, y *quando no la tengo* (id.).—los buenos tendran conmigo *mano y concauidad*, y los malos ni *pie ni entrada* (II, 33, 130), concauidad por *cabida*.—barbada, y con bigotes tenga yo mi alma quando desta vida vaya (II, 38, 146).—si es ciencia *mocosa* (II, 18, 66).—Pues digamos agora que

la discrecion era *mocosa* (II, 38, 146).—y al descalçarse (o desgracia digna de tal persona) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa, que desacreditassen la limpieza de su policia, sino hasta dos dozenas de puntos de una media (II, 44, 166).—y espera dos fanegas de risa (II, 44, 165).—que una dueña *toquiblanca*, larga y *antojuna* pueda mouer ni leuantar pensamiento lasciuo (II, 48, 180).—No se le oluide â v. *Pomposidad* (II, 52, 200).—se llama la Condessa Lobuna, â causa que se criauan en su Condado muchos lobos, y que *si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la Condessa Zorruna* (II, 38, 145).—Y en esto llegó un corchete que traía assido a un moço... (II, 49, 185 y 186, léase todo el trozo).



EL "QUIJOTE," Y LA LENGUA CASTELLANA ¹

El idioma de un pueblo, como producto que es de su cerebro, de su fantasía y de su corazón, encierra archivada toda su historia, lleva en los vocablos, como en monedas conmemorativas, todas sus instituciones, sus hazañas, sus gloriosos y desgraciados sucesos, en las metáforas de sus términos los vuelos de su imaginación creadora, en las frases y refranes sus ideas religiosas, morales, sociales y filosóficas, en los giros y construcción su genio, carácter y sentimientos. La lengua castellana es, pues, el archivo, el cerebro, la fantasía, el corazón del pueblo español. En el *Poema del Cid* se presenta como una habla vigorosa y ríca, forjada en cien batallas, y curtida por los aires y soles de la estepa castellana. En las *Partidas* es el manto rozagante, amplio y severo que cuelga de los hombros del Rey Sábio. Chispeante y juguetona en los labios del Arcipreste de Hita, devota en los del poeta riojano, afemínase en los Cancioneros cortesianos de Don Juan el Segundo. En nuestros primeros dramáticos Lope de Rueda, Lucas Fernández, Juan del Encina, Gil Vicente, y cuanto á la prosa en el *Amadís* á vueltas de sus afectados arcaísmos, y sobre todo en la incomparable *Tragicomedia de Calixto y Melibea* brota con una sávia tan popular y tan sana, lozanea con tal natural frescura y vivaz colorido, que auguraba los venturosos y sazoadísimos frutos, en parte cosechados por la generación siguiente en la novela picaresca y en la mística, en parte malogrados en la lírica y en la dramática por el pedante prurito de la malhadada latinización de nuestro romance, que cual viento abrasador venido de la muerta antigüedad agostó en sus primeros gérmenes la lírica popular castellana y llevó al fondo y á la forma de nuestro teatro del siglo xvii el veneno de lo extranjero y convencional, que, á pesar

¹ Conferencia dada en el Ateneo de Madrid con ocasión del Centenario del *Quijote*. 1905.

de su nacionalidad y grandeza, había de estragarlo y hacerlo desaparecer. La literatura y el idioma cambiaron de rumbo, arrastrados por el gusto italiano y por el renacimiento de la antigüedad clásica.

El habla literaria en el siglo XVI puede decirse que formaba tres distintas corrientes. Una venía de Italia, coloreada por el Renacimiento, cual apareció en Granada, Leon, Garcilaso, Herrera. Otra, mas impregnada de elementos populares, mas genuinamente nacional, y sucesora legítima de la *Celestina*, es la de la novela picaresca, del *Lazarillo de Tormes*, de la *Lozana andaluza*, de *Guzman de Alfarache*. La tercera con un sabor atávico de antigüedad falseada, pero por lo mismo con tendencias castizas, se nos ofrece en los libros de caballerías. Las tres desaguan en Cervantes y particularmente en el profundo y anchuroso piélago del *Quijote*. Cervantes acabó con la novela italiana, con el género pastoril y con los libros caballerescos. Se ensayó en todos los géneros y empleó todas las maneras de lenguaje. Comenzó por el pastoril en su juventud, y la *Galatea* puso en olvido las obras anteriores de su clase, quitando el ánimo á los que le sucedieron para seguir por un camino, por donde ya nada de nuevo podía descubrirse. Fué el primero que en España noveló á la italiana y oscureció á Bocaccio, fundando al propio tiempo la novela moderna. En los últimos años de su vida, despues de escribir dramas medianos y entremeses lindísimos, dignos continuadores de los pasos de Rueda, la emprendió con el género caballeresco, y su *Ingenioso Hidalgo* acabó con él, á pesar de ser el mismo *Quijote* la mas admirable novela de caballerías, porque á la vez era la novela moderna, que surgía inimitable cual nuevo Fénix de sus propias cenizas.

El *Quijote* abarca todos los géneros y todas las maneras de lenguajes, es el modelo sin par de la lengua castellana.

El Curioso impertinente, la mas italiana de las novelas de Cervantes, diríase una preciosísima perla, solo ofuscada por los brillantes que la rodean y por el oro en que está engastada. Entre las risas y chistes del *Quijote* aparece todavía mas tétrica su trágica lobreguez. Bien se ve que el hecho pasa en la tierra clásica de las tragedias, cual nos la presenta la historia de aquellos tiempos. La trama, maravillosa; la precipitacion de los acontecimientos, interesante; el desenlace final soberbiamente expuesto. El castellano en este episodio se distingue del castellano empleado en el resto del *Quijote*. Parece

por su ligereza y elegancia un castellano italianizado, sin dejar por eso de ser castizo. Nada tiene que ver con el habla de Sancho, con la jerga de los galeotes, con el caballerismo trasnochado de Don Quijote. Es un lenguaje cuajado, ó mas que cuajado de términos eruditos traídos de latin, muchos de ellos hacía todo lo mas un siglo. Antítesis elegantes, recortes acicalados, razonamientos filosóficos y amorosos, disertaciones al gusto clásico del Renacimiento, períodos formados por cláusulas de idéntica largura y como paralelas, que suavemente se suceden. En suma, es el estilo plateresco del *Quijote*. Corre por los personajes sangre italiana, que borbotea febril, ardiente y mudable. Nada de refranes ni de frases del hogar castellano; mucho diletantismo y preciosismo y versitos smatorios. Véanse ejemplos: Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario: y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan fan a una sus voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduuiesse (I, 39, 160). —Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño está, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, que tampoco yo soy el Lotario, que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces (id. 163).

El que por esta novela juzgara del estilo novelesco de Cervantes, que parece quiso echarla por delante, insertándola en el *Quijote* para tantear el gusto del público antes de imprimir sus *Novelas ejemplares*, se engañaría de medio á medio. Tiene todas las trazas de haber sido como la matriz con que pretendió componer las demas: lo dicen en alta voz su unidad, enredo y desenlace irreprochables, la tésis moral, el asunto italiano. Pero el carácter de Cervantes no era tan trágico y lúgubre que soportase por mucho tiempo la tristeza de aquel ambiente; la apacibilidad de su condicion le inclinaba á otros asuntos mas tranquilos, mas optimistas y sonrientes; y por otra parte, profundo conocedor del habla castellana, cautivado por el realismo del gran Lope de Rueda, amamantado en la *Celestina* y en *Guzman de Alfarache*, tendía á dar colorido mas español á los asuntos y al lenguaje. *La Señora Cornelia* todavía es una novela italiana, pero dos de sus principales personajes son caballeros de nobilísimos sentimientos, y españoles de pura raza, y el desenlace es venturoso. Las demas novelas son enteramente españolas, aun cuando en la *Española inglesa* parte de los sucesos se verifiquen en la Corte de Inglaterra, que por lo mismo resultan una Inglaterra y una Corte fingidas. *Rinconete y Cortadillo* y el *Coloquio de los perros*, las mejores sin comparacion de todas ellas, prueban bien á las claras el terreno

donde Cervantes había de ser insuperable, por hallarse en su propia casa. Pero en todas brilla un optimismo sano, un sosiego tranquilizador, una moral elevada, una delicadeza de sentimientos, una manera tan risueña de ver la vida, que contrasta con la moral escabrosa, los sentimientos bastardos, la negra tristeza que rodea al *Curioso impertinente*. El regocijo de las Musas no podía calzar por mas tiempo el coturno trágico. Los personajes odiosos no eran para aquella alma bondadosísima, noble y delicada de Cervantes, que hace simpáticos áun á los que por naturaleza no debieran serlo, y hermosas ó por los menos no desagradables y de buenos sentimientos hasta las figuras mas feas y deformes. Ahí estan, sinó, la asturiana Maritornes, y hasta las mismas dueñas, blanco de todas sus iras, que no me dejaran mentir. Nadie como Cervantes supo crear caracteres bellos, mujeres hermosísimas en el cuerpo, pero mucho mas en lo *moral del alma*. Los personajes que entran en el *Quijote* son 669, de ellos 607 hombres y 62 mujeres. A pesar de que el asunto y el papel que desempeñan muchos de ellos en este cuadro tan variado pide que algunos estuvieran tiznados por el carbon de puro oscuros, ninguno se nos hace odioso ni antipático, todos se hallan envueltos en un no sé qué de agradable y atractivo, que hubieron de tomar en la fantasía creadora de su autor.

De esta condicion apacible y regocijada por idiosincrasia de nuestro Cervantes, y de su acendrado españolismo en el sentir y en el hablar resultó su estilo novelesco, enteramente español, eminentemente moral y optimista en los caracteres, suelto y elegante en la exposicion, y castizo en el lenguaje. Tiene pinceladas realistas á lo Velázquez, rasgos atormentados á lo Ribera, brochazos geniales á lo Goya; pero con ser tan realista como todos ellos, y tan exuberante como Rubens, y tan elegante como Rafael, Cervantes, por su idealismo sublime, maravillosamente casado con el realismo mas agudo, solo puede compararse con el divino Murillo. Es el efecto que me hace su lectura, el mismo que siento, cuando despues de recorridos los demas salones del Museo del Prado, llevo á descansar en el saloncillo central, donde Murillo, á pesar de no descollar tanto como estos gigantes del arte, con su delicadeza sobrehumana, su naturalidad exquisita, su idealismo soberano, arroba y eleva los sentimientos, ensancha los espíritus, y baña el alma de un sosiego estético, que yo suelo allí sentir y aquí no acierto á expresar.

La prosa narrativa de Cervantes es oro derretido, que fluye ondulando brillante y sonoro, reflejando todas esas cualidades de su corazon, de su fantasía, de su ingenio. Estamos, pues, en plena novela moderna; pero en plena novela española, llena de realidad, de idealismo, de moralidad intachable. Las aventuras de Sierra More-

na son ya de este género. Dos hombres y dos mujeres, dos parejas, linajuda la una, mas ó menos del pueblo la otra, se cruzan en sus pasiones amorosas, presentándonos los tipos de la ciudad y de la aldea, de las gentes de cuenta y de las gentes labradoras, con un enredo y un desenlace admirablemente dispuestos y felizmente trabados con la accion principal de las andanzas quijotescas. Cardenio es realmente el Señor tal de Cárdeñas, noble cordobes, elegante, cortes, y poeta de raza. Su carta misiva es un modelo de atildada y exquisita elegancia, de fino torneado, que recuerda el estilo simétrico y antitético de los sofistas y retóricos atenienses (I, 23, 97):

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura, me lleuan à parte, donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte que las razones de mis queexas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.»

El soneto no está menos almidonado, fluye cual corriente cristalina en cláusulas iguales y paralelas de rítmico dejo (íd. 97):

«O le falta al amor conocimiento
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual à la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que un Dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que el mal, de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.»

«A fê que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte», exclama Don Quijote. La narracion de Cardenio está en una prosa rimada tan límpida como la carta y el soneto. Oid el comienzo (I, 24, 102): Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuiar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna.

Cuanto al estilo narrativo de Cervantes, aquí como siempre se echan de ver sus dotes maravillosas. Una plasticidad tan realista y viva, que parece, no imaginar, sino ver las cosas, una colocación de los términos en la frase tan libre y gallarda, que no hay quien se le iguale en la variedad de construcción y en la cadencia rítmica, una suavidad en los caracteres y un sosiego en el deslizarse vocablos y frases, que nos transporta á Atenas y nos recuerda al intachable y olímpico Sófoles. Véase la pintura de un loco en el encuentro de Cardenio (I, 23, 100). Pero ¿cómo olvidar algunas de las frases con que describe el de la hermosa Dorotea? «Ni el estaua à otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido... El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à una, y otra parte, se començaron a descoger, y desparzir unos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia... Los luen-gos, y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas todo en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales, y tantos eran. En esto les siruio de peyne unas manos, que si los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejaun pedaços de apretada nieue» (I, 28, 131). Luego viene la descripción de su casa de labradores ricos (íd. 133), que no puedo detenerme á leer, así como el encuentro con don Fernando y Luscinda (I, 36, 189): «y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a Don Fernando, Don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio» (I, 36, 189).

No faltaron descontentadizos que reprendiesen la inserción de tantos episodios en la Primera parte, por lo que Cervantes en la Segunda solo inserta dos brevísimos, el de Claudia Geronima (II, 60, 231), y el de la morisca Ana Felix, hija de Ricote (I, 63, 246), modelos de narración viva y precipitada.

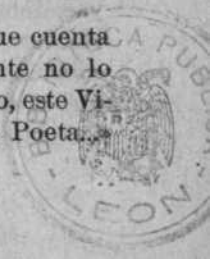
..*

La novela pastoril á lo Sannazaro, Montemayor y Gil Polo, llega en el *Quijote* á su perfección: es la segunda variedad italiana, que traía enamorado á Cervantes. Su pecho candoroso, amante de todo lo ingenuo y sencillo, le llevaba á este género, para nosotros tan lá-cio, insulso y convencional, para aquella época nuevo y tan atractivo como el falso naturalismo de Rousseau para los enciclopedistas.

Cervantes quiso entreverar las hazañas de Don Quijote y las chistosas salidas de Sancho con escenas de la Arcadia, que refrescasen el cuadro con toques suaves y alpestres. Todos son episodios cortos, bien traídos, con su asunto trazado de mano maestra y su desenlace trabado con la acción principal.

El primero del desesperado Grisóstomo y de la esquiva Marcela empieza á contarle Pedro, uno de los cabreros que acogieron á Don Quijote. Pedro ya no es un pastor ficticio de una égloga convencional; es un pastor que habla como los pastores que huelen á chivo: «Principalmente dezian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que passan allá en el cielo, el Sol, y la Luna, porque puntualmente nos dezia el cris del Sol, y de la luna.» Así pinta Pedro al estudiante enamorado, y con esta su manera de expresarse piuta Cervantes á Pedro. Pero todavía aparece mejor en lo que le hace callar: «Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse essos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento, diciendo. Assi mismo adeuinava, quando auia de ser el año abundante, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo Don Quixote? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaua, diziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuanços, y no ceuada: el que viene será de guilla de azeyte: los tres siguientes no se cogera gota. Essa ciencia se llama Astrologia, dixo Don Quixote. No se yo como se llama, replicó Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas.» Cortemos aquí esta preciosa narración. Señores, los pastores de Virgilio, de Teócrito, de Longo, jamas hablaron así; pero si hablaron mas culto, creo que por el mismo caso hablaron peor. Ese desentenderse de las erudiciones y exactitudes del leído caballero, ese introducir hablando en giro directo á Grisóstomo, como lo hace la gente rústica, ese destrozar los términos científicos, ese corte de frases, son del habla realmente pastoril. La pluma anticonvencional, que había tajado Cervantes para describir las escenas realistas precedentes, no se le había roto al llegar al capítulo XII. Nada diré de la entonación elegiaca de la canción desesperada del pastor suicida, sentida, como de enamorado, y culta como de estudiante salmantino. La Marcela es una hembra de pura sangre, con la altivez é ingenio que en cualquiera parte fuera de España parecerían exagerados.

Tambien acaba en pastoril el suceso no menos trágico que cuenta otro cabrero en el capítulo LI. El tipo bravucon de Vicente no lo pintó mejor Plauto: «Este soldado, pues que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este brauo, este galan, este musico, este Poeta...»



dice el fríamente airado Eugenio. Pero no se pueden pasar por alto las palabras tan sentidas como tiernas, como que brotaban de lo mas íntimo de su corazón, que á la cabra dirigió, cuando apareció por entre unas «carças, y espessas matas» á la comitiva de Don Quijote: «Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? que lobos os espantan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condición, y la de todas aquellas a quien imitays.» La historia de Camacho y Quiteria (II, c. 20), con el campestre y rico aparato de las bodas, es otro episodio tan original como interesante en el género bucólico; pero tal vez valga mas como pintura de caracteres y de costumbres estudiantiles la contienda sobre la destreza entre el Licenciado y Corchuelo (II, c. 19). Elegante y de color de alegre verde, al gusto de Cervantes, es la descripción de la Arcadia, que por entretenimiento formaron los hidalgos é hidalgas de la aldea aragonesa (II, c. 58), y ridícula, sobre todo en los nombres que se habían de poner, la que trazó Don Quijote para consolarse en su vencimiento, pasando de una locura á otra, como había pasado el gusto literario desde la monstruosa caballería á la égloga infantil.



De propósito he dejado hasta este punto la historia del cautivo, porque en el terreno de la pura novela, preescindiendo del elemento caballeresco, del satírico y del ético, que forman el alma del *Quijote*, nada se ha escrito de mas real é ideal á la vez, de mas humano y de mas divino, ó dígase estético. Si *el Curioso impertinente* puede considerarse confo la primera manera del novelar cervantino, que apenas ha salido del regazo maternal italiano, la historia del cautivo es lo sumo de su género novelesco, la flor de todas sus puras novelas, perfumada con la suavidad ideal del género bucólico é idílico. Porque idilio es, no en el sentido de Teócrito, ni en el hoy comun de poco estéticos amoríos, sino en el del mas virginal y sereno platonismo, este cuadro de candidez bíblica, que solo admite par de si en la literatura humana otro que el de la llegada de Ulises á las playas, donde se bañaba Nausicaa, ó el del encuentro de Andrómaca y Héctor. Comparar ese cuadro naturalista con los de Zola es dejar caer una fresca y recién cortada rosa en medio de un muladar. Y es que si el cautivo no era el mismo Cervantes, en él puso Cervantes todos los nobles sentimientos de su corazón, y Zoraida era la mujer

en quien sin duda soñara Cervantes, sobre todo durante las largas y tristes horas de su cautiverio. La nobleza varonil y el sentimiento de delicadezas femeniles, que encerraba su alma, pasaron á aquellos dos personajes, tan realmente humanos como idealmente bellos. Las dos escenas, del baño y del jardin de Agimorato, son de esos pocos y cortos momentos, que dejando arrasados en lágrimas los ojos parecen sacar al alma de su asiento y arrebatarla á ideales que sólo son para soñados. Yo nõ sé que haya trozo en castellano tan delicado, tan ingénuo, tan virginal como la siguiente carta de Zoraida: «Quando yo era niña, tenia mi padre una esclaua, la qual en mi lengua me mostrô la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya, muchos christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que lleuar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y serâs allâ mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me darâ nada, que Lela Marien me darâ con quien me case. Yo escriui esto, mira à quien lo das a leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos Marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarâ luego en un pozo, y me cubrirâ de piedras. En la caña pondrè un hilo, ata alli la respuesta, y sino tienes quien te escriua Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Ala te guarde, y esta cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautia» (I, 40, 210).

*
**

Pero vengamos ya á la creacion estupenda, que propiamente constituye el *Quijote*. A cada cual arrastran sus aficiones conforme á las cualidades de su propio corazon. El de Cervantes encerraba un tesoro de bondad ingénita, que se apasionaba portodo lo que fuera noble y generoso. Cervantes estaba enamorado de los ideales, que latían bajo ruda costra en la literatura medioeval. Sentía hondamente con toda su alma española aquellos viejos romances, continuadores de las mas antiguas gestas castellanas, y se deleitaba en la caballerosidad y nobles sentimientos del ciclo carolingio, tan popular en España. Pero al encontrar en la última y prosáica manifestacion de aquella épica, en el ciclo breton interpretado por las historias de caballeros

andantes, no pocos rasgos de su antigua grandeza extrañamente revueltos y confundidos con toda suerte de desatinos éticos y estéticos, tan ajenos de la moral y del sentir de los españoles, como del arte tradicional, debió sentir una mezcla de cariño y de ira, que despertaron su ingenio creador y aguzaron su pluma, para sacar de aquel caos el elemento épico, para dar vida real á aquel monton de seres falseados, aprovechando el generoso espíritu, que aun bullía en aquella literatura bárbara é informe. Los héroes de las antiguas epopeyas francesas, germánicas y castellanas obraban por móviles razonables, ajustados á las costumbres sociales de la época; los caballeros de la Tabla Redonda y los posteriores del ciclo breton no obraban por motivo alguno. Todas aquellas energías y aquellos ideales se resolvían en un individualismo egoísta, antisocial, y bárbaro.

Son caballeros de esos que á sus aventuras van, que corren tierras, cruzan mares, se combaten sin qué ni para qué en bosques, encrucijadas, puentes y castillos, descabezan gigantes, vestiglos y endriagos, que se ven arrastrados por un amor criminal y fatalista hácia la mujer que convierten en ídolo impío de todas sus adoraciones, que van y vienen, vienen y van, nada mas que porque sí, por puro capricho, por el veleidoso placer de la novedad, de la aventura. Son realmente aventureros, y verdaderamente andantes. Pero todavía entre sus estrafalarias fazañas chispean rasgos de caballero. Amadís lo es en toda la extension de la palabra, y á vueltas de lo absurdo del objeto que persigue, del ambiente que le rodea, de la máquina prestigiosa y supersticiosa que le saca airoso de todas sus empresas, una aureola de idealismo elevado le circunda, es el tipo del perfecto caballero, el protagonista de la fidelidad amorosa, el ideal del honor y de la cortesía. Cervantes puso el alma de Amadís en Don Quijote; pero al querer transformar ese tipo absurdo y quimérico del caballero andante de manera, que quedara despojado de todo lo convencional y falso, tuvo que encarnarlo en un loco, que resultó sublime, que causa lástima y veneracion todo á un mismo tiempo, porque, como dijo el poeta inglés Wordsworth, la razon anida en el recóndito y majestuoso albergue de su locura. Don Quijote comenzó por ser una parodia de los absurdos caballeros andantes; pero al chocar en la fantasía creadora de Cervantes el ideal de Amadís, que tan de lleno encajaba en lo noble y generoso de sus propios sentimientos, con el realismo de la vida del siglo XVI, no menos entrañablemente acariciado y experimentado durante todo el curso de su penosa existencia, perdió cuanto tenía de falso y peligroso, se alzó sobre sí mismo y quedó convertido en el verdadero caballero ideal, que por el contraste humorístico con la realidad no puede menos de parecer loco y sublime á la vez. De esta manera, habiendo sido

ocasion y motivo, no verdadera causa formal ni eficiente del *Quijote*, la sátira contra la literatura caballescica, no se detuvo Cervantes en poner de manifiesto, como lo había hecho el Ariosto, el vicio capital de la caballeria, la desproporcion entre el intento generoso y la vaciedad del éxito; sino que abriendo un venero inagotable de bellezas poéticas, de humorismo sin hiel, de risa perenne, al par que hacía renacer de sus propias cenizas la verdadera novela caballescica con la sávia rica y vigorosa de la épica medioeval y sin su bárbara hojarasca, daba vida á la epopeya cómica más risueña, benévola, culta y trascendental. Para Hegel, despues de los poemas de Homero, no ha habido en ninguna literatura nada mas sériamente épico, esto es mas real é ideal á la vez, que el *Cid*, y nada mas cómicamente épico que el *Quijote*.

El lenguaje que convenía á esta epopeya cómica, mezcla del ideal caballescico y de la realidad concreta de la España del siglo xvi, tenía que ser mezcla también del rimbombante lenguaje de los libros de caballerías y del habla mas castiza y vulgar del pueblo castellano. En entrambos precisamente era Cervantes consumado. El estilo antiguo le reteñía en los oídos por la continúa lectura, el habla vulgar de todas las clases sociales españolas le cautivaba, era todo su cariño. En el *Persiles y Segismunda*, la inventiva es maravillosa; pero aquellos personajes de un mundo desconocido no podían hablar á lo Sancho ó á lo Ginesillo de Pasamonte. Tal es la razon de su inferioridad respecto del *Quijote*, y tal la importancia del material técnico que da forma á la obra artística. El realismo del *Quijote* está en la pintura de la sociedad española; ¿pero cómo llevar á cabo esa pintura si no es con el habla genuinamente castellana, que encierra ya en sí el carácter, la idiosincrasia y el modo de pensar de los españoles? Haced hablar á Sancho, á Sanson Carrasco, á Teresa Panza, á los galeotes, en frances, y resultaran un Sancho frances, un Sanson Carrasco frances, una Teresa Panza francesa, unos galeotes franceses. He aquí por qué el *Quijote* es verdaderamente intraducible. Solo son traducibles las ideas: una noticia cualquiera la relatan todos los periódicos del mundo al día siguiente de suceder el hecho; el color local de un idioma es intraducible. El idioma es el alma de un pueblo, lleva estampado su carácter, sus maneras de sentir y de pensar, y cuando ese idioma lo maneja un artista de la talla de Cervantes, que sabe arrancarlo chorreando vida del hogar, de las galeras, de las ventas, del corral de Monipodio, ese idioma lleva consigo todo el realismo que avalora la obra artística, y al traducirse no puede menos de perderlo enteramente. Yo no comprendo un Sancho ni una Teresa Panza hablando en frances ó en ingles: me resultan en las malas traducciones un Sancho y una

Teresa incoloros, de ningún país, de otro mundo desconocido, y en las buenas traducciones un Sancho y una Teresa franceses ó ingleses: y ese Sancho y esa Teresa no son el Sancho y la Teresa que creó Cervantes. Por algo se dice que en la obra artística la forma es elemento integrante y aun el más principal de su belleza, y tanto más, cuanto más artística y bella sea la obra. El realismo del *Quijote* es intraducible, porque es intraducible el habla genuinamente castellana de sus personajes. Al fin y al cabo el habla de un pueblo se llama *idioma* por ser algo propio, incomunicable, no común á los demás pueblos.

¿Queréis verlo con toda evidencia? Oid la retrotraducción de un párrafo de los menos difíciles¹. Dice á la letra un texto francés de 1782: «Bien me ha venido el tener buenas espaldas, mujer, porque he sido bien zurrado; y si tengo un buen gobierno, me cuesta buenos golpes. Debo decirte, amor mío, como he resuelto que vayas en coche, que es de lo que se trata por el pronto; porque andar de otra manera es pedir un desatino.»

¿Os suena esto á Sancho? Oidle pues: «Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso; porque todo otro andar es andar á gatas.» Ved otra traducción francesa de 1810 retrotraducida al castellano: «Quien bien quiere, bien zurra, querida mujer; así es como me ha tratado la fortuna. Trátase ahora, Teresa, de comprarte coche, porque cualquier otro modo de andar no puede convenirte ya, y solo es bueno para los gatos.» Si ese que así habla es Sancho, vengan y lo vean los que han llegado á afirmar que el *Quijote* es más claro en las traducciones que en el texto de Cervantes.

Y el *Quijote* está lleno de idiotismos locales, de refranes, de hipérbolos y andaluzadas, de retruécanos, de equívocos, de frases burlescas, dichos festivos, vocablos picarescos, expresiones intencionadas, que aumentan la dificultad, si ya no fuera poca la que lleva consigo el idioma vulgar con todo su color local y su fuerza plástica.

La lengua castellana, dice Sbarbi², resume en sí los tonos más opuestos y nuestra nación es naturalmente inclinada á que el escritor emplee y combine tales tonos en sus producciones. Nunca escritor alguno ha obedecido á esa propensión, ni aprovechádose de semejantes recursos, con el acierto y superioridad que lo hiciera Cervantes. Rústico en el Cabrero, culterano en Marcela, ampuloso en la Dueña Dolorida, épico en el relato del desencanto de Dulcinea,

¹ Tomado de SBARBI, *El Refranero general español VI*.

² *Refranero VI*, 160.

festivo y á veces incorrecto en Sancho, picaresco en los galeotes, noble y majestuoso en Don Quijote, ha sabido recorrer su autor todos los tonos de la escala del idioma castellano, siendo, por último, arcaico también en el protagonista, sobre todo en los momentos en que se veía más fuertemente afectada su cabeza de la dolencia que le aquejaba.

Ved algunos ejemplos de estilo arcaico y caballeresco, mejorado y puesto en caricatura por Cervantes: «La razon de la sin razon que a mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaqueze, que con razon me quexo de la vuestra fermosura. Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza» (I, 1, 1). — «O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçon, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos señora de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece» (I, 2, 5). — «Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez ademas la risa, que de leue causa procede; pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de seruiros» (I, 2, 5). — «Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado alguno, ca á la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran» (íd.). Por supuesto que el contraste no puede ser mayor, hablar de esta guisa á dos mozas del partido, traídas y llevadas como trapo viejo. Por no alargarme solo citaré la carta de Don Quijote á Dulcinea, modelo el más acabado: «El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia: Si tu valor no es en mi pro. Si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea á saz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que, ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te darà entera relacion, ô bella ingrata, amada enemiga mia del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida aurè satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo. Tuyo hasta la muerte El cauallero de la triste Figura» (I, 25, 114).

Semejante estilo encantaba tanto á Don Quijote que real y verdaderamente se dejó encantar con esta profecía, remedo burlesco de las que él tantas veces había leído: «O cauallero de la triste Figura, no te dê afincamiento la prision en que vas, porque assi conuiene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabará, quando el furibundo leon Manchado con la blan-

ca paloma Tobosina, yazieren en uno, ya despues de humilladas las altas ceruizes al blando yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio saldran a la luz del Orbe los brauos cachorros que imitaràn las rapantes garras del valeroso padre...» (I, 46, 247).

Cervantes en sus descripciones empuña la trompa épica de la caballería; pero saca de ella tonos tan altisonantes, que á pesar del aire de parodia pudieran competir con los mas afamados de Homero. Puramente burlesco es el proemio al gobierno de Sancho en demanda de inspiracion á Apolo: «O perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aqui, Febo alli, tirador acá, medico acullá, padre de la poesia, inuentor de la musica, tu que siempre sales (y aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, o Sol con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: a ti digo, que me fauorezcas, y alumbrés la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gouierno del gran Sancho Pança, que sin ti, yo me siento tibio, desmaçalado, y confuso» (II, 45, 168). De memoria sabéis cómo se figuraba Don Quijote que había de empezar el cuento de su primera salida el sábio que la hubiere de escribir: «A penas auia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas auian saludado con dulce, y meliflua armonia la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del Manchego Orizonte, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante y començô a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel» (I, 2, 4). Y qué descripcion épica de ejércitos puede compararse en inventiva, velocidad, ritmo y viveza con la del capítulo XVIII: «Y has de saber Sancho, que este que uiene por nuestra frente le conduze, y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado braço...» etc. (I, 18, 66...). Y la del caballero andante que llega á la corte y se enamora de la Infanta (I, 21, 85), donde resume Cervantes las historias caballerescas, cortadas todas por el mismo patron. Y la del otro que se lanza en el lago de pez (I, 50, 263), y se encuentra en unos floridos campos y llega á un castillo, con las demas quimeras que Don Quijote tiene por tan gustosas, y por las que pretende persuadir al Canónigo á la lectura de sus libros.

Los Duques quisieron tratar á nuestro hidalgo como caballero andante, con lo cual tiene ocasion Cervantes de remedar otras mu-

chos pasos caballerescos, pero oscureciéndolos con lo gallardo y magnífico de sus descripciones. Baste citar el encuentro con una bella cazadora (II, 30, 114), el épico desencanto de Dulcinea (II, 34, 132), lo de la Condesa Trifaldi (II, 36, 141 y 37, 144, y 38, 145, y 39, 149), lo de Clavileño (II, 41, 153), etc.

Los discursos de Don Quijote estan en un lenguaje noble y hasta majestuoso. El famosísimo de la edad dorada pedía una galanura que equivaliese á poesía diluída en rítmica prosa, y á la verdad no hay trozo castellano que en este punto se le pueda comparar (I, 11, 33). Ese ritmo pende en gran parte de la colocacion de las palabras en la frase, y de las frases en la oracion, y exige gran soltura en el manejo de la construcción castellana. Cámbiese la construcción ó múdese tan solamente la colocacion de las palabras, y á pesar de subsistir las ideas el discurso parece otro, por haber perdido la música que acompañaba al libreto, y que en ocasiones semejantes es tan indispensable ó mas que él para la belleza artística de la obra. «Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles, formauan su republica las solícitas, y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo...» Es un paisaje de tintas ténues y arreboladas que se esfuman, pasando la vista tan suavemente de un color á otro por manera tan delicada, que rueda sin obstáculo de objeto á objeto tranquila, sosegadamente.

Es notable entre los discursos de Don Quijote, dejando á un lado los conocidos de las armas y las letras (I, 38, 199), y de los libros de caballerías (I, 47 y 48), el que pronunció respondiendo al grave eclesiástico de casa de los Duques. Por la suave insinuacion y el reposo lleno de seriedad con que comienza se ve la borrasca que aquella severa é intemperante reprension había levantado en el honrado pecho del hidalgo. El respeto que á los Ministros de Dios profesaba le hace represar la ira, que en otro caso estallara de un golpe. Pero por lo mismo conforme va adelantando el discurso y van amontonándose las razones crece el calor y movimiento. Verdad es que la ira era mas bien de Cervantes, el cual se había despachado á su gusto en un párrafo lleno de elocuencia vigorosa, al presentarnos ente tan severo, tan mangoneador y tan mandon: «y con ellos un graue Eclesiastico, destos que gobiernan las casas de los Principes, destos que como no nacen Principes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus animas: destos que queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hazen ser miserables: destos tales digo que deuia de ser el graue Religioso»

(II, 31, 118). Y ya que de elocuencia se trata, permitidme recordaros el lugar en que Cervantes la llevó al mas alto grado. Refiérome al Prólogo de la segunda parte, donde responde al cargo que le había hecho Avellaneda de ser viejo y manco. Sin querer se nos viene á las mientes al leer este trozo, el mas elocuente que en ocasion parecida pronunció Demóstenes, cuando en el Discurso de la Corona se hace cargo de lo que Esquines le había imputado en razon de haber abrazado una política que llevaba á Atenas á su ruina. Aunque así fuera, responde Demóstenes, debiera haber seguido mis consejos, que eran salir en defensa de la libertad de la patria, y á continuacion evoca los héroes de Maraton y todas las glorias pasadas de la ciudad.

Los consejos de Don Quijote á Sancho para su gobierno (II, 42 y 43) son tan nobles en el lenguaje como profundos y discretos en el fondo, y no hay para qué citarlos.



Pero en lo que nadie igualó jamas á Cervantes, ni en castellano ni creo que en lengua alguna, es en los diálogos de Don Quijote y Sancho, de Sancho y su mujer Teresa, de entrambos con los Duques. Sabido es que el diálogo es la piedra donde tropiezan los que no son grandes literatos, y que es lo mas dificultoso del arte literario. Esto supuesto no tengo que añadir mas que una sencilla observacion. Dos hombres, llena el uno la cabeza de sus quimeras caballerescas, forrado el otro de la prosa de la vida de pies á cabeza, andan por esos campos día tras día sin otro objeto grandioso sobre que disertar, y el lector lee hojas y mas hojas, capítulos y mas capítulos, riendo á cada paso, devorando aquellos preciosísimos chistes que brotan del contraste de tan antagónicas maneras de pensar de amo y mozo, hallando siempre cosas nuevas, sin cansarse mas que cuando otros acontecimientos vienen á cortar ese diálogo maravilloso, que desearía no se acabara jamas.

He ahí el gran triunfo de Cervantes, la potencia sin igual de su inventiva, la inagotable vena de su ingenio. Y es que Don Quijote es un Amadis, que lleva en su cabeza todo aquel tenderete de encantadores, endriagos, vestiglos, gigantes, enanos, castillos, ejércitos, caballeros, reyes, infantas, hadas y demas baratijas caballerescas, y no encuentra, mal pecado, por esos llanos de la Mancha mas que molinos de viento, batanes, manadas de carneros, yangüeses, Maritornes, venteros, y un prosáico Sancho Panza por añadidura, que solo

piensa en empujar la bota, llenar las alforjas, pedir salarios y esperar ínsulas. Aquel amor ilegítimo y fatal, mas poderoso que el honor, que la sangre y que la muerte, que arrastraba cual ídolo hecho de iman á los caballeros andantes, ha tomado en la cabeza de nuestro hidalgo la forma todavía mas ideal de Dulcinea, y la mala ventura de la realidad solo le ofrece una aldeana carirredonda y chata. Lleva en la uña de los dedos el código del honor, del caballerismo, de la cortesía, y tiene que habérselas con toda suerte de gente soez, con galeotes, yangüeses, venteros y cuadrilleros. Jamas se encontraron mas cara á cara el idealismo mas exagerado y el realismo mas brutal. El choque habia de ser tan tremendo, como el que en las edades cosmogónicas hubo entre el hidrógeno y el oxígeno, de cuya combinacion con horrisono estampido resultaron las aguas de los mares. No para dos; para cuatro, para cuarenta partes, tenía tela cortada Cervantes con su inagotable ingénio en asunto tan apropiado á su carácter.

Y en ese incansable y maravilloso dialogado el todo es la lengua castellana, pincel realista que colora y sombrea el medio real y los personajes reales, á donde da de bruces el idealismo caballeresco del loco hidalgo. El habla popular castellana de Sancho, de Teresa Panza, de Sanchica, de los galeotes, de los venteros, esas hablas rústicas y poco cultas al decir de retóricos superficiales: ese es el gran pincel con que Cervantes pintó sus cuadros realistas y escribió la primera y la mejor de las novelas modernas. En esas hablas está todo el primor, el jugo, la fuerza de la lengua castellana. Cervantes es único en su manejo. Todas las explicaciones no daran á entender lo que es ese lenguaje, que hay que oirlo. Podéis abrir el *Quijote* por donde se os antoje, y con tal que allí hablen Sancho ó cualquiera de esas otras gentes del pueblo, podéis leer. No hay aquí donde escoger, porque no parece sino que Cervantes suelta la pluma y se retira, dejándolos hablar á ellos mismos: tan ellos mismos son siempre desde el principio hasta el fin de la novela. El artista no ha puesto allí la mano; esos dichos, esas frases han sido trasladados al papel por medio del fonógrafo.

Esto es sencillamente portentoso, estupendo. Una máquina no teje mas igual, que habla Sancho, siempre que abre la boca. Y con todo, Sancho no se repite, las frases son siempre distintas; pero es que Sancho es siempre el mismo, hombre de carne y hueso, no hombre creado por la fantasía. Leed «la sabrosa plática que la Duquesa y sus donzellas passaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note», dice el mismo Cervantes (II, 33), ó «la discreta y graciosa plática que passo entre Sancho Pança, y su mujer Teresa Pança» (II, 5), ó el diálogo entre Don Quijote y Sancho despues de los consejos

(II, 43, 162), ó la cena del gobernador (II, 47, 176), ó su ronda (III, 49, 183), ó la memorable noche de los batanes (I, 20), ó la no menos memorable del Toboso (II, 9 y 10). Verdad es que todos los Panzas eran de la misma cepa; y sin embargo al hablar, Teresa, Sanchica y Sancho son tres personas distintas, y las tres de un pueblo, de una familia. Porque no son concreciones de caracteres morales abstractos; sinó personas verdaderas, arrancadas al pueblo español. Véase el diálogo de Teresa y su hija con el paje, el Cura y el barbero (II, 50, 190), y las cartas cruzadas entre marido y mujer, y entre ésta y la Duquesa (II, 52, 200). Pero si continuamos recordando pasajes, tendremos que leer el índice de toda la obra; solo añadiré el polidíálogo entablado en la venta con ocasion de la albarda (I, 44, 238 y 45). Paso por alto el noble lenguaje de los Duques, el irónico del Cura, el dueñesco de las dueñas, el casero del ama y la sobrina.

••

Solo quiero que os fijéis en lo que tiene ese lenguaje de popular, á pesar de ser tan variado como los personajes, en lo que forma la gracia del lenguaje de los Panzas y da á entender el génio característico del castellano: ese decir sentencioso y arrefranado, de cortes bruscos y vigorosos, de transposiciones y elipses, que hacen resaltar el vocablo principal, ese gracejo en las antítesis, hipérbolos y equívocos maliciosos, sobre todo esa ironía y segunda intencion, ese humorismo en fin, que los ingleses han llamado cervántico porque Cervantes es el escritor que mejor ha sabido interpretarlo y ponerlo en sus novelas, pero que pertenece al habla popular y al carácter español. Ese lenguaje en toda la fuerza de sus idiotismos hay que oirlo, cuando hablan los estudiantes, el Licenciado y Corchuelo, el socarron de Carrasco y los galeotes: ese es el lenguaje de la novela picaresca.

El habla picaresca es la flor y nata del castellano, es la quintaesencia del génio idiomático, porque es la quintaesencia del génio y del carácter nacional. Por eso nada tiene de extraño que la novela picaresca haya nacido y sea exclusiva de España: es, al decir de Haan, la mayor gloria literaria española, por lo menos la mas duradera é influyente en la literatura universal. Es el género propio que nace del carácter nacional y de la lengua castellana. Cervantes por españolismo, por propension innata, fué el primer novelista picaresco. Mas de la mitad de sus obras son picarescas, descollando sobre las demas aquel cuadro admirable que se llama *Rinconete y*

Cortadillo, y aquella galería de cuadros, engastada en una concepción mas filosófica que la de *Lucio ó el Asno* atribuído á Luciano, ó la del *Asno de oro* de Apuleyo, y que se llama *Coloquio de los perros*. Todo el realismo que avalora el estilo novelesco de Cervantes, quiero decir toda su paleta, se debe al habla picaresca, que en mayor ó menor dosis se halla en todos los personajes populares de sus obras, como se halla de hecho en el habla popular castellana de las diversas clases sociales. Cervantes fué aficionadísimo de la *Celestina*, que pinta la tercería y rufanesca, del *Lazarillo*, cuyo asunto es el hambre nacional y los humos de hidalguía, de *Guzman de Alfarache*, que trata de las diversas manifestaciones del engaño y de la vida aventurera. Pero sin duda le enseñaron mas y mejor su experiencia propia, sus malandanzas, su estancia en Sevilla, junto con la predisposición natural de su carácter y de su ingenio.

La sávia picaresca corre por todo el *Quijote* y de pura novela caballeresca lo convierte en la comedia trascendental de la vida humana. Quitadle esa sávia, y el *Quijote* dejaría de ser lo que es, porque sería quitarle ese realismo español, en el que contrastando los nobles y sublimes ideales del hidalgo Manchego, nos lo presenta como un sublime loco. Pero en particular el capítulo de los galeotes condensa en breve espacio el modelo mas acabado del género. El que mejor castellano habla en todo el *Quijote* no es Don Quijote, ni Sancho; es Gines de Pasamonte, de no ser Ginesillo de Parapilla. Lo cual significa, por cuanto acabo de decir, que el redomado de Maese Pedro es sencillamente el que mejor ha hablado en castellano desde que el castellano se habló. «Por sus pulgares dijo que tenía escrita su vida, que no hay mas que desear. Mal año para Lazarillo de Tormes, y para cuantos de aquel género se han escrito, o se escribieren.» A fé que si estaba tan bien escrita como habla en el *Quijote*, que no se engañaban ni él ni Cervantes (I, 22, 91 vuelto, abajo y 94).

Despues de oír hablar á Pasamonte, lo mejor que se puede hacer es callarse, pensar, y todo lo mas hablar por señas, imitando al jumento, que se quedó «cabizbaxo, pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auía cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos» (ibid).



Resumamos, pues, diciendo como en fórmula general, que Cervantes es el monarca de la novela y el *Quijote* la mejor novela del mundo. En el *Quijote* nos dió la mejor novela caballeresca, la mejor

de sus novelas ejemplares, la mejor novela picaresca, y la mejor novela realista moderna. El *Quijote* es la tumba de los géneros literarios antiguos llamados á desaparecer y de los géneros de transición: en él fenecen y se trasforman el género caballeresco, el género italiano, el género pastoril. El génio flexible de Cervantes se inspiró en todos los modelos que le precedieron; pero su realismo español al infundir nueva sangre en la novela, la transformó, dejándolos á todos ellos oscurecidos y creando la novela moderna de caracteres y de costumbres.

La lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento de su mayor esplendor, y en el *Quijote* presenta los mas acabados modelos en toda su rica variedad de tonalidades y matices, del habla caballeresca y anticuada, del habla erudita, del habla popular, del habla pastoril, del habla picaresca.



ÍNDICE ANALÍTICO

<u>Párrafo.</u>	<u>Página.</u>
A GUISA DE PRÓLOGO	IX
INTRODUCCION	1
1 GRAMÁTICA.—Nociones preliminares	13
2 TRATADO I.—ORTOLOGÍA Y ORTOGRAFÍA	17
3 Vocales	19
4-5 Consonantes en general	21
6 <i>b, v</i>	26
7 Líquidas y nasales	30
8 <i>c, ç, z</i>	35
9 <i>j, y, ge, x</i>	42
10 Silbantes	50
11 <i>f, h</i>	52
12 TRATADO II.—FONÉTICA	59
13 I. VOCALISMO LATINO-CASTELLANO.—1. Efectos debidos á la acentuacion	60
14 Vocales tónicas	70
15 Vocales átonas iniciales	74
16 Vocales finales	77
17 Vocales pretónicas no iniciales	79
18 Vocales postónicas no finales	81
19 2. Efectos debidos á la vecindad de los sonidos	82
20 Reunion de vocales	84
21 Diptongacion	87
22 Contraccion	87
23 Pérdida de vocales	89
24 Influjo de las vocales en las vocales	90
25 Influjo armónico en las tónicas	91
26 Influjo armónico en las iniciales	92
27 Influjo de las consonantes en las vocales	93
28 II. CONSONANTISMO LATINO-CASTELLANO	96
29 1. Explosivas fuertes (<i>k, p, t</i>)	99
30 2. Explosivas suaves (<i>d, b, g</i>)	103

Párrafo.		Página.
31	3. Explosivas fuertes combinadas entresí y con las suaves.	106
32	4. Explosivas fuertes palatizadas (<i>ce, ci, z</i>).....	108
33	5. Explosivas suaves palatizadas.....	111
34-35	6. Consonantes <i>h, f, j</i> (<i>i</i> consonante).....	112
36	7. Silbantes.....	114
37	8. Líquidas (<i>r, l, n, m</i>).....	116
38	9. Fenómenos varios: parasitismo.....	120
39	Metátesis.....	122
40	Permutacion de sonidos, pérdida de consonante... ..	122
41	Consonantes finales.....	124
42	TRATADO III.—MORFOLOGÍA.	127
43	CAPÍTULO I.—El verbo.	128
44	Infinitivo.....	130
45	Participios y gerundio... ..	132
46	Presente indicativo.....	133
47	Presente subjuntivo.....	134
48	Imperativo.....	134
49	Imperfecto indicativo.....	135
50	Pretérito perfecto indicativo.....	136
51	Pretérito y futuro de subjuntivo.....	139
52	Futuro imperfecto de indicativo y potencial.....	140
53	Verbos irregulares.....	141
54	Primera clase: <i>z, g, y</i>	142
55	Segunda clase: que diptongan <i>e, o</i>	143
56	Tercera clase: que cambian <i>e, o</i> en <i>i, u</i>	144
57	Cuarta clase: que diptongan y cambian <i>e, o</i>	146
58	<i>Haber, ser, ir, placer</i>	147
59	CAPÍTULO II.—Pronombres ó demostrativos.	148
60	1. Personales... ..	149
61	2. Personales posesivos.....	151
62	3. Reflexivo y recíproco.....	153
63	4. Demostrativos.....	153
64	5. Relativos ó interrogativos.....	155
65	6. Indefinidos.....	156
66	CAPÍTULO III.—Nombre y adjetivo.	156
67	Estructura de nombres y adjetivos.....	157
68	Géneros.....	159
69	Apócope en nombres y adjetivos.....	161
70	Número en nombres y adjetivos.....	161
71	Comparativo y superlativo.....	163
72	CAPÍTULO IV.—Derivacion.	164
73	Elementos derivativos.....	170
74	Sufijos.....	173
75	Prefijos.....	196
76	CAPÍTULO V.—Composicion.	200
77	Repeticion.....	201

Párrafo.		Página.
78	TRATADO IV.—SINTAXIS	205
79	PRIMERA PARTE.— Sintaxis de la proposición simple.....	207
80	Complementos.....	210
81	CAPÍTULO I.— El predicado, el verbo.....	211
82	Complementos predicativos, verbos auxiliares.....	212
83	Verbos auxiliares.....	214
84	Elipsis del predicado.....	216
85	Las voces verbales.....	217
86	Verbos de estado.....	219
87	Verbos activos transitivos.....	219
88	Verbos activos intransitivos.....	221
89	Verbos reflexivos.....	221
90	Verbos recíprocos.....	225
91	Verbos pasivos.....	226
92	Verbos impersonales.....	228
93	Verbos unipersonales.....	231
94	Los modos verbales.....	234
95	Indicativo.....	234
96	Imperativo.....	235
97	Subjuntivo.....	237
98	Subjuntivo hortativo.....	238
99	Subjuntivo optativo, concesivo, final.....	239
100	Tiempos verbales.....	240
101	Cuadro de los tiempos.....	242
102	Indicativo: <i>Amo</i>	243
103	<i>He amado</i>	245
104	<i>Amé</i>	245
105	<i>Hube amado</i>	247
106	<i>Amaba</i>	247
107	<i>Había amado</i>	248
108	<i>Amaré</i>	248
109	<i>Habré amado</i>	249
110	<i>Amaría</i>	249
111	<i>Habría amado</i>	252
112	Subjuntivo: <i>ame, haya amado</i>	253
113	<i>Amase, hubiese amado</i>	254
114	<i>Amara, hubiera amado</i>	255
115	Subjuntivo optativo: <i>amase, amara</i>	259
116	<i>Amare, hubiere amado</i>	259
117	Imperativo ó infinitivo.....	262
118	Otras formas compuestas con auxiliares.....	263
119	CAPÍTULO II.— El sujeto.....	267
120	Elipsis del sujeto.....	268
121	Determinativos del sujeto.....	269
122	Nombre indeterminado.....	269
123	Nombre genérico ó universal, el artículo.....	271

Párrafo.		Página.
124	El artículo con nombres propios, etc	274
125	Nombre particular	277
126	Nombre individual, demostrativos	279
127	Valor de los demostrativos	280
128	El pronombre en lugar del nombre... ..	282
129	El neutro	283
130	Adjetivos neutros.....	285
131	El artículo como sustantivador.....	287
132	CAPÍTULO III.—Complementos atributivos.....	289
133	Adjetivo atributivo.....	291
134	Observaciones sobre su empleo.....	293
135	Participio en <i>-ado, -ido</i>	293
136	Adjetivo verbal en <i>-nte</i>	294
137	Preposicion <i>de</i> con los atributos.....	295
138	El adjetivo se hace nombre.....	296
139	Adjetivo con artículo, y sin nombre	296
140	Nombre con <i>de</i>	297
141	Nombre con otra preposicion.....	297
142	Adverbio con <i>de</i>	298
143	Aposicion.....	299
144	Adjetivo modificado adverbialmente	299
145	Frase atributiva.....	300
146	CAPÍTULO IV.—Complementos del predicado.	301
147	Los términos verbales.....	302
148	Término directo, <i>a</i>	302
149	Objeto intrínseco.....	305
150	<i>Lo, la, las, le</i> como término especial	305
151	Doble término objetivo.....	306
152	Término indirecto.....	307
153	Dativo de interés.....	308
154	Afijos pronominales del verbo	309
155	Sufijos del infinitivo y gerundio.....	310
156	Empleo simultáneo de prefijos y sufijos ó nombres . . .	311
157	Combinacion de sufijos y prefijos	312
158	Valor y empleo de los sufijos.....	312
159	Los demas términos verbales.....	315
160	Las preposiciones	316
161	<i>A</i>	317
162	<i>Ante</i>	319
163	<i>Bajo</i>	319
164	<i>Con</i>	319
165	<i>Conforme</i>	320
166	<i>Contra</i>	320
167	<i>De</i>	320
168	<i>Desde</i>	324
169	<i>En</i>	324

Párrafo.		Página.
170	<i>Entre</i>	326
171	<i>Hacia</i>	327
172	<i>Hasta</i>	327
173	<i>Par</i>	328
174	<i>Para</i>	328
175	<i>Por</i>	329
176	<i>Segun</i>	332
177	<i>Sin</i>	332
178	<i>So</i>	332
179	<i>Sobre</i>	333
180	<i>Tras</i>	333
181	Otras preposiciones.....	334
182	Observaciones acerca de las preposiciones.....	334
183	Adverbios.....	336
184	Adverbios correlativos.....	337
185	Adverbios de lugar.....	338
186	Adverbios de situacion en el espacio.....	341
187	Adverbios de tiempo.....	345
188	Adverbios de modo.....	349
189	Adverbios de cantidad.....	353
190	Adverbios subjetivos.....	358
191	Observaciones sobre los adverbios.....	363
192	Adjetivo neutro adverbial.....	364
193	Adverbios prepuestos.....	364
194	Adverbios pospuestos.....	365
195	Frases adverbiales, con preposicion.....	365
196	Frases adverbiales, sin ella.....	368
197-198	CAPÍTULO V.—La concordancia.....	369
199	SEGUNDA PARTE. —Sintaxis de la proposicion compuesta.....	377
	I. Parataxis.....	378
200	CAPÍTULO I.—Período copulativo.....	378
201	1. De adicion.....	379
202	Síndeton, asíndeton.....	381
203	Enumeracion.....	382
204	Repeticion de un término.....	383
205	2. De gradacion.....	384
	CAPÍTULO II.—Período adversativo.....	388
206	1. Restrictivo.....	388
207	2. Exclusivo.....	392
208	CAPÍTULO III.—Período disyuntivo.....	394
	CAPÍTULO IV.—Período causal é ilativo.....	395
209	1. De causa.....	395
210	2. De consecuencia.....	397
211	II. Hipotaxis.....	398
212	Paréntesis.....	400

Párrafo.		Página.
213	Tiempos simples de indicativo en las proposiciones compuestas.	401
214	CAPÍTULO I.—Hipotaxis sustantiva, infinitivo.	402
	1. Oraciones sustantivas de objeto.	406
215	a) Con infinitivo.	406
216	b) Con verbo finito y conjuncion.	410
217	El <i>que</i> redundante.	411
218	Oraciones objetivo-interrogativas.	411
219	Infinitivo detras de <i>que</i>	414
220	Modos y tiempos en las objetivas.	414
	2. Oraciones sustantivas de sujeto.	418
221	a) Con infinitivo.	418
222	b) Con verbo finito y conjuncion.	420
	3. Oraciones sustantivas finales.	422
223	a) Con infinitivo.	422
224	b) Con verbo finito y conjuncion.	424
	4. Oraciones sustantivas de atributo.	425
225	a) Con infinitivo.	425
226	b) Con verbo finito y conjuncion.	428
227	5. Oraciones sustantivas adverbiales.	429
	CAPÍTULO II.—Hipotaxis adjetiva.	432
228	1. Con relativos.	432
229	El <i>que</i> sin preposicion.	433
230	Frasas negativas con <i>que</i> y su redundancia.	434
231	Modos y tiempos.	434
232	Otros relativos en vez de <i>que</i>	435
233	<i>El que, la que, los que, las que, lo que, que</i> muletilla.	435
234	Conversion de otras oraciones en relativas.	438
235	Trasposicion del relativo.	439
236	Prolepsis del predicado.	440
237	Infinitivo en las relativas.	441
238	<i>Quien, quienes</i>	442
239	<i>Cuyo</i>	443
240	<i>El cual, la cual, lo cual, etc.</i>	444
241	Repeticion del relativo, y su uso simultáneo con el nombre.	445
242	2. Con gerundio.	445
243	CAPÍTULO III.—Hipotaxis adverbial.	449
	1. Oraciones de espacio, tiempo y modo.	449
244	Gerundio circunstancial.	450
245	Adjetivo circunstancial.	453
246	Adjetivo circunstancial neutro.	454
247	Giro: <i>libre que se vió, etc.</i>	456
248	De espacio y tiempo con infinitivo.	457
249	De espacio con conjuncion.	457
250	De tiempo con gerundio.	459

Párrafo.		Página.
251	De tiempo con gerundio y <i>en</i>	461
252	Giro: <i>en poniendo que puso</i>	462
253	De tiempo con conjuncion.....	462
254	De modo con gerundio.....	466
255	De modo con infinitivo.....	468
256	De modo con conjuncion.....	470
	2. Período hipotáctico causal.....	471
257	a) De causa.—Con gerundio.....	471
258	Con infinitivo.....	473
259	Con conjuncion.....	474
260	b) De condicion.—Con conjuncion.....	475
261	Observaciones acerca de las condicionales.....	482
262	Con otras conjunciones que <i>si</i>	484
263	Con infinitivo.....	486
264	Con gerundio.....	486
265	c) De concesion.....	487
266	3. Período hipotáctico de comparacion.....	492
	a) De cualidad ó modo.....	493
267	b) De cantidad.—De igualdad.....	497
268	De desigualdad.....	499
	TERCERA PARTE. —Figuras sintácticas. Estilo.....	504
269	1. Oraciones optativas y suplicativas.....	507
270-271	2. Oraciones interrogativas y exclamativas.....	508
272	3. Forma directa é indirecta.....	515
273	4. Elipsis.....	516
274	5. Pleonasmó.....	519
275	6. Prolepsis.....	523
276	7. Anacoluto.....	525
277	8. Colocacion de las palabras.....	527
278	9. Trasposicion.....	530
279	Otras figuras retóricas.—Equívocos.....	531
280	Hipérbole.....	533
281	Símiles.....	534
282	Antítesis.....	536
283	Correccion.....	536
284	Dialogismo, soliloquio, coloquio, dubitacion, epifonema.....	537
285	Atenuacion, paradoja, hipotiposis, ironía.....	538
286	Sinédoque.....	539
287	Metonimia, metáfora y alegoría.....	540
288	Descripciones, discursos.....	540
289	Sátiras.....	541
290	Cervantismos, chistes.....	541
	EL «QUIJOTE» Y LA LENGUA CASTELLANA.....	545



ERRATAS

Página.	Línea	DICE	PÓNGASE
2	23	Bayardo	Boyardo
4	19	(I, 3, 12)	(II, 3, 12)
41	4	(z, g, ce, ci)	z (y ce, ci)
55	15	go	(quítese)
113	40	yuntar	juntar
174	8	en	(quítese)
214	8	vendito	bendito
232	15	El impersonal	El unipersonal
247	9	una	aun
274	5	bodas	todas
281	28	quartal pan	quartal de pan
370	13	llays	yais
421	7	(Bórrese todo el ejemplo.)	
424	33	paresque	paresee
436	4	en el sujeto de las	en las
439	29	relaciones	oraciones
452	22	moral	modal
479	15	(Bórrese todo el ejemplo.)	
480	21	(Póngase al fin del número 1)	



ERATAS

☪ *Fué impreso este libro en Madrid, en casa de Jaime Ratés:
se empezó el día veinticinco de Marzo de MCMV
y se acabó el quince de Abril
del mismo año.*



OTRAS OBRAS DEL AUTOR

GRAMÁTICA GRIEGA, *según el sistema histórico-comparado*. Librería de Juan Gili.—Cortes, 223, Barcelona. Ptas. 15.

Obra recomendada por los mejores helenistas, nacionales y extranjeros, y que sirve de texto y al propio tiempo de consulta para los señores Profesores y para cuantos deseen tener una idea completa de la hermosa lengua de los Helenos.

Juicio de D. Marcelino Menéndez y Pelayo acerca de esta importantísima obra.

«Sr. D. Julio Cejador y Frauca.»

Muy señor mío y de todo mi aprecio: Felicito á usted sinceramente por la publicación de su GRAMÁTICA GRIEGA, de la cual ha tenido la bondad de remitirme un ejemplar. En mi humilde parecer, esta obra significa el principio de una nueva era para los estudios helénicos, hoy tan decaídos entre nosotros.

Aventaja mucho, en método y copia de doctrina, á todas las Gramáticas publicadas en España, y no creo que quede deslucida en comparación con las extranjeras. Su autor se muestra enterado de todos los progresos de la filología clásica, y esto no de un modo atropellado y superficial, sino con pleno y maduro conocimiento, y con la habilidad necesaria para adaptar los resultados de esta investigación al estado actual de nuestra cultura.

La creo más útil para la enseñanza que la de Curtius, y más completa en algunos puntos.

Si la obra de usted llega á introducirse en nuestras escuelas, creo que ha de producir excelentes frutos, á pesar del corto tiempo que se dedica á esta clase tan fundamental.

De usted afectísimo seguro servidor, q. b. s. m.,

M. Menéndez y Pelayo.»

EL LENGUAJE.—Serie de estudios, de los que van ya publicados tres tomos.

Tomo I.—INTRODUCCION AL ESTUDIO DEL LENGUAJE.—Agotada.

Tomo II.—LOS GÉRMENES DEL LENGUAJE. *Estudio fisiológico y psicológico de las voces del lenguaje, como base para la investigación de sus orígenes.*—En España Ptas. 10.

Tomo III.—EMBRIOGENIA DEL LENGUAJE. *Su estructura y formación primitivas, sacadas del estudio comparativo de los elementos demostrativos de las lenguas.*—En España Ptas. 12.

.....

Desenterrar las raíces del lenguaje, poner al descubierto la lengua primitiva, declarar y demostrar con pruebas de todos los géneros y con ejemplos de todos los idiomas que esa lengua primitiva es el *eúskera* ó bascongado, y proclamar que las formas elementales de ella son las voces dictadas por la naturaleza ó sugeridas por el simple funcionamiento del organismo á los primeros hombres, y conservadas vivas al través de siglos y siglos en ambas vertientes de la región pirenaica donde el basco y sus dialectos viven, es lo que hasta ahora ha iniciado Cejador en el primer tomo ó prólogo de su maravilloso libro *El Lenguaje* (Salamanca, 1901), ha expuesto en el segundo tomo *Los Gérmenes del Lenguaje* (Bilbao, 1902), y acaba de probar cumplidamente en el tercer volumen *Embriogenia del Lenguaje* (Madrid, 1904). En los dos primeros tomos exponía con lucidez pasmosa un novísimo, claro y racional criterio para tratar la cuestión. Ya en ellos se comprendía que era Cejador un *monista* convencido, un Haeckel de la ciencia



lingüística, un psicólogo de la fuerza de los Wundt y de los Sergi, un observador é inductor de la talla de los Max Müller y de los Spencer. Pero en este último volumen, al tratar de la *Embriogénesis del Lenguaje*, fundando la investigación en el estudio de las palabras demostrativas de todos los idiomas del mundo, construyendo, como repetiría Adelung, el *Mitridates del yo*, del *tú*, del *él*, del *nosotros*, etcétera, para lo cual le ha sido necesario recorrer y manejar cuantas gramáticas y cuantos léxicos existen relativos á las innumerables formas de hablar notorias en el planeta, Cejador se presenta á nuestros ojos como el hombre que ve claro y que claro habla, cual veía Platón el divino, cual hablaba Renan el humano.

.....

«Pero, por honra de España, bueno será creer que existe alguien capaz de menospreciar esas ratoniles pequeñeces. Alguien habrá á quien, si no le convence la inteligencia, le conmovirá hondamente el corazón el hecho de que un sabio español, pobre, solo y sin ayuda oficial ni títulos académicos hasta hace pocos días, haya fundado una doctrina completa, lógica, y por lo menos científicamente aceptable acerca del primer idioma que se habló en la tierra, y haya probado que ese idioma fué el que hablan los campesinos y los trabajadores en una región de las más pobladas y cultas de nuestro país.»

.....

«El idioma primitivo no es un invento de los hombres.»

Claro es, por consiguiente, que la lengua primitiva fué inventada por Dios. ¿Cómo? Como inventa Dios las cosas, creando organismos naturales y haciéndolos servir á necesidades naturales también. Imposible parece que hayan transcurrido tantos siglos sin que los sabios llegaran á persuadirse de esto, de que el hablar es tan natural y tan necesario como el andar y el digerir, y si conocemos la digestión y la locomoción estudiando anatómica y fisiológicamente los órganos en ellas empleados sin andarnos con elucubraciones metafísicas sobre el páncreas ó sobre el tendón de Aquiles, necio será creer que podemos conocer el origen del lenguaje si no estudiamos los órganos y las funciones naturales del habla.»

F. Navarro y Ledesma.

.....

«Pero en donde resulta probada hasta la evidencia más convincente la unidad originaria de todas las lenguas que se hablan en nuestro planeta, es en el estudio que el Sr. Cejador hace en el capítulo V de la obra, de los grupos XI y GU, empleados ambos para significar la primera persona, el YO y el NOS, por todas las lenguas del mundo.»

.....

«Léase la obra del Sr. Cejador; estúdiense con el detenimiento que mereos objeto tan profundo y tan transcendente; téngase la debida preparación para comprender algunos cambios fónicos que son muy normales y ordinarios y concede todo el que haya estudiado, no muchas lenguas, sino sólo las de una familia, y se verá que las deducciones del Sr. Cejador son tan lógicas y conformes á las leyes de la lingüística, que puede afirmar, como lo hace, que no ha torturado ningún grupo fónico para derivarlo de otro. Y no puede menos de suceder esto; y no puede ser más legítima la conclusión del autor, dada la base sobre que asienta su teoría.»

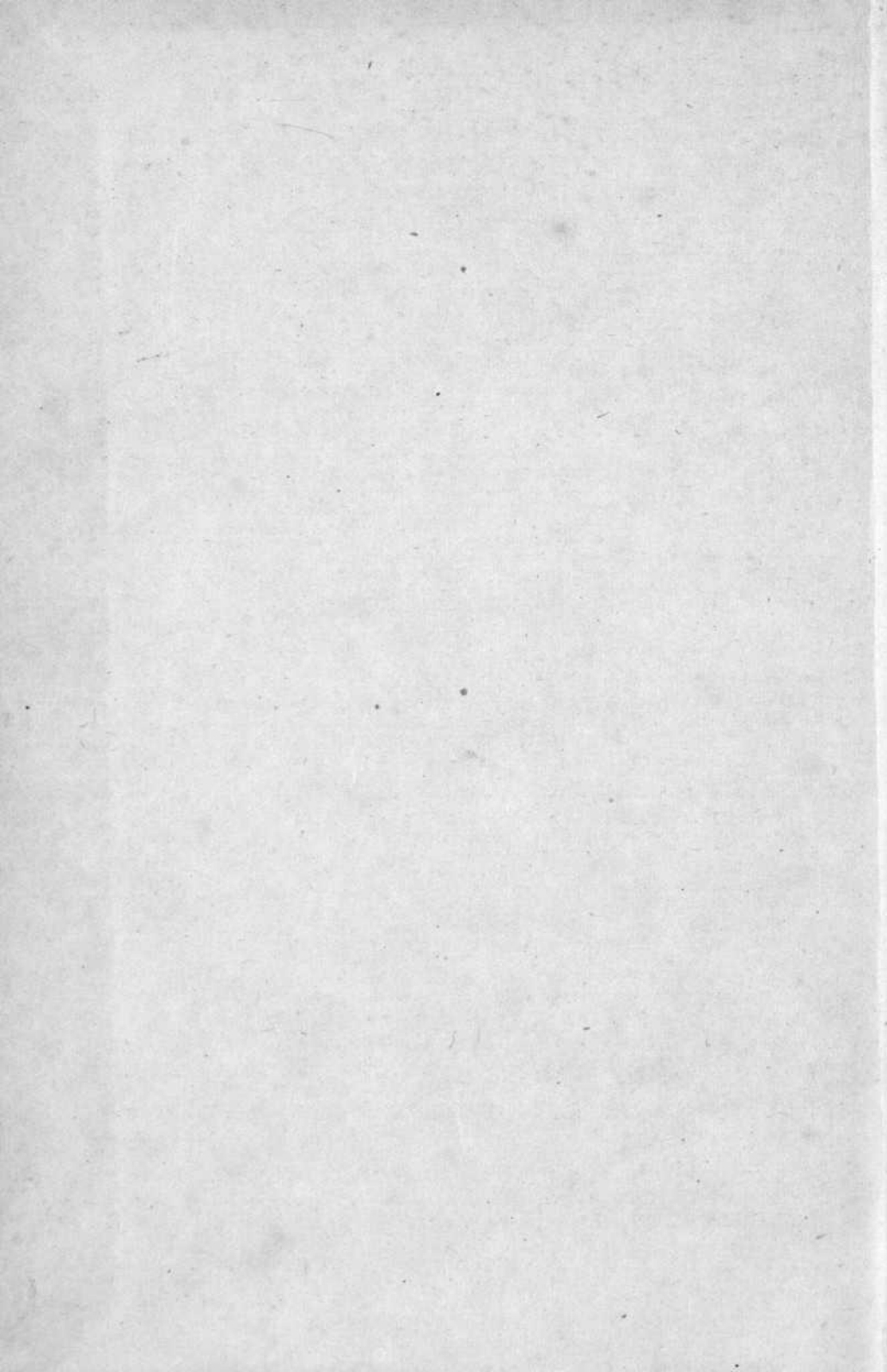
José Alemany.

Profesor de la Universidad Central.

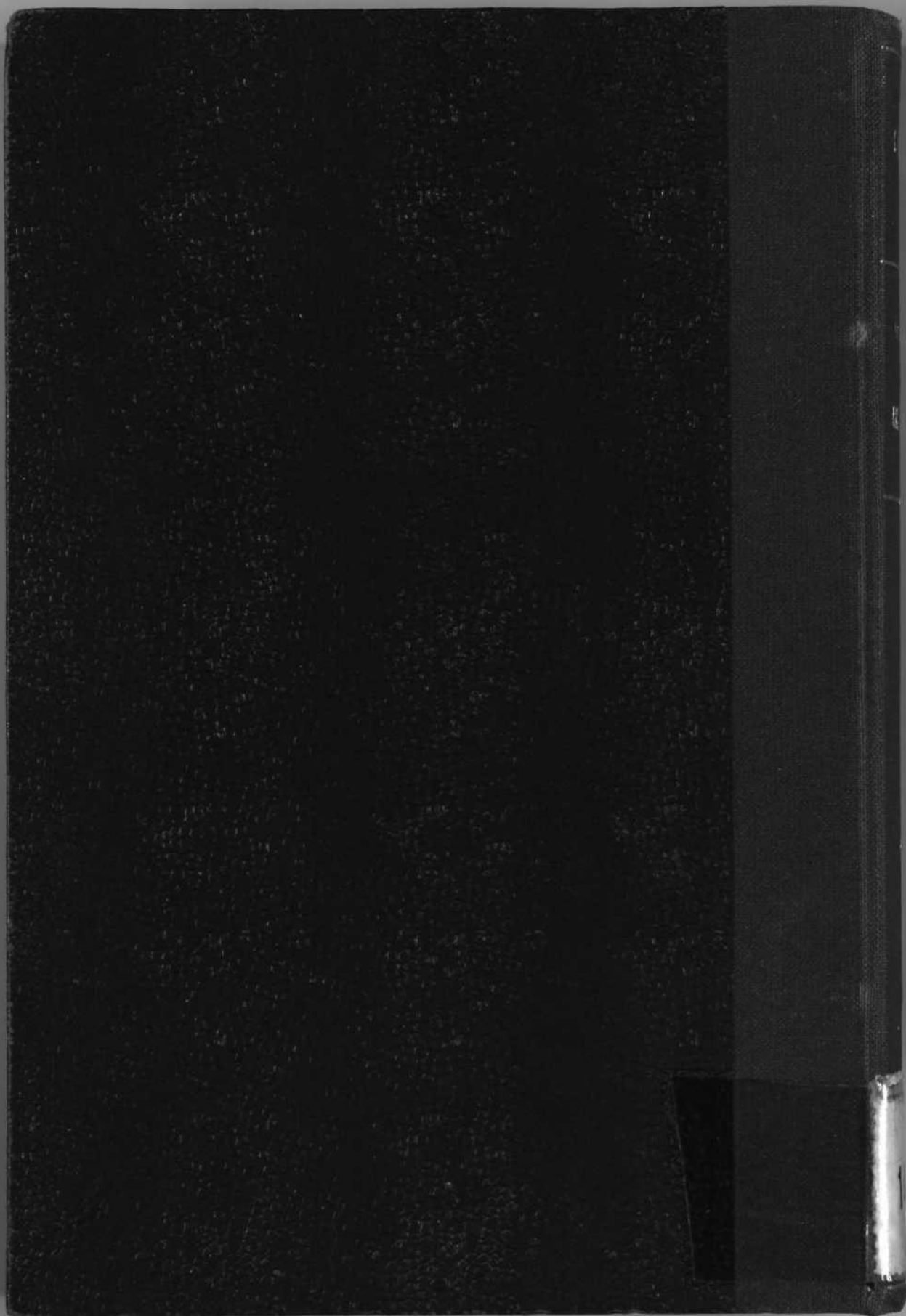
ETIMOLOGÍA Y ORIGEN DEL CASTELLANO.—En prensa.

LA LENGUA DE CERVANTES. *Gramática y Diccionario de la lengua castellana en el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.*—Tomo I. *Gramática.* En España Ptas. 10.—Tomo II. *Diccionario.* En prensa.

Véndense en las Librerías de D. Victoriano Suárez, calle de Preciados, 48, Madrid; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid; D. Juan Gili y Luis Gili, Cortes, 223 y 581, Barcelona; etc., etc.







CL. Y HERALDICA

LA LENGUA
DE
CERVANTES

14858